

Por

ROBERT FOSSIER, Universidad de París-I  
MICHEL ROUCHE, Universidad de Lille-II  
EVELYNE PATLAGEAN, Universidad de París-X  
HENRI BRESCH, Universidad de París-X  
PIERRE GUICHARD, Universidad de Lyon-II

ROBERT FOSSIER

# LA EDAD MEDIA

1. LA FORMACIÓN DEL MUNDO MEDIEVAL

350-950

EDITORIAL CRÍTICA

(Grupo editorial Grijalbo)

BARCELONA



como hemos subrayado, no existía la distinción entre derecho público y derecho privado. Los dos fenómenos se conjugaron y, por un efecto perverso, desembocaron en la privatización del Estado.

### Los tanteos de las monarquías bárbaras (siglos VI-VII)

Las monarquías germánicas reposaban en la libre elección del rey por los guerreros en función de sus aptitudes para ganar en la batalla. Por eso la sucesión dinástica, prenda de continuidad política, tuvo algunas dificultades para enraizarse. En Hispania, tras la desaparición de la familia de los Balthos, en el 531, la elección recayó en manos de los dignatarios del palacio de Toledo y de los obispos. Mientras los primeros se rebelaban sin cesar contra su propio elegido, los segundos hicieron cuanto pudieron por reforzar la monarquía. A partir del 633 se reunieron concilios en Toledo, ante cada gran avatar, para asistir al rey, deliberar sobre las cuestiones políticas y religiosas, votar las leyes que les eran propuestas o que estaban en preparación, juzgar los casos de alta traición, etc. Para reforzar la legitimidad real, el cuerpo episcopal practicó, siguiendo el ejemplo del profeta Samuel, la unción real, reutilizada entre el 621 y el 641. En el 672 ya está atestigüada como normal por el rey Wamba. Pero este fortalecimiento sacro de la legitimidad real no tuvo mucho efecto. Los nobles de origen visigótico consiguieron tomar parte en los concilios y el número de laicos aumentó a expensas de los obispos de origen romano. En el 711 esta inversión de la tendencia desembocó en un conflicto agudo entre los hijos del rey Witiza y el nuevo elegido, Rodrigo, que fue fatal para la monarquía visigoda.

En el caso de los lombardos, la elección también prevaleció, después del 584, con ocasión del restablecimiento de la monarquía. Pero se practicaba una especie de sucesión restringida gracias a la posibilidad que tenían las mujeres de transmitir sus derechos a la corona. Este fue el caso a partir de Teodelinda hasta principios del siglo VIII. El pueblo lombardo, más próximo a sus orígenes que el de los visigodos, practicaba todavía en el siglo VII la asamblea de hombres libres. Esta reunión del pueblo en armas tuvo lugar aún en el 643, con ocasión de la proclamación del edicto de Rotario. Más tarde, las reuniones de duques o *gastaldi* ('intendentes de las propiedades reales'), obispos y abades sustituyeron a las de hombres libres. Ratificaban los tratados, elaboraban los textos de leyes y ejercían así un efectivo derecho de control sobre el rey. En cuanto a las monarquías tribales anglosajonas, éstas eran aún más germánicas e incluso escandinavas en su concepción. El término de *eyving* o *cyng* (más tarde *king*) significa 'hijo de', 'miembro de la familia'. Ello prueba que era rey todo aquel que poseía una genealogía, la cual remontaba la mayoría de las veces al dios Wotan. Existía, pues, un carisma pagano de la monarquía. Pero también allí las necesidades de la guerra hacían que la heredabilidad real no fuese automáticamente practicada. A fines del siglo VII, en particular, parece corriente la elección de un jefe de guerra. Se trataba casi siempre de que los nobles escogiesen entre los hijos del rey difunto. Entre los doce reinos anglosajones existentes hacia el año 600 se puede incluso constatar la coexistencia de tres a cuatro reyes en el interior mismo de Sussex o de Essex. A pesar del título de *bretwalda* ('dominador de los bretones') que se arrogaban

## Capítulo 10

### LA «RENOVACIÓN» CAROLINGIA

Las dos primeras generaciones de la época carolingia, la de Pipino el Breve y la de Carlomagno dieron indiscutiblemente la impresión de que se estaba produciendo un verdadero despegue de la civilización. Consideraron que su mundo bárbaro y pagano se convertía en civilizado y cristiano. Tradujeron esta dilatación y este bautismo de un mundo nuevo con un término preciso, el de renovación. Esta palabra, salida de un renacimiento intelectual que se buscaba desde fines del siglo VII, fue en particular utilizada en la expresión *Renovatio regni Francorum*, renovación del reino de los francos. Los clérigos del entorno de los primeros carolingios idearon la nueva formación política no sobre los recuerdos de la Roma antigua sino a partir de la respuesta de Cristo a Nicodemo (Juan, III, 3): «Os hace falta nacer de arriba». Al primer nacimiento debe suceder un segundo nacimiento a través del agua del bautismo. Entonces aparece una criatura nueva por segunda vez (*re-novatio*). Por consiguiente, el renacimiento carolingio fue concebido como el bautismo de una vieja sociedad bárbara o como la cristianización de un mundo pagano y pecador. Los monjes y clérigos de Saint-Martin de Tours, Saint-Denis, Reims, Corbie, Corvey o Fulda estimaban que esta nueva sociedad debía aparecer primero en el marco de un nuevo Estado y una nueva Iglesia. La reforma política no consistía sólo en reinventar el Imperio y en volver a crear la monarquía, debía transformar todas las estructuras políticas y eclesásticas. Se manifestó además a través de un indiscutible florecimiento artístico e intelectual: el primer renacimiento de nuestra historia. Pero surgió en gran parte de las lecciones y de las innovaciones de fines de la época merovingia.

#### ¿VOLVER A CREAR EL ESTADO?

Es particularmente sorprendente leer en la obra del historiador Gregorio de Tours el término *respublica*, el Estado, constantemente aplicado al Imperio Romano de Oriente. A su modo de ver, la monarquía franca no puso en pie un Estado. Hemos visto que la sociedad romana intentaba constantemente escapar de la influencia estatal y que acabó por conseguirlo. En las leyes germánicas, tal

algunos reyes, ninguno consiguió alcanzar verdaderamente una posición dominante. Además, cada uno era asistido por un consejo de sabios (*witenagemot*) que promulgaba con él la ley del reino. Así se hizo con la ley de Kent, bajo el reinado de Ethelberto, o con el nuevo código de Wihred de Kent, en el 695. En la misma época, alrededor del rey Ina se agrupaban obispos y jefes de familias nobles que ocupaban importantes funciones. Visiblemente, esta asamblea sustituía a los sacerdotes paganos y a los guerreros libres que rodeaban al rey originariamente. En Escandinavia nada había cambiado, el rey estaba incluso completamente sometido a la decisión de la asamblea tribal, reunión de sacerdotes y guerreros.

Quizás sólo la monarquía merovingia intentaba escapar a las concepciones primitivas del «Estado» germánico. Los sucesores de Clodoveo, utilizando a fondo el carisma pagano de los cabellos largos y de la dinastía siempre victoriosa, capaz de distribuir el botín en abundancia, procuraron eliminar el reparto del reino entre los herederos. A esa concepción del reino, propiedad privada de un jefe vencedor, se la llama «patrimonialidad» y condujo a las guerras civiles que hemos visto durante la segunda mitad del siglo VI. Clotario II y Dagoberto se esforzaron con éxito en suprimirla mediante asesinatos sin piedad. Pero a partir de la muerte de Dagoberto, el reparto reapareció. En el 614 el edicto de Clotario II, que establecía que todos los altos funcionarios debían ser originarios del territorio administrado, bloqueó lentamente la unidad monárquica. Por otra parte, el resurgimiento del reparto en el 640 hizo revivir el bloque Neustria-Borgoña contra Austrasia, mientras que Aquitania y Provenza se alejaban irremediablemente de las capitales merovingias. Ciertamente, a partir del 687 no hubo más que un solo rey, Teodorico III, pero como el intendente de los dominios reales, el «mayordomo de palacio» Pipino II de Heristal, había tomado el poder efectivo, esta unidad era puramente ficticia. En efecto, en Neustria y otras partes, las facciones aristocráticas eran totalmente independientes. La asamblea de hombres libres que Clodoveo y sus sucesores reunían regularmente antes de cada campaña militar, y que se llamaba Campo de Marte en honor al dios de la guerra, sólo era controlada en Austrasia, allí donde Pipino conducía continuas ofensivas contra sus adversarios los frisones y otros vecinos germánicos. Fue en esta época cuando los pipínidas difundieron la leyenda de estos reyes merovingios holgazanes llevados por carros de bueyes de dominio en dominio. En realidad, el jefe de guerra había reducido al rey a este estado de dependencia, y como no osaba tocarlo a causa de la legitimidad que le daban los obispos, intentaba ridiculizarlo. En resumen, a principios del siglo VIII, por todas partes la monarquía se encontraba en estado de debilidad o de crisis abierta, literalmente privatizada por las facciones nobiliarias o las asambleas de altos funcionarios. Sólo permaneció poderosa donde su fuente seguía mandando: la guerra. La paz terminó por destruir la monarquía germánica.

#### *El Estado en manos de intereses privados (siglos VII-VIII)*

Además, se desarrollaba el nuevo fenómeno de los principados territoriales. Sin tener en cuenta los reinos anglosajones, que nunca accedieron al estadio unitario, los lombardos, los visigodos y los francos, todos conocieron el desmembramiento. En Hispania, la revuelta de Paulo, que se hizo ungir rey en Narbona en

el 672, es reveladora de esta tendencia. Los tarraconenses y los septimanos se mostraban reiteradamente separatistas. En la Italia lombarda, la continuada independencia del Friul, de la Toscana, de los ducados de Espoleto y de Benevento es otra prueba de ello. El hecho de que tras la caída del reino visigodo un principado de Murcia se mantuviera, bajo la dirección del noble Teodomiro, durante un cierto tiempo, demuestra que esta fragmentación dependía de la presencia de poderosos jefes locales. Por otra parte, Hispania renacía gracias a uno de ellos: Pelayo. Pero el fenómeno tenía una mayor amplitud en la Galia. Ya en el 656, en Aquitania la dignidad y la función de patricio de Toulouse dieron lugar a un principado romanizante que en tiempos de Eudes (hacia 700-735) se transformó en un virreino. Igualmente Alamania, Turingia y Baviera reencuentran su antigua independencia con una dinastía local. La Frisia, que en parte había sido conquistada por Pipino II, recuperó su territorio en la desembocadura del Rin. La Borgoña se fragmentó en pequeños ducados, y aprovechando la lucha contra el Islam un patricio se puso al frente de la Provenza. En resumen, por doquier aparecieron agrupaciones políticas autónomas que correspondían en cada caso a rasgos regionales caracterizados por su población o su civilización. En algunas regiones, era el retorno a las tribus originales (turingios, vascos) o una nostalgia del pasado romano real y ficticio a la vez (Aquitania); en otras partes era la afición al poder de un noble ambicioso (Espoleto) o el desarrollo de actividades marítimas originales (Frisia); en una palabra, todo concurrió a la multiplicación de estas monarquías locales. En los países germánicos, la ruptura debida a la gran peste no hizo sentir sus efectos, pero unas estructuras administrativas incompletas y la ausencia de la noción de bien público produjeron los mismos efectos.

La concepción romana del funcionario sólo sobrevivió de forma plena y completa en la Italia bizantina, alrededor del exarca. Este mandaba a los gobernadores civiles (*judices*), nombrados con la recomendación de los obispos y los notables de las provincias. Tenía también bajo su autoridad a los duques y funcionarios militares que él mismo nombraba.

La solidez del Estado romano-bizantino era envidiada por los visigodos y los lombardos. Sus reyes imitaban los títulos y los fastos de la corte de Constantino. Pero en el caso de los monarcas de Pavia todo esto no llegó muy lejos. Como no habían conservado un sistema fiscal, la treintena de duques dispersos por el reino se quedaron con las tierras de las que se habían apoderado y otro tanto ocurrió con sus subordinados, los *sculdhai*. Los *gastaldi* no pudieron oponer mucha resistencia, más aún cuando las *farne*, los clanes primitivos, habían desaparecido. Sólo quedaban los *arimanni* ('hombres del ejército') instalados en las tierras del fisco. Estos fueron puestos bajo las órdenes de los *gastaldi*, que tenían el derecho de juzgarles. Como el fisco había sido ampliado por las conquistas de Aistulfo en la Liguria y en Emilia, este último pudo entonces imponer el servicio militar a todos los súbditos de su reino. Esto permitió el fortalecimiento de un embrion de administración central en Pavia alrededor de un «mayordomo de palacio», un chambelán, un condestable y un senescal, jefe de los criados. Estos oficiales privados existían en todas las demás cortes germánicas con títulos diversos. En la Hispania visigótica eran llamados «conde del Patrimonio», «conde del Tesoro», quien se encargaba de la tesorería junto con los «condes de las cámaras», el «conde del establo» para la remonta de los caballos y el «conde de los

«espartiatos» para la guardia personal del rey. A esto se añadía una cancillería con un «conde de los notarios» para tomar documentos por escrito. En la Galia, la cancillería estaba en manos de un refrendario. Visiblemente, en Hispania existía la distinción entre lo público y lo privado, ya que se distinguía entre el tesoro público y la cámara del rey. Asimismo, en la administración local existía todavía el conde de la ciudad, vieja institución romana, ayudado por los vicarios; pero hay que subrayar que los condes de los ejércitos eran comandantes divisionarios de los ejércitos provinciales. La distinción entre lo civil y lo militar existía aún porque la percepción de impuestos directos continuaba en la península ibérica en el siglo VIII. En cambio, su desaparición gradual en la Galia e incluso en Aquitania, donde los príncipes los hacían recaudar por los judíos, permitía al conde de la ciudad acumular, por ósmosis con su homólogo germánico, el *graffio*, actividades militares, judiciales y financieras. Así se explica su tendencia a la usurpación. En el siglo VIII, muchos condes de la Galia merovingia, en particular en las fronteras, se convirtieron en verdaderos potentados locales. Pero aun cuando en la Hispania visigoda sobrevivían la noción de funcionario y la separación entre condes civiles y condes militares, es sorprendente encontrar la vieja tendencia a la deserción. El rey Égica era incluso tan impotente contra esta práctica que se vio forzado a enrolar en sus ejércitos a los clérigos y esclavos de los dominios reales. Así, bien sea por impotencia de una administración central todavía privada o por exceso de poder de una administración central pública, la monarquía no era obediencia a menos que incrementara las tierras de su fisco y que adoptara el sistema del soldado-campesino.

En Inglaterra, la casa del rey era aún más de orden privado que la de los merovingios. Como en el caso de los francos, los príncipes atraían a los hijos de las familias nobles, les alimentaban y les educaban, esperando obtener, a partir de estos jóvenes, adláteros que fuesen servidores fieles y agradecidos. En sus palacios de madera, las funciones de botellero y copero parecían más importantes que las de administrador de los dominios, el chambelán y el condestable. Evidentemente, todo sistema fiscal había desaparecido y los impuestos habían sido privatizados y asimilados a los otros tributos que pagaban los campesinos por sus tierras. El rey tenía sus propios dominios. En todos los demás obtenía rentas en alimentos (*ferme*, del latín *firma*) suficientes para alimentarle a él y a su mesnada durante un día y una noche: los aldeanos depositaban en el *tun* del rey cerveza, trigo, ganado, miel y queso, como lo prueban las leyes de Ina del 690. Este *ferme* (que ha dado *ferme* en francés y *farm* en inglés) era a veces conmutado en moneda. Por último, se le añadían los tributos de los pueblos vencidos. Cada rey se desplazaba un dominio, cercado por un seto, a otro para consumir estas provisiones. Por su parte, los merovingios hacían otro tanto y la leyenda de los reyes holgazanes es una buena prueba de estos viajes de una tierra a otra. Así, en el siglo VII, desprovistos de una verdadera organización central, los reyes anglosajones no dejaron de elaborar algunos elementos de administración local. Hacia el 690, algunos nobles (*aldormen*) recibían en Wessex un *scir* (más tarde *shire*, condado). Quizás se trataba ya de una circunscripción territorial que tenía como subdivisión la centena, que ya existía en el norte del reino franco. Pero no podemos afirmar nada por falta de pruebas. Allí, «el Estado» germánico aún estaba en la fase de comunidad sin domicilio fijo y con la violencia como única institución de base.

Esta privatización del Estado se extendía incluso a la Iglesia. Hemos visto cuáles eran los esfuerzos de los reyes por nombrar los obispos. Era normal que intentasen apoderarse del único poder ajeno al suyo. Además, los obispos, teniendo en cuenta sus cargos y la codicia de los poderosos hacia las tierras eclesiásticas, buscaron la forma de hacer garantizar sus bienes por los monarcas. En particular obtuvieron de los reyes francos exenciones de impuestos, donaciones de talleres monetarios y títulos de inmunidad que prohibían a todo conde ejercer su función en los patrimonios de los obispos y más tarde de las abadías. El obispo o el abad cumplían entonces las tareas del funcionario y rendían cuentas directamente al príncipe. La Iglesia secular, más tarde la regular, entró así en el juego del poder. Los papas se apoyaron en gran parte en los monasterios. Carlos Martel fue aún más lejos y nombró fríamente laicos al frente de obispos o de monasterios, que fueron así transformados en bases de poder político a su servicio. Un pariente llamado Hugo fue nombrado a la vez obispo de Ruán, abad de Jumièges y de Saint-Wandille. Milon, otro aliado de la familia, sin estar consagrado, acumuló durante 40 años los obispos de Tréveris y de Reims, así como el abadiato de Metz. En las regiones mediterráneas, supuestos obispos ocuparon las sedes, cuando en realidad llevaban una vida de jefes de guerra, hasta el punto de que más tarde los redactores de las listas episcopales se negaron a inscribir en ellas sus nombres. Se habla ido mucho más lejos de la compra de obispos (la simonía) que estigmatizaba Gregorio el Grande en un carta a la reina Brunquilda. Prácticamente, la Iglesia era agrastrada hacia su privatización por el Estado, e incluso laicizada, ya que los grandes propietarios nombraban a los curas de sus *Eigenkirche* (iglesias propias). La crisis de la monarquía comportaba la del obispo y la del abadiato. Todo favorecía al príncipe guerrero que sabía hacerse respetar y encontrar nuevos medios de mandar y recompensar.

#### Una solución: el Estado cristiano y legislador

Pipino el Breve tuvo como consejeros políticos a dos obispos: Bonifacio y Chrodegang. Carlomagno se apoyó en Alcuino, un monje anglosajón. Luis el Piadoso hizo venir a su lado a Benito de Aniane, un monje hispano-visigodo, y más tarde a Adalardo, abad de Corbie. Carlos el Calvo se apoyó a veces en el muy molesto arzobispo de Reims, Hincmar. Hemos visto el papel que jugaron en la reaparición del Imperio y de la monarquía, y cómo los convirtieron en propiedad de la Iglesia. Pero cuando quisieron reconstruir el Estado chocaron con la concepción de los francos que acabamos de describir, especie de condominio de los hombres libres y el rey que habían conseguido someter otros pueblos, y cuyo poder sólo era respetado en la medida que aportaba la victoria, el botín y la prosperidad. Pipino y Carlos conservaron cuidadosamente sus prerrogativas, sobre todo el derecho de *ban*, derecho de castigar y obligar al que no obedecía, y su opuesto, la *gratia*, favor real que se manifestaba en regalos suntuosos a los amigos leales. Pero es evidente que en un reino en expansión estas simples relaciones de jefe a guerrero no podían ser suficientes. Carlomagno puso de nuevo en vigor, al menos en tres ocasiones, en el 789, el 793 y el 802, los juramentos de fidelidad a la manera romana. Todos los hombres a partir de los doce años juraban ante

el conde local no hacer nunca nada que pudiera poner en peligro la vida del rey. Pero estas prestaciones de juramento fueron mal comprendidas porque su formulación era negativa, aunque cada vez fuera precisada y mejorada. Algunos creyeron que el soberano las exigía porque tenía necesidad de apoyo y esto fue interpretado como un signo de debilidad. Otros creyeron que, no habiendo prestado juramento, no debían obedecer. Carlomagno y sus consejeros también se esforzaron en dar a conocer y aplicar sus decisiones de diversas maneras. La primera fue convertir a sus consejeros eclesiásticos en verdaderos expertos políticos. En el 813, el último capitular de Carlomagno ordenaba que los condes, los jueces y el pueblo asistieran al obispo en sus funciones judiciales, ya que sólo él sabía adónde debía ir la sociedad. Así, durante el reinado de Luis el Piadoso, el término no latín *res publica*, el Estado, fue «renovado» con la adición del término *christiana*. El Estado no podía existir si no era cristiano. Para conseguirlo, tal como dice un capitular de 823-825, el emperador velaba por la Iglesia, mantenía la paz y la justicia; pero de hecho, la carga estaba dividida de tal manera que «cada uno, allí donde habite y en el rango social donde se halle situado, sepa que tiene una parte del peso, de lo que resulta —dice el emperador— que yo debo ser vuestro admonitor y que vosotros debéis ser mis auxiliares». Todos los súbditos debían colaborar al buen funcionamiento del Estado, empezando por los escribanos eclesiásticos que proponían *Especios de los príncipes*, verdaderos manuales de política para uso de los miembros de la familia real. Smaragdo, Agobardo, Jonás, obispo de Orleans, e Hincmar contribuyeron ampliamente a esta educación. Arnulfo, rey de la Francia oriental, en el sínodo de Tribur, en el 895, no dudó en definir esta concepción como un arte de «gobernar según el derecho eclesiástico». La base del Estado carolingio era, pues, en primer lugar, de esencia espiritual y eclesiástica.

A la ley de la Iglesia se añadía la ley laica. Esta verdadera repatriación del Estado desde el Oriente bizantino hasta la Europa del norte se acompañó de una búsqueda de unidad en la legislación. Carlomagno volvió a ocuparse de la vieja asamblea anual de hombres libres, que Pipino el Breve había transferido del 1 de marzo al 1 de mayo, en el 756. El «Campo de mayo», llamado también «asamblea general», era la ocasión, antes de partir de expedición, para ver causas importantes y anunciar a los grandes, laicos y eclesiásticos, las decisiones reales y luego imperiales. Se enviaba una lista de proposiciones a los nobles y clérigos, que las discutían separadamente y reconocían si eran conformes a derecho. Entonces eran proclamadas en voz alta delante del pueblo en armas, después pues- tas por escrito, capítulo por capítulo (*capitula*). Esta enumeración en pequeños párrafos dio al texto, copiado en cuatro ejemplares, de los cuales uno era depositado en los archivos de palacio, el nombre de «capitular». Las decisiones eran aplicables inmediatamente después de su proclamación verbal por el soberano, a causa del derecho de *ban* que le permitía mandar y castigar.

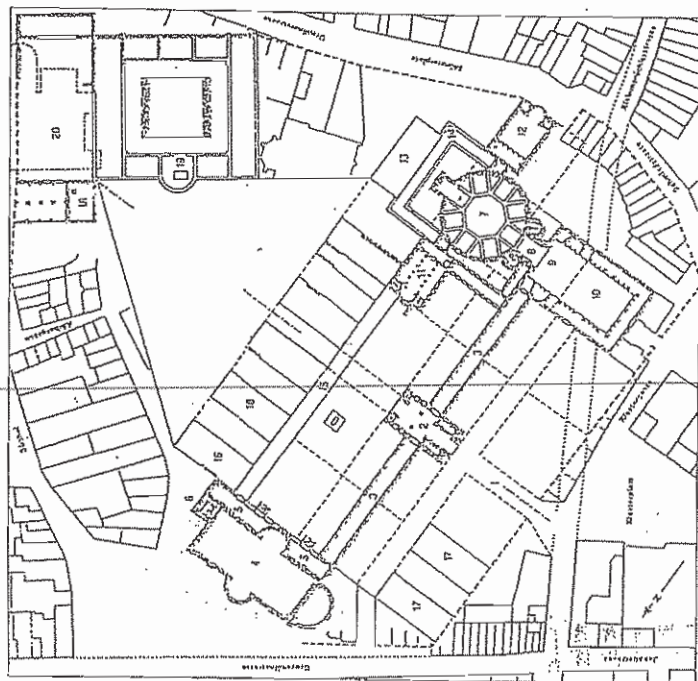
Pero ahí Carlomagno innovó, para hacer sus decisiones aún más eficaces. Las hizo escribir para reforzar la orden verbal e incluso para reemplazarla, ya que hasta entonces pretendían obedecer sólo los individuos presentes durante la publicación de las leyes. Los capitulares fueron mucho más instrumentos de reglamentación administrativa que actos legislativos. Algunos concernían exclusivamente a Italia. Fueron documentos de referencia copiados, difundidos e incluso

releídos en el interior de cada condado. Recurriendo al documento escrito, Carlomagno prolongó el alcance de sus decisiones. En el campo de las leyes propiamente dichas, mantuvo la personalidad de las mismas. A lo largo de todo el Imperio y a pesar de las protestas de Agobardo, arzobispo de Lyon, quien hubiera querido una ley única a la manera romana, los antiguos códigos continuaron siendo aplicados. Mientras los romanos conservaban sus leyes, igual que los hispanovisigodos en Septimania, los bávaros, los burgundios o los lombardos, Carlomagno no hizo correcciones y suplementos a las leyes francas, alamanicas y bávaras. Hizo poner por escrito la ley de los frisones y la ley de los sajones. En cada proceso mixto que opusiera a un miembro de una comunidad étnica a uno de otra, éste debía declarar, antes de que empezara la audiencia, de qué ley dependía. Señalamos sin embargo que toda la gente de Iglesia dependía, fuera cual fuera su origen, del derecho romano, así como de las decretales pontificias, cuyas colecciones se acumularon en el curso del siglo IX. El clero realizó en efecto un esfuerzo legislativo y reglamentario mucho más importante que el de los laicos.

#### *Un extraordinario esfuerzo por tomar las riendas*

El gobierno imperial de Carlomagno y de Luis el Piadoso fue pues un intento constante por salir de la herencia primitiva y hacerla evolucionar hacia una mayor unidad dentro de un espíritu romano. Pero la búsqueda de centralización no llegó hasta la uniformización. Dejaron subsistir en el interior del Imperio reinos como Aquitania, Italia y Baviera, primero prefectura y después reino. Cada uno de lo que se ha convenido en llamar un virreino tuvo su propio gobierno central, su corte y sus iniciativas particulares, en la medida en que el emperador del momento los toleraba. De todas formas, éste conservaba siempre una posibilidad de intervención directa en el interior de estas entidades políticas oficialmente sometidas a los francos, e incluso, como hemos visto, en el patrimonio de san Pedro. En cambio, esta descentralización relativa necesitaba de una sede central de gobierno. La monarquía itinerante, que se desplazaba de gran dominio en gran dominio estatal, fue siempre practicada en los virreinos, pero terminó por ser abandonada por Carlomagno. Escogió el fisco de Aquisgrán, una estación termal gala y luego romana situada a ocho leguas (32 km) del puerto fluvial muy frecuentado de Maastricht, en el centro de los dominios patrimoniales carolingios. Allí residió todos los inviernos a partir del 794 y después todo el año, a partir del 807 y hasta su muerte. La construcción de un palacio y una capilla concretó el nuevo programa ideológico imperial y el poder político del conquistador. Aquisgrán simbolizó siempre, a partir de entonces, un imperio laico, por oposición a Roma, la ciudad de lo sagrado, la capital religiosa. A partir del 840, las necesidades de las guerras convirtieron de nuevo a los reyes en viajeros. Carlos el Calvo intentó también hacer de Compiègne su capital, pero no lo consiguió, mientras que Hincmar continuó seguir a Reims la capital religiosa del reino de Francia occidental.

En el palacio, a la vez residencia y entorno, fue instalado un gobierno central aún mal demarcado del de los reyes merovingios. El «mayordomo de palacio», demasiado peligroso, desapareció. Pero dentro de la clásica confusión entre cargos privados y cargos públicos, el senescal (*missisalk*, el criado más viejo) se ocu-



- |                          |  |                                 |
|--------------------------|--|---------------------------------|
| 1. Calle principal       | 2. Puerta monumental   | 3. Edificio de usón             |
| 4. Aula palatina         | 5. Galería con páticos   | 6. Torreña con escaleras        |
|                          | 7. Capilla palatina  |                                 |
|                          | 8. Vestibulo antecorrido octogonal empujado por dos torres con escaleras                   |                                 |
|                          | 9-10. Aljibes con exedras  |                                 |
|                          | 11-12. Edificios auxiliares, probablemente <i>missilium</i> (11) y <i>secretarium</i> (12) |                                 |
| 13. Cueva (?)            | 14. Pabellón, probablemente <i>triumphum</i> (14) y <i>secretarium</i> (12)                | 15. Galería de unión, de madera |
| 16-19. Termas imperiales | 16. Fuente del empujador   | 18. Fuente de Oubliata          |
|                          | 20. Fundación de las termas romanas  |                                 |
|                          | — Construcciones cristianas conservadas  | — Límite del palacio carolingio |
|                          | --- Trazo de las calles romanas  |                                 |

Plano del palacio de Aquigrán

paba del aprovisionamiento de la mesa y, junto con el botellero, del suministro de los vinos. Al mismo tiempo supervisaba la gestión de las tierras fiscales mediante los *domestici*, verdaderos administradores de los grandes dominios reales. El «chambelán» continuaba ocupándose del tesoro privado del soberano, pero entonces era ayudado por «sacerarios» que vigilaban las entradas en numerario. El condestable, con dos mariscales, aseguraba la remonta de los caballos y el transporte para el abastecimiento del ejército. Recién incorporado, el conde de palacio sustituía al soberano cuando se ausentaba para resolver los procesos de súplica que se multiplicaban, y debía utilizar, como el chambelán, los servicios

de algunas oficinas rudimentarias. Todos estos grandes oficiales laicos podían recibir de improviso el encargo de una misión diplomática o un mando militar. Por último, el emperador podía convocar a sus vasallos o a los grandes (*proceres*), laicos o eclesiásticos, para pedirles su consejo. Y eran numerosos los porteros encargados de levantar o bajar las cortinas ante cada solicitante o embajador que llegara para pedir una audiencia.

El personal clerical, ocupado sobre todo en estimular el renacimiento del documento escrito y de la correspondencia, estaba agrupado en la Capilla. Este organismo religioso tenía como finalidad primitiva conservar la más insignie reliquia del reino de los francos: el manto de san Martín o, más exactamente, la mitad que quedaba, la «capa». La Capilla era dirigida por un abad o un obispo de importante familia, Fulrad con Pipino el Breve, Angilram y luego Hildebold, fueron consejeros importantes, en el reinado de Carlomagno. El gran capellán tenía, entre sus clérigos, notarios que registraban en notas abreviadas (llamadas *titulaciones*, del nombre del liberto de Cicerón) las deliberaciones y decisiones, y que luego redactaban en forma oficial los documentos y diplomas reales. Su jefe, el protonotario, que vigilaba también el envío de la correspondencia oficial y la publicación de la legislación eclesiástica, hacia el año 808 acabó por tomar el título de canceller. Este nombre le venía de que, en la capilla, se situaba delante del cierre de piedra calada, llamado «cancel», que separaba a los clérigos de los laicos. En época de Luis el Piadoso, con el desarrollo de sus servicios, incluso fue llamado archicanciller. Cuidaba de los archivos del palacio, donde eran conservados todos los documentos enviados al rey y las copias de todos los que él expedía.

La orden emanada del palacio era inmediatamente ejecutable al nivel de la unidad principal de la administración local, el condado. Según las últimas investigaciones, parece que en el Imperio se podían enumerar cerca de setecientos condados, llamados *pagi* o bien, en la zona germánica, *gau*. En algunos casos excepcionales *pagi* y *gau* eran subdivisiones de condados. Visiblemente, eran las antiguas ciudades romanas convertidas en diócesis o los antiguos territorios tribales. En Germania, la red de los condados no era aún estrictamente continua. Cada condado era dirigido por un conde nombrado por el rey, pagado por él, desplazado según su voluntad o revocable por una falta cometida. El cargo, llamado *honor*, como en el Imperio Romano, o bien aun *ministerium* (oficio, servicio), era remunerado de varias maneras. El conde obtenía el usufructo de bienes territoriales imperiales, llamados también por asimilación *honores* o incluso *res de comitatu*, que estaban situados dentro de su circunscripción. Recibía un tercio de las multas infringidas a los justiciables y un tercio de los peajes percibidos en su territorio. Como las multas eran en general fijadas al tercio de la composición, el conde de hecho conservaba en su poder la novena parte de la suma desembolsada por el condenado. Finalmente, tenía derecho a un tercio de las multas infringidas por la ruptura del *ban* real, es decir veinte sueldos de los sesenta previstos. Sus ingresos eran pues muy importantes. Los condes estaban investidos de poderes múltiples: ejecutaban las órdenes reales y cada primavera convocaban los hombres libres al ejército (veste, del latín *hostis*, el enemigo). Aseguraban la presidencia de un tribunal real, el *mall* público, a razón de al menos tres sesiones por año, en cada subdivisión del condado, para todas las causas mayores que implicaran asesinatos, adulterios o traición. A menudo, incluso eran llamados para

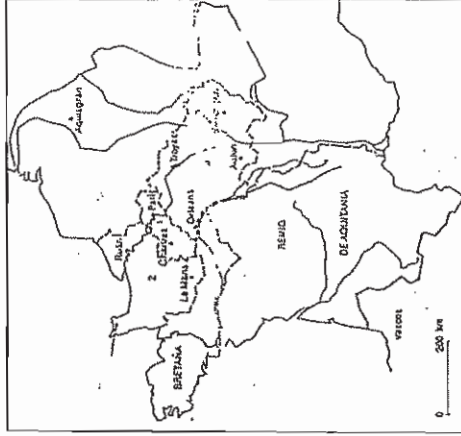
una misión especial y se ausentaban de su condado al menos tres o cuatro meses, aunque sólo fuera para conducir los soldados al lugar de concentración de las tropas.

Sus funciones eran tan numerosas que a fines del reinado de Carlomagno aparecieron unos subordinados, los vizcondes, encargados de sustituirles en su ausencia. Pero éstos sólo existieron en la Galia. De todas formas, en territorio latino, el conde se apoyaba en vicarios (*vicarii*) encargados de causas menores (juicios de deslindeamiento, robos, etc.), y en territorio germánico, en «centenarios», responsables de una pequeña tropa de hombres encargada de hacer reinar el orden. Vicarios y «centenarios» formaban un tribunal cada quince días. En conjunto, el conde y sus auxiliares debían formar un personal administrativo de unas doce personas. Esto permitiría suponer que el Imperio Carolingio disponía de unos ocho o nueve mil funcionarios públicos, cifra que, como se ve, es inferior a la del Imperio Romano tardío que mantenía, recordémoslo, sobre una superficie un tercio más grande, quince mil funcionarios, de los cuales dos mil sólo en Tréveris. En resumen, la administración carolingia, con el personal de Aix cuyo número igno-ramos, debía quizás igualar la de la Romanidad tardía. Así, el retraso político de las monarquías bárbaras había sido borrado.

No olvidemos tampoco que existían otros grandes funcionarios. Carlomagno conservó la institución merovingia de los duques, o bien creó condes especiales, llamados condes de la marca (*Markgraf*, de donde procede marqués). Les confió varios condados situados en zonas fronterizas peligrosas. A la vez que administraban su propio condado tenían autoridad en lo civil y en lo militar sobre los demás, para poder responder rápidamente a las amenazas de invasión antes de que el rey o el emperador hubieran tenido tiempo de ser prevenidos. Las marcas más importantes fueron las de Hispania y Bretaña, así como las que fueron establecidas frente a los daneses, los wendos y los ávaros. En resumen, cada marqués era el jefe de la administración en el territorio que le había sido concedido. Allí representaba la autoridad real. No es sorprendente que en Germania, ya en 891, Poppo haya sido nombrado marqués por Arnulfo, igual que Liutpold, en Baviera, en el 898, y que hayan sido siempre considerados funcionarios fieles por el rey, mientras en Francia occidental, Roberto, marqués de Neustria en el 893, o Ricardo, marqués de Borgoña, sólo hacían lo que les venía en gana. La administración imperial, con el conde, no era sólo romana de espíritu, también era de esencia germánica con esta concepción muy descentralizada de los poderes civiles y militares.

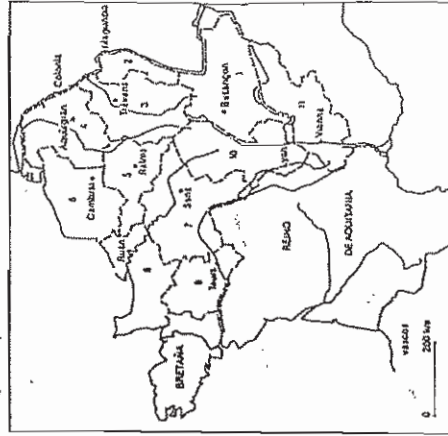
Esta imbricación de las marcas en los reinos y de los reinos en el Imperio fue consolidada por la creación de los *missi dominici*. Estos enviados especiales del soberano, ya documentados en época merovingia, fueron sistematizados por Carlomagno a partir del 775, y sobre todo después del 802, cuando su cometido de inspección fue cuidadosamente delimitado. Circulaban en grupos de dos, tres y a menudo más, y en general eran al menos un conde y un obispo. Velaban por la publicación de los capitulares, presidían el tribunal en lugar del conde, inquirían sobre los abusos de poder de este último, imponían sanciones y a continuación hacían su informe al emperador. Escogidos entre los miembros de las grandes familias para que no fuesen tentados por la malversación o la venalidad, eran además íntegramente alimentados y transportados a expensas del antiguo *cursus*

## Circunscripciones de los missi dominici



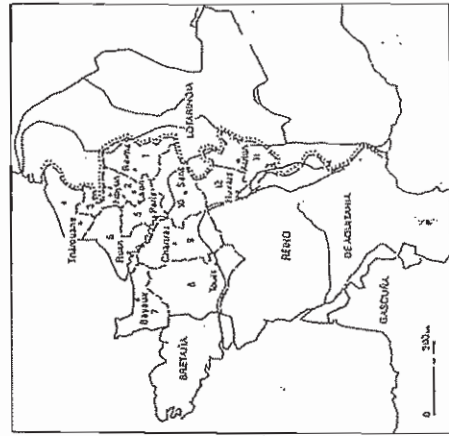
En el 802

----- Límites del Imperio carolingio  
 ----- Límites del reino de Aquitania  
 - - - - - Límites de las missaticas



En el 827

----- Límites del Imperio carolingio  
 ----- Límites del reino de Aquitania  
 - - - - - Límites de las missaticas



En el 853

----- Límites del Imperio carolingio  
 ----- Límites del reino de los francos occidentales  
 - - - - - Límites de las missaticas  
 - - - - - Límites del reino de Verdún



*publicus* romano, con la ayuda de cartas de requisición. Algunos estaban encargados de misiones *ad hoc*: inspeccionar los dominios reales en una región, inquirir sobre tal o cual conde. Pero a la mayor parte les fueron encomendados territorios denominados *missatica*. Estos territorios donde los *missi* eran nombrados regularmente todos los años correspondían, en el 802, a la Francia y la Borgoña del norte. En el 827, alcanzaron el Rin, el Loira y el Ródano. Por consiguiente, esta institución centralizadora no entró realmente y de manera continua en Aquitania, Provenza, Italia y Germania. Se tiene pues la prueba de que el gobierno de Carlomagno y de sus sucesores sólo fue verdaderamente eficaz en la Galia del norte, allí donde justamente se encontraban las bases de su poder económico. El respeto de la autonomía de los reinos fue un medio de integrarlos a largo plazo, medio que por otra parte fue más tarde utilizado de nuevo por los capetos con la técnica del «apanage». En todo caso, los *missi dominici* fueron tan eficaces que, bajo el reinado de Carlos el Calvo, los grandes exigieron que se les diese posesión de los *missatica* donde intervenían. Sea como fuere, este debilitamiento de los *missi dominici* no impidió que continuaran su acción en los tres reinos. En el 875 todavía existía uno en la ciudad de Cambrai y algunos son mencionados aún en el siglo X.

#### Intentar juzgar y buscar dinero

La actividad esencial de estos funcionarios centrales y locales parece haber sido ante todo la justicia, incluso antes que la hacienda y el ejército. Por otro lado, fue en este campo en el que Carlomagno intervino más frecuentemente. Sus capitulares incluyen numerosas prescripciones para mejorar la justicia administrada por el tribunal del conde. Suprimió los *rachimburgi*, hombres libres de la comunidad aldeana que asesoraban en materia de derecho, y los reemplazó por *scabini* (*échevins*), especie de jueces profesionales permanentes, a razón de siete por *mall*. Los primeros aparecieron hacia el 774 en el norte de Francia. Para compensar e incluso eliminar la prueba por «conjurados» (el acusado era absuelto si un mayor número de personas que las del acusador juraban que era inocente), intentó desarrollar la prueba por testigos o, aun la prueba por escrito. Pero las tentativas de eliminar la ordaña, prueba de origen pagano, destinada a resolver los casos dudosos, no tuvieron éxito. Se continuó haciendo andar al acusado descalzo sobre nueve rejas de arado al rojo vivo o bien, para los más ricos, se siguió con la práctica del duelo judicial con la ayuda de un campeón. Quien degollaba al otro era absuelto, ya que la victoria era siempre considerada como una intervención divina. Carlomagno organizó la apelación al tribunal de palacio mediante queja por falso juicio. Pero hemos visto cómo rápidamente el conde de palacio fue desbordado por la afluencia de causas: «El principio del sistema judicial carolingio, con sus dos distinciones, alta justicia (conde) y baja justicia (vicario, «centenario»), permaneció intacto durante el resto de la Edad Media, incluso después de su acaparamiento por los antiguos funcionarios. Los hombres del conde o del «centenario» hacían ejecutar la sentencia.

La intervención de los emperadores fue aún más activa en el campo de la hacienda. Carlomagno y Luis el Piadoso, sin olvidar a sus consejeros, insistieron enormemente para establecer contabilidad escrita de sus posesiones territoria-

les. El capitular *de Villis*, que ordenaba inventarios exactos de lo que debían haber los campesinos en los dominios fiscales, y los célebres *brevium exempla*, un tipo de fichas descriptivas de los recursos disponibles en un fisco dado, aún están ahí para probar el gran esfuerzo de productividad y conocimiento matemático de los recursos del Imperio. La tradición romana de los catastros, relación de censos o de capitación se perpetuaba en los «políticos» eclesiásticos. Los cérigos, los emperadores y los reyes debieron conocer, si no siempre el número de hombres, al menos la cantidad de fiscos y unidades territoriales (mansos) de que disponían. La prueba está, como hemos visto, en el hecho de que los expertos que intervinieron en el reparto del 843 tenían en las manos documentos que les permitían hacer una partición equitativa de las tierras públicas. Además, los tributos percibidos en dinero por Carlos el Calvo para pagar la retirada de los daneses, en los años 845, 860-861, 862 y 866, fueron cobrados a razón de una cierta tasa por cada tipo de manso. Para que las 6.000 libras de plata del *danegeld* del 866 fueran así percibidas era preciso que el gobierno central conociera el número exacto de unidades imponibles. El renacimiento de la escritura y de la cifra permitió, pues, a los carolingios llegar a una cierta eficacia en materia de hacienda.

Por orden de importancia, los fiscos, tierras públicas cultivadas e incultas, iban en cabeza. Además de los bienes familiares, podían ampliarse por conquista en países como Sajonia o Italia, por desherencia, por confiscación a expensas de los traidores o mediante condena judicial. Como estos dominios servían esencialmente a la manutención de los reyes, al pago de los funcionarios y, como veremos, cada vez más a la remuneración de los servicios de los vasallos, este capital territorial estaba constantemente amenazado de disminución. La guerra también era indispensable para mantenerlo. En otros casos, como en tiempos de Carlos Martel, los reyes podían lanzarse sobre las tierras eclesiásticas para distribuir las entre los nobles a fin de granjearse su fidelidad. Luis el Piadoso debió decidirse a ello a raíz de las primeras revueltas. Sus hijos hicieron lo mismo y a fines del siglo IX casi todos los grandes dominios reales habían sido dispersados, mientras que los de la Iglesia habían pasado a manos de los laicos. Sin embargo, podemos señalar que la mayor parte de estos fiscos estaban situados en Neustria y Austria. Precisamente allí era donde se encontraban los últimos de que dispuso la dinastía. Carlomagno disponía de unos doscientos palacios, seiscientos fiscos y doscientas abadías. Los otros ingresos estaban formados por el segundo tercio de las multas judiciales (*freda*), por las multas por infracción al derecho de *bann* (cuarenta sueldos sobre los sesenta restantes) o por no acudir al ejército (*heribar*). Venían a continuación los impuestos indirectos, los peajes percibidos en puentes, por carros, en mercados o bien en puertos de montaña, a razón del 10 por 100 *ad valorem*. El conjunto era entregado al tesoro real, una vez descontada la remuneración al agente encargado de percibir estos impuestos indirectos. Vista la enormidad de las sumas (en particular los 60 sueldos), algunos debían pagarlas en especies, armas, caballos, esclavos, etc. La acuñación de la moneda real proporcionaba una media de doce denarios por los doscientos cincuenta y cuatro acuñados con una libra de plata. Los antiguos impuestos romanos, censo y capitación, no habían desaparecido. Pero, como hemos visto, entonces su montante era fijo. Esta «costumbre» ciertamente aún existía en Aquitania, Provenza, Italia y algunas otras regiones, pues Carlomagno mandó hacer un inventario exacto allí

donde sobrevivía. Entre los ingresos «muebles» citemos además los regalos, a menudo muy importantes, que los nobles debían hacer en el Campo de mayo, y los tributos entregados por los bretones o el duque de Benevento (7.000 sueldos anuales). Y no olvidemos los boñines: fueron necesarios quince carros para transportar los tesoros que los ávaros habían acumulado en su *ring*. En resumen, la guerra y la importancia de los fiscos enmascaraban la necesidad de reanimar el antiguo sistema fiscal romano que continuó periclitándose, más aún cuando se había convertido en un símbolo de servidumbre.

#### *En definitiva, sólo el ejército sostenía al poder*

La clave del sistema carolingio estaba pues en el ejército. Teóricamente, en virtud del derecho de *ban*, todos los hombres libres podían ser convocados por el rey en caso de invasión general. Debían presentarse armados a sus expensas en el Campo de mayo, ya que la asamblea de los grandes coincidía frecuentemente con la reunión del ejército. La movilización tenía lugar en tres tiempos: orden de alerta, concentración bajo la dirección del conde y finalmente encuentro en el punto de reunión general. Durante el reinado de Luis el Piadoso, para acelerar el proceso, cada *missus* recibía la orden de alerta y la transmitía a los interesados, que partían equipados dentro de las doce horas siguientes hacia la base de partida del ejército. Las expediciones, casi siempre anuales, duraban como mínimo de tres a cuatro meses. Era preciso prever requisiciones de forraje (*foradrum*), convoyes de carros cubiertos de cuero (*bustarnae*) capaces de transportar provisiones para tres meses y armas y equipaje para seis. Cuando el peligro exterior estaba más localizado, sólo eran convocados los vasallos de las grandes familias nobles, del emperador, de los abades, abadesas y obispos. Para los hombres libres bastaba entonces el viejo sistema romano que consistía en pedir el envío a la hueste de un solo hombre por cada cuatro mansos. Los que poseían menos se agrupaban para llegar al mismo número de unidades territoriales y ayudar materialmente a uno de ellos a marchar equipado. En las fronteras o marcas, el servicio era más exigente. Todos los hombres libres estaban sujetos a la guardia (*wacta*) en las torres o castillos. Unas unidades especiales, las *scarnae*, compuestas por guerreros profesionales, estaban implantadas allí de forma estable. La disciplina era particularmente severa y la desertión en plena campaña (*hevisitz*) era castigada con la pena de muerte. Estos ejércitos contaban con numerosos soldados de infantería armados con una lanza, un escudo, un arco y doce flechas. Pero tenían un papel poco importante al lado de los combatientes a caballo, cuya función era provocar el choque y la victoria final. Al lado de la caballería ligera de los bretones, sajones, austrasianos, gascones e hispanos, destacaba la importancia creciente de la caballería pesada. Armados con una espada larga, un tahalí, una lanza y protegidos por una *broigne* ('loriga'), pesada capa de cuero cubierta de placas de hierro, como mínimo eran propietarios o tenentes de doce mansos. Su armamento costaba en líneas generales de treinta y seis a cuarenta sueldos, o sea el muy elevado precio de veinte vacas. Carlomagno y Luis el Piadoso, sobre todo, utilizaron hábilmente estos combatientes a caballo acorazados. La mayoría de sus operaciones militares consistieron en concentraciones de tres o cuatro columnas sobre un ob-

jetivo preciso, o bien, a la inversa, para las operaciones de pillaje, en la dispersión de un gran ejército desplegado; como los dedos de una mano, a través del país a someter. Esta estrategia original explica el éxito de los francos.

El número de soldados fue también un elemento considerable del éxito. En el 811, por ejemplo, cuatro ejércitos pudieron operar a la vez en el Elba, el Danubio y el Ebro, así como en los confines bretones. Cada uno comprendía de seis a diez mil soldados de infantería, más dos mil quinientos a tres mil combatientes a caballo, de los cuales ochocientos iban acorazados. Sin movilización general, el Imperio era capaz de poner en pie de guerra alrededor de cincuenta y dos mil hombres, de los cuales doce mil eran combatientes a caballo. En resumen, se estima que los emperadores podían reunir cien mil soldados de infantería y treinta y cinco mil de caballería. Incluso si consideramos estos cálculos como demasiado optimistas, es cierto, de todos modos, que los carolingios tuvieron en sus manos un instrumento militar particularmente bien entrenado y ciertamente superior a los sesenta y cinco mil hombres realmente eficaces de que disponía el Imperio Romano tardío de Occidente. Por el contrario, estamos muy mal informados sobre las flotas de guerra. En el 811, Carlomagno restauró el sistema romano de vigilancia costera en Gante, Boulogne y desembocaduras de la Gironda y del Ródano, para luchar contra los escandinavos. Cada flota tenía tropas de embarco dispuestas a partir a la primera alerta. No tenemos ningún detalle sobre sus operaciones pero a la vista de los resultados se puede dudar de su utilidad.

El ejército carolingio se cohesionó sobre todo por otra iniciativa de Carlomagno: la introducción del vasallaje en el Estado. Recordemos la importancia de las clientelas en el ascenso de la dinastía. Mientras estos vínculos eran de dominio privado y el beneficio era un regalo absolutamente gratuito del señor al vasallo, Carlomagno sistematizó la unión del beneficio con el vínculo personal. Exhortó a todos los hombre libres a entrar en la obediencia de un señor por la ceremonia de la encomendación. A cambio del servicio militar de este hombre, el señor estaba entonces obligado a ofrecerle no ya su mantenimiento a domicilio como antaño, sino el usufructo vitalicio de uno de sus propios bienes territoriales. El servicio del vasallo se convertía también en la causa del beneficio. Toda una jerarquía de subordinados se creó de este modo. Carlomagno mismo se vinculó a unos vasallos reales (*vassi dominici*) a los que dotó («casó») con tierras fiscales. Considerando que los bienes eclesiásticos le pertenecían, ya que los protegía concediéndoles el beneficio de la inmunidad (es decir, mediante la prohibición a todo oficial público, conde o duque, de ir a cumplir sus funciones públicas en aquellas tierras), exigió a los obispos y a los abades que entrasen a su vez en los vínculos personales por medio de la encomendación. Así se explica que estos grandes personajes eclesiásticos hayan figurado en el ejército rodeados de sus propios vasallos. A través de esa red de fidelidades entrecruzadas y centralizadas en su persona, el emperador esperaba hacer reposar el edificio político en el respeto a la palabra dada, en la fe jurada sobre los evangelios o sobre las reliquias y, sobre todo, en las obligaciones mutuas del señor y del vasallo y en el llamamiento a los guerreros. No es menos evidente que una doble contradicción minaba e incluso arruinaba esta forma pública vital: la que oponía un ideal cristiano pacífico a la obligación de saquear para vivir y perdurar, y la que, a falta de medios para ser obedecido con seguridad, obligaba al príncipe a caer en manos de las ambiciones privadas y las clientelas.

### Reflexos empañados en torno al Imperio

Las formaciones políticas independientes del Imperio tuvieron unas estructuras mucho menos completas. Las únicas que se les aproximaban eran las del reino anglosajón. Alfredo fue de algún modo el Carlomagno de la isla, mucho más que Offa. En el 780, este último había dotado al reino de una moneda fuerte, de plata, el *penny* (=penique), que inspiró la reforma monetaria de Carlomagno. Igualmente, había inaugurado, contra los celos del país de Gales, la técnica de una poderosa línea de fortificaciones de tierra coronadas por una empalizada, el *Dyke de Offa*, que cerró la península a sus ataques. La *Tribal Hidage*, lista de las *hidde* (el equivalente del manso carolingio o de la *hufe* germánica) de toda Inglaterra, puesta por escrito en esta época, demuestra que la monarquía anglosajona era capaz de conocer las rentas imponibles sobre cada unidad territorial. A partir de Egfrith, el hijo de Offa, consagrado en el 796, la unión real se convirtió, a imitación de los francos, en un medio de consolidar la monarquía. Igualmente, la prerrogativa jurídica del rey fue puesta de nuevo en vigor por Alfredo, que publicó un código que recogía algunas leyes de sus predecesores, y que limitaba el derecho de venganza (*faide*) y reforzaba las obligaciones debidas a los señores por sus hombres. El gobierno central de los reyes anglosajones es mal conocido, pero a nivel local sabemos que el *aldorman* dirigía varios condados en el plano militar. En cada condado (*shire*) se encontraba un agente real, el *shire-reeve*, que más tarde se convertiría en el *sheriff*. Presidía dos veces al año el tribunal de justicia delante de los grandes propietarios rurales, anunciaba las decisiones reales y recibía las rentas y tributos debidos al rey. Fue el agente principal de la reforma militar decidida por Alfredo. Este creó, como hemos visto, toda una red de burgos fortificados. Cada uno debía ser construido y luego defendido con la ayuda de los habitantes del país. El *sheriff* fijaba las contribuciones de cada cual en función de su riqueza. Finalmente, en virtud del *fyrd*, análogo a la hueste franca, el rey tenía el derecho de convocar a todos los sajones al servicio militar anual. Para obtener un ejército permanente, prefirió reclutar la mitad de cada contingente dos veces al año, durante tres meses. Además, para resistir a los daneses, hizo construir una flota de guerra, utilizando las técnicas de los marineros frisones. Finalmente, también aquí, los hombres libres fueron más o menos obligados a entrar en la encomendación de un señor propietario territorial (*thane*), forzado también a cumplir unas obligaciones militares.

En Danelaw o en Islandia, el elemento dominante siguió siendo la asamblea de hombres libres, es decir de los guerreros. Los reyes escandinavos sólo eran jefes de guerra sometidos a estas asambleas. En Islandia, la asamblea lo dirigió todo: la *Althing* fue así el primer «parlamento» europeo.

A la manera de los reinos irlandeses, la Bretaña, casi siempre independiente en los siglos VIII, IX y X, conservó un gobierno estrictamente local. Cada parroquia (*plebs*) era dirigida por un noble de familia antigua, el *mañtierre*. Como en Escocia, residía en un dominio donde tenía su corte (*lis*). Allí ejercía funciones judiciales y recogía los impuestos romanos convertidos en consuetudinarios. Por otra parte, no ejercía funciones militares como en las islas, pero a partir del 830 un bretón de la región de Vannes, Nominóé, convertido oficialmente en *missus dominicus* de Luis el Piadoso, intentó edificar un poder central. En el 845, tras

haber derrotado a Carlos el Calvo en Ballon, hizo independiente a la Iglesia bretona creando una metrópolis eclesiástica en Dol. Instituyó y nombró condes y *missi dominici*. Sus hijos, Enspoeé y Salomon, se proclamaron reyes. Vivían rodeados de fieles, guerreros privados que les servían a la antigua manera céltica. Pero su esfuerzo por imitar la monarquía carolingia fue interrumpido por las invasiones escandinavas, y la Bretaña continuó de hecho viviendo bajo la dirección de sus *mañtierre*.

Por el contrario, en Galicia y en Asturias, el reino neovisigodo continuaba las prácticas gubernamentales del reino de Toledo. Nada cambió, ni siquiera el viejo impuesto romano, el *tributum*, que seguía cobrándose. Sólo desapareció la moneda, mientras que las necesidades de la guerra omnipresente concentraban todos los poderes en manos del rey. La monarquía se hizo pronto hereditaria en lugar de ser electiva. El príncipe estaba rodeado de gardingos que le habían prestado juramento de fidelidad. Todos los hombres libres le debían el servicio militar. El rey les daba armas o bien les pagaba concediéndoles una tierra del fisco (prestatmo). Nombraba condes que tenían bajo sus órdenes sayones y merinos. Estos eran amovibles y administraban justicia en función de las leyes del Fuero Juzgo de Recesvinto. Incluso la Iglesia se hallaba totalmente en manos del soberano. Del 755 al 1037, más de cien monasterios fueron fundados por los reyes astorianos. Nombraban obispos e incluso creaban obispados sin intervención de Roma. En resumen, el aislamiento de la monarquía y la necesidad continua de encontrar hombres para luchar en el *fovatium*, la zona fronteriza desertizada que la separaba del Islam ibérico, hicieron que los reyes cristianos hispánicos creasen un sistema mucho más centralizado y mucho más obedecido. La nobleza no tenía tiempo de implantarse en sus tierras. El clero meditaba sin cesar sobre las innumerables miniaturas del Apocalipsis. Una sociedad sin clases, bajo la dirección de un rey guerrero al frente de campesinos-soldados, luchaba por su supervivencia.

El régimen político del Imperio Otónida también se parecía mucho al de un gobierno de guerra. Como hemos visto, no hacía más que imitar y reutilizar el programa y las estructuras administrativas carolingias. Otón I, iletrado hasta los treinta y cinco años, guerrero y cazador, como Carlomagno, desplazó el Estado carolingio a Germania, indiscutible progreso para una región que sólo había conocido el régimen carolingio en estado puro en Sajonia. Ya Enrique el Pajareto había inaugurado su reinado con el lema *Renovatio regni Franco-run*, renacimiento del reino de los francos. Como Alfredo, fortificó sistemáticamente las grandes abadías, los grandes burgos rurales y hasta ciudades como Ratisbona y Augsburgo. Ampliando el sistema de los que contribuían y los que partían (un solo guerrero por cuatro mansos), prescribió que de cada nueve *agrarii milites* sólo uno tendría guarnición en el centro fortificado; sin embargo, los alojamientos de los ocho restantes estaban previstos para el caso de movilización general. Estos guerreros profesionales, dotados de tierras, protegían así la vida de los centros donde se reunían los tribunales del conde, los concilios, los mercados, etc. Enrique I, al mismo tiempo que hacía un llamamiento al campesinado sajón para luchar contra la caballería húngara, desarrolló progresivamente los *milites armati*, es decir, los hombres a caballo y acorazados. Hacia mediados del siglo X, Otón I y Otón II podían reunir, tan solo al norte de los Alpes, unos quince mil hombres, de los cuales más de ocho mil iban a caballo y acorazados. ¡La proporción de la infan-

tería pasó así, en relación a la época de Carlomagno, de tres cuartos a menos de la mitad! Y esto en un territorio que no representaba más que un tercio del imperio de Carlomagno. Esto permite suponer pues que las tropas del Imperio Otomano eran iguales en número a las de Carlomagno, pero que la inversión a favor de la caballería pesada anunciaba una época diferente, la de los guerreros profesionales. Señalemos finalmente que este ejército estaba aún más estrechamente vinculado al soberano, ya que estaba compuesto, tanto su guardia personal como sus vasallos, por *ministeriales* o *Dienstlehen*, es decir antiguos esclavos encargados de un servicio militar y que ocupaban un manso de aquél. Volvemos a encontrar aquí la tradición germánica primitiva del dependiente de origen servil, tanto más fiel al jefe de la guerra cuanto que le debía toda su fortuna. La fraternidad militar de los tiempos antiguos aún servía para reforzar un sistema carolingio que Carlomagno había querido basar en los vínculos de hombre a hombre. Indiscutiblemente, el instrumento militar en Europa occidental no hizo más que progresar regularmente en número y calidad, hasta el punto de superar las cifras del Imperio Romano tardío.

#### ¿BLOQUEAR LA SOCIEDAD?

«Carlomagno fue traicionado por los hombres», ha escrito con mucha razón Robert Folz. Y hubiera podido añadir: «porque fueron poco numerosos los que comprendieron sus intenciones y las de sus sucesores». En efecto, de todas sus construcciones sólo la estructura política fracasó totalmente. Las demás, en particular las de la Iglesia, las de la enseñanza y las de la economía, en parte sobrevivieron. El fracaso político es también incierto, ya que el mejor sucesor de Carlomagno, Otón, supo reencontrarse su inspiración. El estudio de los mecanismos mentales que llevaron a la disociación interna del Imperio puede esclarecer este fracaso. En efecto, estallaron incomprensiones y divergencias no sólo en cuanto a la obediencia al rey y al emperador, sino también en lo que se refiere a las exigencias religiosas de la Iglesia, tanto más peligrosas ya que implicaban la supervivencia en el más allá. Los grandes rechazos son la clave de la explicación de los desordenados años que van del 850 al 950. El impulso que no había podido desencadenarse dentro del orden imperial estalló entonces en el orden local, el del feudalismo.

#### La obediencia al más próximo

Carlomagno esperaba fortalecer la obediencia de todos sus súbditos, a través del viejo juramento de fidelidad de los ciudadanos romanos. Las múltiples modificaciones del texto, las campañas de explicación de los *missi*, la introducción de la cláusula «obedecer como un hombre obedece a su señor» demuestran por el contrario el fracaso constante de esta práctica. La causa del rechazo era la impresión subjetiva de que el rey no tenía más remedio que pedir esta promesa porque era débil. También el juramento de fidelidad de los súbditos desapareció, excepto en Cataluña, por ejemplo, donde en el siglo X aún se prestaba este tipo de promesa al conde local.

Más grave fue, con la unión del vasallaje y el beneficio, el deslizamiento de la obligación de servicio del vínculo personal hacia el vínculo real. Bajo la influencia de la noción meridional de *stipendium* ('salario') y de la noción germánica de que todo don es definitivo, la idea de goce-temporal de los frutos de una tierra no fue comprendida. En una mentalidad primitiva, acostumbrada a los dones y contradones, la iniciativa venía ante todo del jefe o del poderoso. El intercambio de regalos, bien fuese de los que hacían los grandes al rey a cambio de las partes del botín, o de los *renia*, capones y huevos que entregaban los campesinos en agradecimiento por la tenencia, era un simple medio de reconocimiento mutuo. Significaba en el fondo que el regalo era un deber, no una gracia o una generosidad excepcional. El aspecto social y contractual del don borraba todo impulso del corazón y no tenía nada que ver con un impulso caritativo, a pesar de que la Iglesia procuraba darle este tipo de coloración. También la tierra se convirtió poco a poco en un regalo definitivo, causa del servicio militar. Por esta incomprensión, el soberano y luego el señor mismo, se hicieron solicitadores del servicio y de la obediencia, cuando normalmente debían ser sus beneficiarios naturales. La Iglesia intentaba hacer del emperador o del rey un personaje intocable y sagrado, hasta el punto de que efectivamente jamás tuvo lugar ningún atentado contra la persona real, pero no pudo impedir que su soberanía se redujese cada vez más. Y aun contribuyó a ello pidiendo, con Hincmar en particular, que los obispos, cuando eran investidos por el rey con el obispado y con sus bienes, ya no fuesen sometidos a la *imixtio manuum*, es decir por las manos, a la manera franca, a la entrega de sí mismos en una relación de inferior a superior. Ciertamente, este rechazo se hacía apoyándose en el axioma evangélico de que nadie puede servir a dos señores, pero de todos modos esto debilitaba el poder real. Desde entonces se asistió a un primer fenómeno de degradación: el rey sólo podía hacerse obedecer si concedía favores. En Coulaines, en el 843, se vio obligado a prometer a la Iglesia no despojarla de sus bienes para obtener beneficios, y a los grandes no quitarles sus cargos (*honores*) de forma arbitraria. Si no aplicaba estas decisiones, los súbditos podían considerarse desligados de su juramento de fidelidad. La inversión entre la obediencia y el don era total. La formulación contractual de igual a igual, de tipo romano, quitaba al rey todo medio de presión, enmascaraba la rapacidad de los grandes y limitaba el poder real mediante la referencia a las leyes de Dios.

Condenado a dar, el rey distribuyó bienes fiscales sin cesar. Después del 840, en efecto, la fidelidad ya no retenía a un solo noble, ni siquiera tras la ceremonia de encomendación, a pesar de ser tan sobrecogedora. Efectivamente, las guerras civiles y los múltiples repartos habían enturbiado completamente el respeto al señor, rey o emperador. ¡En Borgoña, del 806 al 839, los nobles debieron encomendarse seis veces seguidas a un nuevo rey! Y esto únicamente para obedecer las órdenes legales de Luis el Piadoso. En estas condiciones, ¿cómo practicar una fidelidad de por vida? A cada revuelta, el vasallo era convocado a la hueste. ¿A quién debía seguir?, ¿al hijo sublevado, señor directo, o al emperador escarmentado, señor supremo? Casi automáticamente, el vasallo, e igualmente el vasallo del vasallo, seguían al señor más próximo, el que directamente podía quitarles el beneficio si no obedecían. Así, el contrato y el poder directo eliminaban la autoridad suprema a través de la batalla que constituía el señor interpuesto entre el

rey y el vasallo. Así pues, para atraer de nuevo la fidelidad era necesario un nuevo don de tierras. Carlos el Calvo distribuyó a sus fieles, en treinta y siete años, cuatro veces más tierras que Carlomagno en cuarenta y seis años en toda la extensión del Imperio. Carlomán, desde el inicio de su reinado, por miedo a no ser obedecido, concedió tierras a diestro y siniestro, antes incluso de que cualquier oposición se hubiera manifestado. Así, en el siglo X, una vez que el capital de tierras fiscales se había dilapidado y reducido a algunos dominios en la cuenca parisense, los vasallos se apartaron de un rey que no tenía nada más para darles. Incluso empezaron a recibir beneficios de varios señores diferentes, última prueba de que la fidelidad se había convertido en una palabra vana.

#### *Juramentos locales*

Pero ha de señalarse que estos bienes eran otorgados sólo por un tiempo o de por vida, y que si el caso de confiscación injusta era a partir de entonces imponible, las recuperaciones nunca habían sido prohibidas. Ahora bien, ya en el reinado de Carlos el Calvo, los honores del conde empezaron a ser asimilados a sus beneficios. En el 867, cuando quiso sustituir al conde de Bourges, Gérard, y nombrar en su lugar a Effroi, este último fue obligado a apoderarse del condado a mano armada. En ello dejó la vida y Gérard conservó su condado como un bien patrimonial. A fines del siglo IX, ningún conde era revocable. Sin embargo, sus bienes fiscales y sus beneficios habrían podido ser recuperados a su muerte. Pero pronto esta posibilidad desapareció. El linaje del difunto se interpuso e intentó convencer al rey o al poderoso de que era oportuno, por razones de interés bien comprendido, dejar al heredero en las mismas tierras. Desde el 868, Hincmar encontraba normal, para sus vasallos de la iglesia de Reims, «dejar los beneficios, en vista del servicio militar, a los hijos de los padres que han servido bien a la Iglesia...». En el 877, Carlos el Calvo, por el capitular de Quierzy-sur-Oise, que procuraba salvaguardar su derecho de disposición de los honores y los beneficios, constataba que en su ausencia, durante su viaje a Italia, era preciso tolerar que los hijos sucedieran a los padres, sin perjuicio de que a su vuelta fuesen confirmados o se hiciesen nuevas nominaciones. Era confesar que la sucesión hereditaria se había convertido en la norma habitual. En efecto, ésta se instaló insensiblemente a pesar de algunos retrocesos y se comprende que, en el curso del siglo X, Luis IV y Lotario lucharan encarnizadamente por conquistar la Lotaringia, donde el fenómeno aún no había aparecido y donde, por consiguiente, habrían podido reconstituir su fisco. El vínculo personal desapareció. El beneficio pasó de manos del propietario a las del detentador. El regalo, recompensa de una fidelidad de toda una vida, se convirtió en la base de un poder político nuevo, el señorío rural. El poder siguió el mismo camino que la tierra. Después de haber pasado del imperio al reino, descendió del rey al príncipe territorial, más tarde al señor del castillo.

Así pues, el vínculo de fidelidad negativa y el vínculo de la encomendación se habían hundido, ya que el primero había sido absorbido al nivel del condado y el segundo se había hecho automático, fuera cual fuera el heredero. Otros dos subsistían. Eran los vínculos de igual a igual y los de sangre. Pero éstos también

se volvieron contra el Estado. Sin embargo, no implicaban una dependencia del noble hacia el soberano, como la encomendación. Las *convenientiae* meridionales tenían por finalidad establecer la paz o alianzas entre familias nobles, y los reyes, excepto en Coulaínes en el 843, no quisieron utilizarlas debido a las condiciones restrictivas que podían comportar. Daban pues ventaja a la aristocracia al invertir los papeles. Lo mismo sucedía con el juramento prestado con la mano para la *trustis*, la fidelidad. Implicaba, como hemos visto, un apoyo incondicional, en la vida y la muerte, para cualquier causa. Si esta guardia personal era privada, como en el caso de los nobles constituidos en *convenientia*, pero con una duración y una intensidad sin límite, la *trustis* podía volverse aún más peligrosa para el poder público. Por esto fue severamente prohibida por Carlomagno. Luego, en Dijon, en el 857, Carlos el Calvo reiteró, probablemente en vano, la misma prohibición, pidiendo a los *missi* que tomaran medidas contra los habitantes que se dedicaban al pillaje, a las mutilaciones, al asesinato, que organizaban *trustis*, mandaban su rebaño a pastar en los prados cercados y devastaban las cosechas. Los esclavos también formaban asociaciones de este tipo, auténticos grupos de presión cuya ley era justamente tener sólo la ley que ellos decidieran. Este tipo de agrupación local era totalmente extraña a la noción de bien público. A la organización vertical de la sociedad oponía vínculos horizontales entre los hombres libres de un lugar. El Estado carolingio se apoyaba sobre tales mentalidades sin imbricarse.

Igualmente, prohibió en vano las *ghilde* ('guildas') en el 778 y el 884. Estas agrupaciones de juramento mutuo estaban prohibidas incluso cuando estaban destinadas a reforzar organizaciones de socorro mutuo contra el naufragio y el incendio, pues la ley de estos «medios» era radicalmente ajena al Estado cristiano. La Iglesia, en particular, las denunció muy violentamente e Hincmar nos explica por qué eran peligrosas estas *conjuraciones*. Sus miembros se reunían en banquetes y allí, después de muchas comilonas y borracheras, se hacían juramentos mutuos de ayuda y promesas de apoyo financiero o físico. De ello resultaban asesinatos o incluso auténticas guerras civiles. Las guildas parecen haber sido numerosas en el norte de Francia. Se perpetuaron en particular en el comercio marítimo, y los escribanos eclesiásticos continuaron denunciando su apego al beneficio, la dureza de corazón y sobre todo la ausencia de cualquier tipo de ley en estas agrupaciones de negociantes que efectivamente sólo tenían un objetivo: asegurar el éxito del grupo, pasase lo que pasase. La *trustis* o la guilda sólo tenían un imperativo, la supervivencia a toda costa. Eran perfectamente ajenas al nuevo mundo que querían construir los carolingios y que sólo podían rechazar.

#### *Retorno a la llamada de la sangre*

Más temible aún era el vínculo de sangre. Como se recordará, existían en las sociedades germánicas venganzas sagradas, llamadas *faidas*, que se perpetuaban de generación en generación sin que a veces las composiciones propuestas, como el *Wergeld*, lograsen parar esta cadena de asesinatos, ya que el linaje herido en su honor podía rechazarlas por respeto a sus muertos. Ahora bien, como la personalidad de las leyes todavía subsistía, con sus tarifas de multas, la paz debía alcanzarse con la ayuda de juramentos mutuos de seguridad llamados, entre los germá-

nicos, *treuwa*, de donde deriva nuestra palabra tregua. Todo esto, en la mayoría de los casos, se arreglaba fuera de las instituciones jurídicas y reforzaba las estructuras horizontales. Si el Estado intervenía para ponerles fin, también allí se revelaba impotente. En Inglaterra, a pesar de las intervenciones de Alfredo para limitar las faidas, el asesinato del *earl* Uhtred por parte de un noble llamado Thurbrand provocó una cadena de asesinatos que sólo se detuvo en el 1073, cuando el bisnieto de Uhtred, el *earl* Waltheof, mató a la mayor parte de los descendientes de Thurbrand en Settring, cerca de York. Sin embargo, la faida hubiera podido continuar si Guillermo el Conquistador no hubiera hecho ejecutar a Waltheof en el 1076. Igualmente, grandes familias carolingias se lanzaron también a interminables venganzas. Carlos Martel había tenido, con una concubina bávara de la familia ducal Swanahilde, un hijo llamado Grifon. Éste había reclamado, de forma turbulenta y desordenada, una parte de la herencia de su padre. Tras intentar aliarse con el duque de Aquitania, Wifredo, y luego con el rey de los lombardos, acabó por ser asesinado en el 753. Al mismo tiempo, la familia de los Eiticonidas perdía todas sus posesiones primitivas, expulsada por Pipino el Breve, en provecho de los Bernard. Ahora bien, los Eiticonidas estaban aliados con los Welf de Baviera, que descendían de la familia ducal, la cual, con Tasilón, luchó constantemente contra Carlomagno hasta el 778. Cuando Judith se casó con Luis el Piadoso, la familia de los Welf entró nuevamente en el linaje carolingio. El recuerdo de su antepasado Grifon, privado de la herencia, y de las luchas infatigables de su hermanastra Hiltrude para que el duque de Baviera lo vengase, fue ciertamente la causa de su empecinamiento por obtener un reino para su hijo Carlos el Calvo. Pero el apoyo que le proporcionó el «chambelán» Bernard, de origen carolingio, fue interpretado como una traición por los Eiticonidas Hugo y Matfrid, quienes intentaron acabar con Judith por todos los medios. Seguramente se trataba de un gigantesco ajuste de cuentas entre dos grandes familias austrasianas, la de los pipinidas, que había conseguido apoderarse del trono, y la de los Eiticonidas, desposeídos de Alamania como los Welf lo habían sido de Baviera. Si esta hipótesis pudiera ser consolidada, ¿la caída del Imperio Carolingio sería sólo el resultado de una faida interminable? El linaje habría destruido la dinastía y reducido su legitimidad a un accidente histórico.

Esta permanencia de los antiguos vínculos jurados o carnales explica la contradicción insoluble con el programa aquitano-hispano de Luis el Piadoso, Benito de Aniane, Agobardo y otros consejeros eclesiásticos. Dos mundos y dos mentalidades se enfrentaban. Mientras que, por un lado, dos linajes se lanzaban a una lucha encarnizada por conservar el poder o vengar las esperanzas aniquiladas; por otro, el arzobispo de Lyon, Agobardo, no encontró nada mejor que poner aceite en el fuego con un solemne discurso a los grandes. Con una incomprensión total de la situación, se dedicó, en una paráfrasis blasfematoria de las Lamentaciones de Jeremías, a hacer un ataque particularmente misógino de la mala conducta de la emperatriz, que los otros testimonios no confirmaron. Creyendo defender el Imperio, lo arruinaba aún más. Ofrecía armas inesperadas a los adversarios de Judith y del emperador, quienes además no habían aceptado su nuevo matrimonio. El nudo de víboras se había vuelto inextricable por la intervención clerical, y las divisiones de los años 830-840, inscritas en esta torpeza. La faida visceral y la abstracción moralizante tuvieron el efecto del azufre en el agua: una deflagración instantánea.

### La unión imposible

Podrían ser aportados otros ejemplos de estos rechazos surgidos de psicologías demasiado opuestas. El cambio de pesos y medidas y el lanzamiento de nuevos denarios chocaron repetidamente con oposiciones categóricas de la población. Fue necesario amenazar con los peores castigos a los que se oponían. La prohibición de la usura que, después del capítular de Nimega en el 806, afectó a toda transacción mobiliaria que conllevara un interés, había sido hecha en nombre de los principios evangélicos. El usurero era condenado a una multa de 60 sueldos. Ahora bien, los mismos que en nombre del Deuteronomio condenaban el préstamo con interés, se convirtieron a su vez en prestamistas. Los abades, en particular, prestaban sumas importantes, cayendo así bajo el peso de la prohibición. Esta fue beneficiosa para los campesinos, a los que, si no salvó de la ruina, si al menos de la prisión por deudas, pero fue un impedimento considerable para el comercio y quizás aún más para el alma de los negociantes que se preocupaban por su reposo eterno. Explica al mismo tiempo que, bastantes obispos hayan confiado la gestión de sus capitales a administradores judíos. Así, el programa chocó con obstáculos tales que, o bien quedó pulverizado, como en el caso de los pesos y las medidas, que se diferenciaron según las regiones, o bien fue eludido, como ocurrió con la usura, y en el mejor de los casos aplazado en su aplicación, como lo fue respecto al sistema monetario; que se *mannu*.

Queda una última causa del fracaso político que condujo a la fragmentación en principados territoriales: la oposición entre pueblos, que Jan Dhondt ha descrito con el término de «disolvente étnico». Por mi parte, vista la ausencia de unidad racial en muchos casos, prefiero el término de particularismo regional. En efecto, no acabaríamos nunca de citar los clichés mentales de los contemporáneos de los siglos IX y X para definir a sus vecinos. Cuando Luis el Piadoso desconfiaba de los francos del oeste, prefería apoyarse en los germanos, es decir en los sajones, que consideraba buenos, leales y fieles. También Nolker de Saint-Gall oponía a este sólido núcleo «los galos (es decir, los francos del oeste), los aquitanos, los borgoñones, los hispanos, los alamanes y los bávaros», que en tiempos de Carlomagno estaban muy orgullosos de poderse vanagloriar del título de «esclavos de los francos». Pero aquel tiempo no duró mucho y la unidad no les sedujo, a pesar de las apelaciones del hispano Agobardo para formar un imperio donde, a la manera del ideal expresado por san Pablo, no hubiera «ni aquitanos, ni lombardos, ni burgundios, sino uno en todos y todos en Cristo». Al «corazón de hierro» de los francos se oponía la necesidad de los *weichs*, la ligereza y la continua propensión a la traición de los romanos. La historia de las relaciones con los aquitanos es particularmente reveladora. Carlomagno a menudo tuvo miedo de que el joven Luis el Piadoso se dejara contaminar por las costumbres insolentes de sus administrados. Temores bastante justificados puesto que Luis volvió a Aquisgrán, en el 814, acompañado de consejeros aquitanos que le hicieron aplicar un programa excesivamente osado para la época y demasiado avanzado respecto a las mentalidades. Por el contrario, las familias francas instiladas por Carlomagno en Aquitania se meridionalizaron muy de prisa, seducidas por el modo de vida muy opulento y refinado de estos romanos. A partir del día en que los francos de Lombardia y Aquitania adoptaron costumbres y nombres

mediterráneos y se pasaron a la vieja Europa abandonando la joven Europa, el ejército carolingio y la concepción de un Imperio franco se hundieron. Igualmente, en sentido contrario, el día en que, pronunciada por Luis el Piadoso, era puesta la concepción aquitano-hispana de un Imperio igualitario y uniforme, se despertaron los sentimientos germánicos y la oposición a los traidores meridionales. «Los romanos son estúpidos, los bávaros sabios», dice el glosario de Kassel. ¿Y qué decir entonces de los inasimilables vascos o de los obrusos bretones? «Completamente ajenos a toda civilización, propensos a la cólera, tienen costumbres incultas y chapurrean una jerga estúpida», decía Raul Glaber a principios del siglo XI. El foso cultural entre estos diferentes pueblos fue una de las causas del desmembramiento del Imperio. Se demuestra con el simple hecho de que, después del 930, el rey de Francia occidental no intervino más en el sur del Loira. Cuando, en el 987, el conde de Barcelona solicitó ayuda contra el Islam, en nombre de la antigua solidaridad, a su señor el nuevo rey Hugo Capeto, éste ni tan siquiera se tomó la molestia de moverse.

Pero se podría replicar que la fragmentación alcanzó también al núcleo primitivo del Imperio, Neustria, Austrasia, el norte de la Borgoña, donde la centralización, implantada con la ayuda de los *missi*, designados en un puesto fijo, había sido particularmente fuerte. Allí donde las antiguas poblaciones galo-romanas se enorgullecían de llamarse «francos», la unidad debió haber subsistido. Sin embargo no fue así: puesto que la aristocracia seguía aún respetando al rey sólo en función de sus victorias. La concepción germánica del Estado se desplazó entonces hacia el este, a Sajonia, donde el carisma de la violencia se reencarnó en el linaje de Wdiking, el único jefe sajón que había sabido resistir a Carlomagno, familia representada por Enrique y Otón. Entonces, la idea romana del Estado cayó en manos de los aquitanos Girard de Viennes, Gérard d'Aurillac, Gerberto, y de los chuniacenses, cuyos primeros abades, como Odón, eran también meridionales. El Estado fue todavía para los primeros una propiedad personal y para los segundos un servicio público. La unión fracasada de estas dos grandes mentalidades produjo separaciones que anunciaban sin embargo otras disputas, en particular en el siglo XI, entre papado e Imperio.

## ¿RENOVAR LA IGLESIA?

El factor principal de la renovación de las instituciones políticas fue el grupo clerical de los intelectuales, auténticos «consejeros de Estado», especie de tecnócratas de un sistema imperial o real. En todas partes encontramos su influencia y su deseo de «bautizar» las estructuras. Cuando los primeros carolingios comprendieron perfectamente que no podían hacer nada sin la Iglesia, y se persuadieron de que debían defender y promover la fe cristiana, ya no se sabe muy bien, en medio de tal imbricación, quién sostenía a quién. En efecto, las reformas de la Iglesia, las misiones o los éxitos intelectuales y artísticos se debían a iniciativas que venían tanto de unos como de otros.

## Mezclar la Iglesia y el Estado

Es evidente que la primera serie de concilios, del 743 al 747, que marcó el fin del mayorazgo de Carlos Martel, sólo pudo reunirse con su autorización. Primero se solucionó el problema de los bienes de la Iglesia que habían sido cedidos a los vasallos. Frente a las necesidades de la guerra, los obispos aceptaron estas sustracciones temporales de las tierras eclesiásticas, a condición de que el titular pagara un censo de reconocimiento al abad o al obispo propietario del bien, y que éste volviese al patrimonio eclesiástico a la muerte del beneficiario. Fue la precaria «por orden del rey». Bonifacio esperaba obtener a cambio una depuración del clero y el restablecimiento de los arzobispados. Pero los príncipes y los laicos tenían demasiado interés en conservar su poder sobre la Iglesia, como para dejarlo tan pronto. Chrodegang, obispo de Metz (742-766), puso a punto una regla para los sacerdotes que rodeaban a cada obispo en su catedral, los canónigos. Inspirada en los usos de san Agustín, intentaba hacerles vivir en común, en el refectorio y en el dormitorio, haciéndoles atender el servicio de la catedral y los oficios monásticos. Pero fue preciso esperar prácticamente hasta el concilio de Aquisgrán, en el 816, para que esta regla se generalizara y se aplicara en todos los capítulos canónicos. Indiscutiblemente, tuvo como resultado unificar la vida y la cultura espiritual del alto clero. Esta primera generación de reformadores fue relevada por una segunda, con Angilram, obispo de Metz, y Teodulfo, obispo de Orleans, y una tercera, durante el reinado de Luis el Piadoso, donde destaca sobre todo la acción de Jonás, obispo de Orleans, y de Agobardo, arzobispo de Lyon.

Con Carlomagno, las relaciones entre Estado e Iglesia fueron más estrechas. Y hemos visto cómo intentaba dominarla Carlomagno. Efectivamente, como en tiempos del Imperio Romano, nadie podía entrar en la cleroatura sin su acuerdo. Nombraba todos los obispos e incluso, a veces, los abades. Para obtener un condingente más importante de vasallos, llegó a poner un abad laico al lado del abad regular. Hizo entrar al clero en el vasallaje, obligó a los grandes dignatarios a ir a la huerte con sus contingentes de vasallos, a participar en el tribunal de la asamblea general, a vigilar a los condes nombrándoles *missi dominici*, o incluso a formar parte de la capilla real. Sus capitulares legislaban también para la Iglesia y están llenos de consideraciones de moral cristiana. Por último, Carlomagno presidió los concilios.

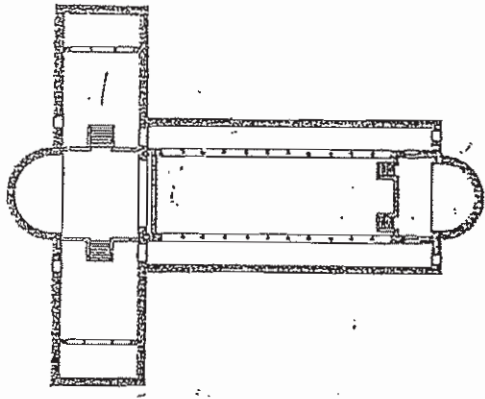
Esta penetración recíproca de la Iglesia y el Estado tenía ventajas indiscutibles para la primera. El emperador era el protector normal de las tierras de la Iglesia, a las que otorgaba el privilegio fiscal de la inmunidad y la protección del *ban*. Carlomagno creó el *advocatus* para proteger y descargar al obispo o abad inmunitista de funciones que le estaban prohibidas (juicios por crímenes de sangre, etc.). Este laico estaba encargado de ejercer, en los territorios inmunes, las obligaciones del conde. El alto personal clerical estaba así mejor situado para ocuparse de su función espiritual. Cuando, a partir del 814, la reforma episcopal estuvo casi terminada con el establecimiento de dieciséis arzobispados en lugar de las metrópolis desaparecidas al norte de los Alpes, las múltiples funciones del obispo pudieron entonces ser mejor atendidas: visitar cada año las parroquias rurales y las iglesias privadas pertenecientes a los grandes propietarios, ordenar curas párrocos a los esclavos emancipados que éstos les presentaban, crear escuelas de

chantres y de lectores, vigilar los monasterios, nombrar *jorepiscopos* si el ámbito episcopal era demasiado extenso, rezar y defender la fe y, por último, asegurar el servicio de la catedral con los canónigos. A partir de la reforma de éstos, promulgada en el 816, los ingresos de bienes episcopales fueron divididos en dos partes: la *mensa* (o mesa) episcopal y la *mensa capitular* (o mesa de los canónigos). La segunda *mensa* fue repartida en tantas «prebendas» como canónigos. Cada prebenda estaba calculada para poder mantener y alimentar un canónigo cada año. Finalmente, el obispo emitía una legislación sinodal que estaba destinada a regular la situación de los diáconos y los sacerdotes.

En efecto, el nivel requerido para estos últimos fue mejorado, primero por exigencias precisas en cuanto a su instrucción: saber escribir y leer, conocer el símbolo de los apóstoles, el Padrenuestro, el sacramental gregoriano, los exorcismos, el penitencial, el calendario, el canto «romano», es decir, gregoriano, la *Pastoral* de Gregorio el Grande... en resumen, un mínimo estricto de aculturación. Con sus sermones, el cura del pueblo desempeñaba un papel capital en la transmisión de las iniciativas episcopales y fortalecía, a través de sus exhortaciones, la obediencia al rey: La estructura eclesiástica, ahí, era mucho más eficaz que la del Estado, porque afectaba en su sede, de forma estática, a todos los campesinos, mientras que el conde y sus subordinados sólo podían hacerlo desplazándose. Así, los carolingios hicieron todo lo que pudieron para hacer del cura un personaje más respetado y para facilitar su celibato. Dadas las confiscaciones de tierras por causa de precaria, Carlomagno aceptó, por un capitular del 775, que se diera una compensación al clero. Generalizó una medida esbozada por el concilio de Mácon, en el 585: el diezmo. Todas las tierras, incluso las del rey, debían entregar a las iglesias rurales la décima parte de su producción. Un cuarto de este diezmo se enviaba al obispado. Finalmente, en el 827, Luis el Piadoso hizo obligatoria la propiedad, para cada iglesia rural, de un manso con dos esclavos para cultivarlo y satisfacer las necesidades del cura. De esta manera, toda actividad fuera de la espiritual podía serles prohibida.

Si la estrecha alianza de Carlomagno con el clero permitió al obispo desempeñar un papel brillante, ésta tuvo consecuencias aún más importantes para el mundo monástico, cuya variedad era infinita a mediados del siglo VIII. El emperador, en el monasterio, un medio ideal de dominación, destinado a eludir a obispos recalcitrantes como los de Aquitania, o bien a implantar la fe, sobre todo en Germania. Favoreció las abadías que tenían una misión político-religiosa, como Saint-Denis y Fulda, o que le permitían ser mejor obedecido, como Aniane, fundada en el 782, Charroux, en Aquitania, y Lorsch y Hersfeld, a orillas del Rin y del Fulda. Las transformó en abadías reales, lo que, con la inmunidad, reforzó su estabilidad a pesar de los servicios y prestaciones debidos al rey. En efecto, Carlomagno desconfiaba de los monasterios donde se encerraban hombres libres, porque esto disminuía su potencial militar. No quería la libre elección del abad y prefería el sistema del abad laico que le permitía, a cambio del disfrute de tierras abaciales, obtener un mayor número de vasallos para la hueste. Pero, al exigir tantos servicios de seiscientos o seiscientos cincuenta monasterios del Imperio, de los cuales doscientos estaban bajo su dependencia directa, Carlomagno tuvo dificultades para unificarlos porque los hundía demasiado en el mundo.

Fue necesaria toda la obstinación de Benito de Aniane y de su protector im-



Plano de la iglesia abacial de Fulda

En Fulda, creación de san Bonifacio, la iglesia abacial fue reconstruida entre 791 y 819. El edificio, de tres naves y presbiterio en hemicírculo, se completaba en el oeste por un imponente crucero continuo, ampliamente saledizo, sobre el que se abría un segundo ábside semicircular.

perial Luis el Piadoso para conseguir una reforma general del orden monástico. El capitular del 10 de julio del 817 reafirmaba la obligatoriedad de la regla de san Benito en cada convento, masculino o femenino, con el propósito de dar al culto y a la plegaria una primacía absoluta, a costa de las funciones políticas, evangelizadoras o culturales. Esta medida permitía al mismo tiempo prohibir rigurosamente el eremitismo, considerado como generador de anarquía. Efectivamente, esta corriente de piedad individualista fue impedida hasta el siglo X. El trabajo manual volvió a ser obligatorio, la escuela monástica se reservó a los oblatos y la clausura de los monjes fue observada severamente. La reforma se impuso lentamente y con resistencias, en particular a propósito de la libre elección del abad, que repelía a los grandes. También allí, Luis el Piadoso había puesto los fundamentos del programa gregoriano.

La prueba es que Otón acentuó todos los defectos de una Iglesia cada vez más sometida a los príncipes y a los laicos, a pesar de los buenos reclutamientos que hicieron él y sus sucesores. Nombrando a los obispos e incluso a los abades, como Carlomagno, Otón terminó por encontrar ventajoso ceder los poderes del conde a sus excelentes servidores en el interior de su ciudad episcopal: Spira, Magdeburgo, Maguncia, Coire y Colonia. Luego acrecentó los poderes del tribunal episcopal en los territorios eclesiásticos que gozaban de la inmunidad. Después les concedió la percepción de peajes y el derecho de acuñar moneda para evitar el acaparamiento por parte de los príncipes laicos. Por último, dio a los obispos los derechos condales en todo el condado. Estos condes-obispos fueron



unos funcionarios perfectos a ojos del rey de Germania. Aseguraban el cobro de los derechos reales por la gracia del privilegio de inmunidad. Aportaban al rey su contingente militar: mil ochocientos veintidós combatientes a caballo de los obispos y mil doscientos de los monasterios reales, lo sea, un cuarto del total. Finalmente, cuando morían estos condes-obispos, que carecían de herederos, el obispo y el condado revertían automáticamente en el rey. Este fue el resultado del sistema carolingio: el *Kirchensystem*, un clericalismo que integraba la Iglesia en el Estado, el cual no podía sobrevivir sin ella.

#### Cluny

En cambio, allí donde el desmembramiento del Imperio dejó completamente desarmados a los laicos fieles a la reforma inaugurada por Luis el Piadoso, la evolución fue diferente. Tras un tiempo de incertidumbre en que los monasterios y los obispos cayeron en manos de los laicos, nobles meridionales marcados por el ideal de Benito de Aniane fundaron monasterios en los que la elección del abad era totalmente libre. Girard de Rosellón creó, en 858-859, el monasterio de Vézelay, al que puso bajo la autoridad directa de san Pedro de Roma. Igualmeinte, Géraud d'Aurillac inauguró, hacia el 871, bajo el mismo régimen, el monasterio de Saint-Germent d'Aurillac, que más tarde tomó su nombre. Finalmente, el duque de Aquitania, Guillermo el Piadoso, fundó, el 11 de septiembre del 909, el monasterio de Cluny, con la condición expresa de que las tierras fueran propiedad exclusiva de san Pedro de Roma. Así, a salvo de toda injerencia laica, Bertrandon, el primer abad, obtuvo la libre elección del abad por los monjes y la supresión de la jurisdicción del ordinario, es decir del obispo de Mácon. Cluny vio confirmados sus privilegios de exención por el papa Juan XI. Pero al otorgar el sacerdocio a casi todos los monjes, Cluny abandonó la antigua tradición del laico especialista en la plegaria. Luego, en el 951, el abad de Cluny recibió la autorización para poner bajo su autoridad todos los monasterios que reformase. Los abades Odón (926-942) y Maieul (954-994) ejercieron una influencia enorme sobre sus contemporáneos, en particular el segundo, por su papel al lado de Otón el Grande. Este último, sin embargo, no aceptó nunca la solución cluniacense que disminuía su potencial militar y administrativo. Las iniciativas de Gerardo de Brogne, abad del monasterio del mismo nombre, que éste había fundado para poder ser libre en su propio alodio, y las iniciativas de Juan de Vandières, restaurador de Gorze, en el 993, quedaron confinadas a la Lorena. Así se reveló la incompatibilidad entre las dos visiones de la Iglesia que habían tenido Carlomagno y Luis el Piadoso. Para uno, una libertad vigilada y un Estado superior; para el otro, una independencia parcial y un Estado diferente. Debido a ello, sus herederos iban a chocar en el siglo XI.

#### La exaltación de la fe guerrera

Una oposición idéntica separó a Carlomagno y a Luis el Piadoso a propósito de la misión. Para el primero, el refrán ciceroniano «No hay Estado sin justicia», completado por el comentario agustiniano «No hay Estado sin Dios» que enseña-

ba sólo la verdadera justicia, exigía que no hubiera Estado pagano. Así pues, imponiendo su dominación a los sajones, Carlomagno les aportaba los beneficios de una auténtica estructura política y del verdadero Dios. Todo se sostenía. Con una perfecta buena conciencia, practicó pues el bautismo forzoso utilizando tropas enteras, al mismo tiempo que tenía una creencia sincera en un sacramento eficaz incluso sin el consentimiento de los interesados. El célebre capitular del 785 sólo proponía como alternativa el bautismo o la muerte. Fue necesario que Aleuino protestase para que Carlomagno acabara por aceptar el recurso a predicciones sumarias durante 40 días. Los bautismos siguieron siendo colectivos, pero ya no fueron obligatorios. A pesar de la promulgación de un capitular más suave, en el 795, la percepción rigurosa del diezmo aún provocó revueltas. Fueron necesarios treinta y tres años para aplastar definitivamente a los sajones. Aún se produjeron algunos resurgimientos del paganismo en el 830 y el 842. Al mismo tiempo era fundada una jerarquía nueva. Entre el 785 y el 787, Willehad fundó el obispado de Bremen; en 802-805, Liudger fundó el de Munster; un sajón, Hathumar, el de Paderborn, etc. Durante el reinado de Luis el Piadoso fueron añadidos otros cinco obispos. Una nueva metrópolis, Hamburgo, creada en el 804, intentó englobarlos, pero fue un fracaso ya que Colonia y Maguncia, los otros dos arzobispos, se opusieron. Los monasterios desempeñaron entonces un gran papel en la conversión, en particular la nueva Corbie, Corvey, fundada en el 815 por monjes de la antigua Corbie.

Otro pueblo pagano fue evangelizado: los ávaros. Tras un ataque de estos nomadas en el 788, la respuesta fue lanzada en una atmósfera de guerra santa. ¡Al día siguiente de la toma del ring todo el ejército ayunó y siguió a las procesiones de los clérigos durante tres días! La misión fue confiada a Arn, arzobispo de Salzburgo, que aplicó las modalidades fijadas y precisadas por un concilio a fin de evitar los excesos cometidos en Sajonia. Efectivamente, todo transcurrió sin incidentes pero, en cambio, Carlomagno, en el 804, prohibió formalmente al friso Liudger ir a evangelizar Dinamarca, con la cual estaba en guerra. Así se afirmaba una concepción primitiva de la misión, entendida como instrumento de expansión del Imperio.

Con Luis el Piadoso las motivaciones fueron diferentes. La voluntad de dominación política pasa a un segundo lugar en provecho de la conversión en el interior de la civilización circundante. Pero esto implicaba al mismo tiempo que los resultados fuesen mucho más lentos. Además, el miedo a los vikingos paralizó largo tiempo a los misioneros. La ignorancia de su vida provocó fracasos resonantes, sobre todo porque aquéllos no veían por qué tenían que convertirse a la fe de los vencidos y a un Dios que se dejaba crucificar pasivamente. En 826-828, Luis el Piadoso había encargado a Anscario acompañar a un rey danés, Harold, hasta su casa. Éste se había hecho bautizar para obtener el apoyo político del emperador. Pero fue apaleado por sus propios compatriotas. Con anterioridad, en respuesta a la demanda de sacerdotes por parte de los suecos, en el 823 les había sido enviado Anscario. Luis había creído que los suecos esperaban el bautismo, cuando en realidad querían establecer lazos comerciales. El misionero fue muy bien acogido en Birka, pero casi no convirtió a nadie. A su retorno, cuando apenas había sido nombrado arzobispo de una nueva metrópolis, Hamburgo, destinada a la creación de una Iglesia escandinava, ésta fue quemada por los vikingos.

en el 845. Retirado en Bremen, intentó en vano mantener los lazos con Birka y murió sin obtener resultados. Todo fue abandonado.

En efecto, era necesario solucionar lo más urgente: la conversión de los daneses instalados en Inglaterra desde el 888, y en Normandía desde el 911. Muy a menudo, éstos aceptaban el bautismo para obtener el derecho a comerciar, y así llegaban a recibirla varias veces. La inestabilidad de estos neófitos era pues el mayor obstáculo. El cristianismo sólo se implantó verdaderamente con los esfuerzos del arzobispo de Ruán, Hervé, que utilizó de nuevo los métodos progresivos y prudentes de Gregorio el Grande. Con los escandinavos, el factor decisivo fue la acción de los reyes. Cuando en el 949 el rey de Dinamarca, Gorm, tomó la decisión de convertir a su pueblo, permitió al obispo de Hamburgo, Adalgar, crear tres obispados, Slesvig, Ribe y Aarhus. Harald del Diente Azul, su sucesor, se hizo bautizar con toda su guardia personal. Sin embargo, en Noruega y en Suecia la progresión fue más lenta y hacia el año 1000 estaba lejos de estar terminada, incluso en Islandia, donde aquel año el cristianismo fue aceptado como religión oficial por el Althing.

El reino de Francia oriental encontró muy pronto, en el Elba y a lo largo de los montes de Bohemia y de Leitha, a las tribus eslavas paganas. Aunque la historia de estos contactos sea tratada en otro capítulo, es importante ver que ahí reapareció la concepción de Carlomagno. A partir del 874, el arzobispo de Maguncia intentó hacer franquear el Saale a sus misioneros para evangelizar a los sorabos. Pero la resistencia de los eslavos transformó estas tentativas en expediciones guerreras, hasta el punto de que germanización y cristianización fueron la par. Pronto los obodritas, los lituzos, los sorabos y los lusacos resistieron ferrozmente los ataques de los marqueses de Otón. Este último, en el 937, creó un monasterio en Magdeburgo, lo transformó en obispado en el 955 y luego, en el 968, en arzobispado. Esta nueva metrópolis debía recibir bajo su dependencia otros tres obispados creados en el 947. Pero no duraron mucho. Teóricamente, estaba incluso previsto que Magdeburgo englobara a todos los eslavos, comprendidos los polacos. Pero también allí, el arzobispo, tras el bautismo del príncipe Miesko en el 966, chocó con los deseos de independencia de la nueva Iglesia. Salzburgo sufrió las mismas dificultades con el príncipe húngaro Vaitk, bautizado en el 955. Como se puede constatar, la concepción carolingia de una misión imperial e imperialista comportaba la guerra, el fortalecimiento del paganismo, luego su supresión violenta y la sumisión de la Iglesia al Estado. En cambio, la política de Luis el Piadoso y sus émulos, más romana y meridional de espíritu, conducía a la muy lenta creación de iglesias locales en una cristiandad pluralista.

Esta ampliación de la cristiandad había sido percibida ya por los contemporáneos de la época de Carlomagno. En relación a la zona romana mediterránea, nació un nuevo espacio geográfico: Europa. Pero adoptó un sentido político y religioso que no coincidía exactamente con la noción de Imperio. Un clérigo irlandés, Catulfo, calificaba a Carlomagno de «jefe del reino de Europa». Nithard, nieto del emperador, declaró hacia el 840 que «Carlos, llamado por todas las naciones el gran emperador, ha dejado a Europa entera saciada con sus bondades». Este concepto de Europa interesaba pues a todos los pueblos cristianos, latinos y romanos, porque según Teodulfo, que hablaba en hispano-visigodo impregnado de fe romana: «Es la Iglesia de Roma quien fija la fe romana». Así, todo europeo

era romano en el sentido religioso y ya no político del término, mientras que no europeo era el que no hablaba latín sino griego. El conflicto del papa Nicolás I con el patriarca Focio, en el curso de un cisma que duró del 863 al 867, es revelador de este primer rechazo del Oriente cristiano en provecho de una Europa cristiana. Por otra parte, algunos años después, el papa Juan VIII no dudó en tomar el título, en otros tiempos atribuido a Carlomagno, de «rector de Europa». Así se revelaba la naturaleza profunda de una nueva civilización cuya unidad no podía ser política sino religiosa.

#### Unos límites evidentes

La renovación, es decir, el bautismo de las poblaciones paganas, ¿tuvo éxito? También en este caso las poblaciones del Imperio Carolingio y de los reinos vecinos se comportaron como un Israel testarudo, incluso aunque los francos se enorgullecían de ser el nuevo pueblo elegido. Es difícil enumerar todas las prácticas paganas que tomaron un revestimiento cristiano. Volvamos por ejemplo a las guildas y las conjuraciones. Los banquetes que originaban el grupo eran en realidad ágapes religiosos paganos. Tenían lugar el 26 de diciembre, día de san Esteban, pero en realidad se trataba de un período de doce días, el *Jul*, que empezaba en aquella fecha para englobar la vuelta y el cambio del año. Durante este lapso de tiempo, en que todo acababa y todo empezaba de nuevo, los muertos y los vivos entraban en contacto y se sentaban juntos en la mesa de los banquetes. Eran fiestas, pues, en las que el tiempo histórico quedaba roto, donde la comunión entre los dos mundos se conseguía en el curso de festines sobreabundantes, destinados a excitar la fecundidad de los participantes, y de gigantescas borracheras en las que la embriaguez sagrada ponía a los participantes fuera de sí mismos, en comunión profunda con los demás. ¿Cómo podía rechazarse después de esto el cumplimiento de los juramentos contraídos bajo tales auspicios? El miedo a enojarse a los muertos y a sus espíritus hacía entonces realizar a los miembros de la conjuración actos que parecían insensatos a los clérigos. También éstos intentaron en vano cristianizarlos, autorizándolos primero fuera de las iglesias y luego en su interior. Pero aún fue peor, porque las iglesias parroquiales se convirtieron entonces en el lugar de verdaderas bacanales en el sentido pagano y moderno del término. Raoul, arzobispo de Bourges, se vio obligado a prohibirlas severamente en su diócesis y a replicar intentando transformar este sitio eclesiástico en un espacio sagrado.

Se comprende mejor ahora cómo repercutían estas costumbres paganas en los hábitos más cotidianos y por qué los ciento veinte a ciento treinta días de ayuno reclamados por la Iglesia tenían como objetivo bloquear los hábitos alimentarios que provocaban somnolencia, embrutecimiento y, al mismo tiempo, violencias instintivas bajo el efecto del alcoholismo ambiental. El trasfondo pagano estaba siempre cerca de la superficie, detrás de cualquier acontecimiento. ¿Por qué, por ejemplo, en el 834, Lotario I hizo ahogar a Gerberga, hija del héroe conde Guiferno, en un tonel, «a la manera de las hechiceras»? Quizá se trataba de una ordinalia: si hubiera salido con vida, entonces habría sido considerada inocente. Esto prueba en todo caso que el emperador, en el cual el partido unitario había

puesto sus esperanzas, creía en la existencia de las brujas y en su capacidad de encadenar a alguien (¿Bernard?) con filtros amorosos. Las ordalías estaban efectivamente tan ancladas en las mentalidades que el arzobispo Agobardo, por más que las denunció, encontró para defenderlas, algunos años después de él, a otro obispo igualmente culto pero de origen germánico: Hincmar. Para él, Dios, que había juzgado a los israelitas con la prueba del agua que fue el paso del mar Rojo y castigado a Sodoma y Gomorra con la del fuego, no podía tolerar ser engañado por una vulgar trampa en el curso de una ordalía. Una interpretación fundamentalista de las Escrituras venía así en socorro de una mentalidad pagana cristianizada sólo en ciertas zonas del inconsciente religioso.

Esta imperfecta penetración de las novedades cristianas en los espíritus fue facilitada por eufres de evangelización. El caso más claro concierne a la noción pagana de lo sagrado. En todos los pueblos de origen indoeuropeo la sacralidad exterior del individuo manifiesta de dos maneras su ambivalencia. En latín, la palabra *sacer* significa «consagrado a los dioses y manchado con una mácula imborrable, Augusta y maldita». Es, pues, bastante próxima a la noción de tabú. En cambio, *sancus* designa más bien al que está protegido de toda profanación por una intervención divina. Esta dualidad existía también en antiguo alto alemán bajo la forma de las palabras *weils* y *hails*. Esta última no tenía el sentido peligroso de su homóloga latina. Significaba «dotado por un dios de buena suerte, salud, etc». Sin embargo, los misioneros anglosajones escogieron, para traducir *sancus*, la palabra *hails* y no *weils*. Esta confusión entre sagrado y santo perpetuó el culto al jefe guerrero, sacerdote de su tribu, propietario de lo sagrado. El significante cristiano continuó siendo utilizado e interpretado con un sentido pagano por los fieles germánicos. La aculturación del nuevo sentido cristiano no podía hacerse con esta perpetuación del vocabulario primitivo. El jefe de guerra o el santo permanecían como personajes llenos de una fuerza divina que era preciso atraerse con aclamaciones (*heil!*: vida, salud, victoria), sacrificios, ceremonias y plegarias. No debe sorprendernos, pues, que la sacralización del jefe de guerra pudiera mantenerse mucho tiempo en Germania y que permitiera la revivificación del linaje en el linaje sajón y sagrado de los otónidas.

Toda presencia de algo sagrado exterior a la persona o «poseído» por un individuo fuera de lo común, debía ser exorcizada cuando era mala o bien captada cuando era buena. También las prácticas mágicas y astrológicas continuaron realizándose. El concilio de Leptines, en el 743, las prohibía todas en un catálogo particularmente revelador... Pero sobrevivieron mucho tiempo, como, por ejemplo, la técnica que consistía en hacer desaparecer un eclipse de luna, acontecimiento particularmente maléfico para la fecundidad de las mujeres. Mientras Raban Mauro (h. 780-856) preparaba un sermón en su abadía de Fulda, una tarde, se alzó un inmenso clamor. «Se oía el bramido de cuernos como si fuera una llamada a la guerra y los gruñidos de los cerdos; se veía gente lanzando flechas y dardos hacia la luna, y otros que lanzaban fuegos al cielo en todas direcciones... Afirmaban que no sé qué monstruo amenazaba a la luna y que si no la ayudaban sería devorada. Finalmente, otros rompían los jarros que tenían en sus casas con el mismo objetivo.» Ahora bien, hacía más de cien años que esta abadía había sido fundada. ¡Debería haber irradiado su mensaje como mínimo en las proximidades de sus edificios! Bajo una cristianización superficial, las dos mentalida-

des, la antigua y la nueva, quedaban estancadas. La prohibición de esta ceremonia mágica ni tan siquiera había sido percibida.

Igualmente, los concilios carolingios protestaron en vano contra los penitenciales. Carlomagno había hecho obligatoria la presencia de un penitencial en la biblioteca básica de cada sacerdote rural. De hecho, eran muy numerosos y las tarifas penitenciales variaban de uno a otro. Por su clasificación de los pecados nos revelan la importancia del perjurio y de los comportamientos paganos, pero por el modo de conmutación de las penas de ayuno a pan seco y agua en número de misas o en moneda, nos muestran cómo el concepto antiguo de un contrato con la divinidad (*do ut des*, te doy una penitencia para que me des el perdón) se mantenía vivo. La gratuidad total del perdón de los pecados era ignorada. Los clérigos de la época de Luis el Piadoso lo percibieron. El concilio de Chalón, en el 813, pidió la supresión de los penitenciales. El de París, en el 829, decidió quemarlos. Ordenaron la vuelta a la penitencia antigua. En realidad, los penitenciales, que correspondían más bien a una religiosidad aún en el estadio de la pena del talión, continuaron pululando. El único resultado práctico fue la coexistencia de dos penitenciales: por un pecado grave, público, penitencia pública, y por un pecado grave, confesado secretamente en confesión, penitencia tarifada según el catálogo de los penitenciales. Este compromiso condujo una vez más a separar dos mentalidades, una consciente de un dios personal pero terrible y otra persuadida de que el poder sagrado podía ser dominado mediante prácticas rituales.

### La Iglesia, propietaria de lo sagrado

Una resistencia tal tuvo entonces como resultado convencer a ciertos miembros del clero de que una aculturación demasiado intelectual sólo podía fracasar y de que era mejor evangelizar partiendo de esta noción de poder sagrado, utilizando el miedo más que la esperanza y el respeto de la ley escrita. Nadie fue más jurista que Hincmar durante la mayor parte de su episcopado. Pero al final de su vida debió confesar que las ideas romanas de contrato, cosa juzgada, permanencia y universalidad de los principios jurídicos habían fracasado totalmente y no eran todavía comprendidas. Asimismo, hacia el 880, poco antes de su muerte, redactó la vida de san Remigio, un «testamento de irracionalidad». El pedagogo del futuro ya no sería el clérigo intelectual sino el santo protector de los mendicantes, de los fieles libres y pobres que escuchaban, y al mismo tiempo el vengador que ponía a los poderosos en su sitio a través de sus milagros de castigo. Efectivamente, el culto de los santos fue el gran recurso de esta sociedad en pleno movimiento atravesada por oposiciones y corrientes contradictorias.

Basta con estudiar las compilaciones de milagros de los grandes santuarios religiosos del Imperio Carolingio para darse cuenta de que las reliquias de los santos habían «recibido de Dios una virtud», en el sentido primitivo de potencia, capaz de eliminar todos los males y de castigar a los impíos. En esta fuerza estaba el origen del milagro. Era, en efecto, característico ver que los milagros de castigo golpeaban a nobles y abades, mientras que las curaciones iban preferentemente a los «pobres», en el sentido carolingio del término. Descubrimos entonces en qué medida las comidas desequilibradas y las raciones alimenticias de más de

6.000 calorías provocaban enfermedades a base de avitaminosis o exceso de glúcidos, como las polineuritis paralizantes o la gota. Enfermedades características del tercer mundo actual, el paludismo o el tracoma, causaban estragos. Los descendidos que se arrastraban por el suelo de las basílicas eran, pues, hombres y mujeres que por medio de una penitencia lo esperaban todo del poder de los santos. De esta manera, la Iglesia, con una primera cristianización ambigua, hacía desplazarse la esfera pagana de lo sagrado benéfico o maléfico hacia el mundo de la eternidad divina o santa. Se convirtió en propietaria de lo sagrado, encargándose luego de depurarlo, pero alcanzó así a un pueblo doliente al que hizo pasar del miedo a los malos espíritus a la esperanza en los santos protectores. La aparición de las primeras estatuas relicario, como las vírgenes negras, a partir del 946, muestra, a pesar de su aspecto a los ojos de los intelectuales aún próximo al ídolo, que a partir de entonces la bondad maternal de María introducía la idea de la encarnación de Dios.

### ¿Hacia una célula familiar más compacta?

El fracaso de una evangelización carolingia formalista enseñó pues las vías intrincadas que era preciso seguir para cubrir el foso entre los clérigos y el pueblo. En otro campo, el clero esta vez no se anduvo con rodeos para hacer triunfar su ideal: la indisolubilidad del matrimonio monogámico. En efecto, las costumbres sociales de origen pagano, la familia amplia y la consanguinidad, aún eran practicadas. En el interior de su parentela, la joven era considerada como un objeto de intercambio con otra familia, lo que hacía difícil la libertad del consentimiento. Además, en las aldeas como en las familias aristocráticas, los matrimonios por endogamia eran muy corrientes. En fin, la vieja poligamia germánica aún sobrevivía, con una mujer libre en un primer rango, concubinas libres (*friedlehe*) de segundo rango y concubinas esclavas. Además, la repudiación de la mujer por parte del hombre a causa de la esterilidad era considerada normal en una sociedad que asumía la fecundidad como una prueba del favor de los dioses. El emperador Carlomagno ofrece el último ejemplo de prácticas poligámicas, puesto que se le conocen cuatro esposas sucesivas, de las cuales la primera fue devuelta, y seis concubinas que le dieron en total dieciocho hijos conocidos. Esto no le impidió apoyar la política eclesiástica que consistía en prohibir los matrimonios consanguíneos hasta el séptimo grado y en luchar contra los raptos. La primera prohibición tenía como objetivo dislocar las parentelas y los linajes y pulverizar finalmente las herencias. También encontró feroces oposiciones y en numerosos casos no fue observada antes de mediados del siglo XI. El raptó, en el espíritu de los contemporáneos, tenía como finalidad evitar la oposición de los padres y convertir el matrimonio en definitivo mediante la consumación de la unión. Esto negaba la igualdad de los sexos y la libertad del consentimiento, proclamadas por todos los textos conciliares. De hecho, aun ahí la voluntad de los padres permaneció como un elemento constitutivo fundamental del matrimonio. Por último, en cuanto a la indisolubilidad, el hecho que más influyó en la época carolingia fue el divorcio de Lotario II, que intentó en vano hacer válida su separación de su esposa Teutberga, estéril, para casarse con su concubina Waldrade, que le ha-

bía dado un sucesor. Del 850 al 868 el asunto tomó una mayor dimensión política, puesto que estaba en juego la Lotaringia. Sin embargo, Hincmar y Nicolás I se opusieron claramente al divorcio y el reino, sin heredero legal, como hemos visto, fue repartido. De hecho, esta proeza no resolvió nada. Muchos príncipes y aristócratas siguieron eludiendo la prohibición. En el 887, Carlos el Gordo quiso separarse de su mujer Richegarede, a la que acusó de adulterio. Ésta no sólo ofreció justificarse, tanto a través de un duelo judicial como de la ordalía con rejas de arado ardiendo, sino también demostrar que aún era virgen. Entonces el emperador afirmó haber padecido impotencia y la relegó a un convento, despreciando las leyes religiosas. Como podemos ver, la sociedad carolingia era un mundo en plena transición, víctima de transformaciones capitales y de reacciones de rechazo brutales. La ley de la Iglesia interfería en las viejas tradiciones, quebraba los conformismos y suscitaba querrelas de resultados catastróficos.

El bautismo de la sociedad carolingia por la Iglesia no fue pues total. Del mismo modo que la noción romana de bien público no pudo eliminar completamente la de un Estado propiedad de los vencedores, la Iglesia no pudo inclinar totalmente a las poblaciones hacia la reunión de un pueblo de bautizados. La prueba está en que Hincmar fue el primero en definir la Iglesia como un pueblo de Dios y en que estuvo dispuesto a unirse *in extremis* a la concepción de una Iglesia propietaria de lo sagrado mediante el culto de los santos. El cristianismo estaba obligado a comportarse como cómplice y como adversario del paganismo. Los contemporáneos rechazaron pues el juramento de fidelidad, la relación de superior a inferior, los vínculos verticales en provecho de *trustis* y guildas, poner fin a la venganza o al desprecio hacia los pueblos vecinos, abandonar los viejos miedos y prácticas paganas, y la indisolubilidad del matrimonio para las mujeres estériles. Todos estos bloqueos acumulados, estos éxitos parciales y estos conflictos fueron el premio de una sociedad que el clero intentaba renovar. La inversión intelectual de tres generaciones de letrados carolingios no fue suficiente para triunfar en un tarea semejante. Es admirable que la empresa fuera intentada, sorprendente que su programa sólo fracasara en parte en los aspectos político y espiritual, y revelador que se haya deslizado del plano del orden universal al del orden local, puesto que después del 950 lo volvemos a encontrar intacto, de nuevo en manos de los otónidas, los cluniacenses y los primeros capetos, quienes lo utilizaron para domesticar la violencia y el feudalismo.

### UN «RENACIAMIENTO»

Si hay un campo en el que la unanimidad de los historiadores de este período se haya producido, éste es el de la renovación sistemática de la cultura erudita, el de la reorganización «por arriba» del sector intelectual. Que se trate de una imitación de la Antigüedad, de matices locales a veces, de un asunto de clérigos sobre todo, justifica su débil audiencia entre el pueblo; pero fue uno de los esfuerzos más sorprendentes del siglo IX. Sin embargo, nos exponemos a no comprender su originalidad y sus éxitos parciales si no indagamos profundamente las premisas.

### En busca de una nueva cultura

La crisis de la escuela antigua en el siglo VI y la de la Iglesia en el siglo VIII encontraron soluciones que resultaron a la vez de la ruptura con Roma y de la continuidad al escoger la herencia intelectual a transmitir.

Los germanos no fueron, en efecto, únicamente responsables de la desaparición de las escuelas antiguas. Teodorico, en particular, hizo todo lo que pudo por mantenerlas y protegió a los escritores. Justiniano las restauró y prácticamente no desaparecieron hasta el último tercio del siglo VI, incluso más tarde en África. En Hispania y en la Galia, no consiguieron casi superar el principio del siglo VI, pero la enseñanza por medio de preceptor continuó mucho tiempo entre las familias senatoriales. También la península ibérica y la Galia meridional se mantuvieron como centros de cultura clásica romana, incluso en materia de derecho y de técnicas utilitarias: agrimensura, arquitectura, medicina, etc. Pero esta cultura clásica, aún intacta en la España visigótica, en el caso de Julián de Toledo por ejemplo (muerto en el 690), fue privilegio de una élite cerrada, vuelta exclusivamente hacia el esteticismo y la mundanidad. Ello sólo pudo exasperar a los monjes preocupados por la cultura espiritual y a los obispos preocupados por la catequesis práctica. Las violentas críticas monásticas contra el paganismo de las letras antiguas junto con las proposiciones concretas de una nueva cultura cristiana hechas por san Agustín condujeron, poco a poco, a preferir el *sermo rusticus* (la lengua simple) al *sermo scholasticus* (el esteticismo de la escuelas) y a proponer la Biblia en lugar de Virgilio como textos de estudio.

Hombres como Cesareo de Arles (470-542) y Benito de Nursia (h. 480-556) rechazaron voluntariamente la escuela antigua para volverse hacia una cultura espiritual. En realidad, el estudio de la Biblia precisaba de un mínimo de conocimientos literarios para comprender las dificultades del texto y, de hecho, las buenas letras antiguas se pusieron al servicio del cristianismo. Los niños oblatos ofrecidos al padre abad por sus padres fueron educados por los primeros monjes en base al aprendizaje de memoria del salterio. La regla de san Benito hacía obligatoria la lectura de las obras de espiritualidad, alrededor de veinte horas por semana. El conocimiento de los Padres del desierto y de la Biblia debía bastar para todo. Y Cesareo de Arles fue incluso más lejos, ya que quiso someter a los clérigos de su obispado de Arles a la disciplina monástica según los ejemplos agustiniano y de Lérins.

En el fondo, las escuelas monástica y episcopal nacieron antes de su manifestación oficial. En el 527, el concilio de Toledo, y en el 529, el concilio de Vaison-la-Romaine, decidieron que los jóvenes lectores debían ser educados en cada casa episcopal de tal manera que, una vez que estuvieran bien instruidos, a la mayoría de edad, si escogían convertirse en curas, pudiesen enseñar al pueblo. Parece que incluso se quiso extender estas escuelas a las parroquias rurales. Pero fueron muy raras. En realidad, sólo funcionaron las de las ciudades episcopales, y gracias a la personalidad de los obispos, antiguos senadores convertidos en profesores de sus jóvenes curas, estaban mucho más impregnadas de cultura clásica que las escuelas monásticas. A pesar de todo la falta de clérigos era tan importante que poco a poco las exigencias en materia de conocimientos se redujeron de forma continuada. En el siglo VII, las necesidades de la evangelización, que habían ago-

tado los recursos en hombres versados en las Escrituras, llegados de las regiones mediterráneas, dieron paso a un auténtico estiaje cultural. Bonifacio denunciaba la ignorancia de algunos curas, a veces incluso su analfabetismo o su incapacidad de pronunciar correctamente las fórmulas consagradas en latín. Asimismo, mientras las grandes familias laicas germánicas ya habían adoptado la escritura en los testamentos y aceptado una cierta cultura con fines utilitarios, hecha de conocimientos jurídicos y morales, a principios del siglo VIII algunos aristócratas no sabían ni tan siquiera escribir su nombre.

La renovación surgió de la obra de los grandes pioneros de la cultura cristiana, que fue propagada por los monjes celtas y anglosajones. Presintiendo el retroceso irremediable del griego, Boecio, miembro de una de las más grandes familias senatoriales de Italia, tradujo al latín los principales textos de Aristóteles, la geometría de Euclides y la astronomía de Ptolomeo. Si sus traducciones fueron más tarde indispensables para el ejercicio de la lógica, su *Consolación de filosofía*, escrita en prisión, se convirtió en una obra muy apreciada, impregnada de sabiduría estoicá. A pesar de la fe cristiana del autor, esta obra queda como el ejemplo mismo de la cultura moral pagana, desprovista de referencias a Cristo y muy alejada de la que buscaban los monjes. Otro gran funcionario de Teodorico, Casiodoro (480-575), adoptó en su vejez la vida monástica. En su monasterio de Vivarium intentó lanzar el proyecto de una universidad cristiana, pero fracasó. De su obra quedan las *Instituciones*, auténtico manual de las siete artes liberales (gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, astronomía y música), integradas en tanto que ciencias profanas en el interior de una cultura sagrada. Otro senador, Gregorio el Grande, uno de los últimos que pasaron por la escuela antigua, se convirtió al monaquismo hacia el 573. Fue también un gran letrado, a pesar de sus protestas de ignorancia. Excelente pedagogo, tuvo sobre todo mucha influencia a través de sus *Diálogos*, una vida de san Benito en preguntas y respuestas, y a través de la *Pastoral*, verdadero manual del obispo perfecto o del buen cura. Sea como fuere, no rechazaba las «ciencias exteriores» y las consideraba instrumentos para llegar a la comprensión de la palabra de Dios y de las cosas espirituales. Asimismo, Isidoro de Sevilla (h. 570-636) tuvo una formación monástica, pero a sus dotes de exégeta, moralista y teólogo añadió sus cualidades de poeta, epistológrafo, gramático y músico. Compuso una enorme enciclopedia, las *Etimologías*, que recoge en veinte libros todos los conocimientos científicos de la Antigüedad poniéndolos al servicio de la ciencia cristiana. Isidoro de Sevilla sentó así los fundamentos de toda la cultura medieval. Sus manuales fueron utilizados en todas partes y las *Etimologías* consultadas sin cesar. La nueva cultura estaba ya fundada: era ascética, bíblica, humanística y latina.

### Los monjes, propagadores de una cultura espiritual

Pero era preciso que se extendiera, a pesar de la crisis. En estas circunstancias se convirtió en privativa de los clérigos y, en primer lugar, de los monjes. La evangelización de Irlanda tuvo como resultado la transformación de los celtas en latinistas, tanto más cualificados cuanto que debían aprender esta lengua extranjera. Recibieron de Aquitania e Hispania toda la nueva cultura y se lanzaron a

la exégesis e incluso al esteticismo. En resumen, muy rápidamente, los monasterios difundieron activamente la cultura, y ya hemos visto cómo los misioneros irlandeses se desperdigaron por el continente. En la Galia y en el norte de Italia las fundaciones de Columbano se convirtieron a su vez en nuevos centros de cultura, en los que la escuela monástica y el *scriptorium* para copiar manuscritos eran los centros de una vida espiritual e intelectual activa. Poco a poco, en Bobbio, en Luxeuil, en Corbie (fundada en el 659) y en Chelles, se percibió que el impulso puramente ascético de los irlandeses iba unido a una preocupación por la cultura religiosa que se hacía más profunda gracias a la influencia de la regla benedictina.

Asimismo, la evangelización de Inglaterra condujo, gracias a las influencias conjugadas de los monjes irlandeses de Iona que fundaron Lindisfarne y Whitby y de los monjes romanos que propagaron las escuelas catedralicias y monásticas a partir de Canterbury, a la eclosión de numerosos centros de cultura. Los anglosajones, con Wilfrid hacia el 653, Benito Biscop y muchos otros, adoptaron entonces la costumbre de viajar a Roma para obtener los numerosos manuscritos de Casiodoro elaborados en Vivarium, sin olvidar las prácticas litúrgicas y el modo de canto romano llamado más tarde canto gregoriano. En el 664, un monje griego y un monje africano, Teodoro y el abad Adriano, fueron enviados a Inglaterra por el papa. Se ocuparon, uno de la escuela catedralicia de Canterbury, y el otro de la escuela monástica de San Pedro y San Pablo. En Wearmouth y Yarrow, en Northumbria, Benito Biscop hizo venir al archicobante de Latran y maestros de obras «capaces de construir a la moda romana». Estas escuelas monásticas de Northumbria, en la confluencia de las corrientes irlandesa y romana, fueron el marco de la vida del mayor sabio de la alta Edad Media, Beda el Venerable (673-735). A los siete años ingresó en Wearmouth, en el 685 se instaló en Yarrow, donde más tarde enseñó durante cuarenta años sin interrupción. Autor de libros científicos, históricos y exegéticos, escribió con una pluma clara y fácil, muy lejos de las oscuridades del esteticismo de los autores irlandeses. Willibrord, que había estudiado en la verde Erin, también estaba marcado por este género, así como Bonifacio. Pero el éxito de Beda fue mucho más grande precisamente por su simplicidad. A partir de entonces las letras insulares, con Beda, crearon un programa de estudios que englobaba claramente la gramática, la poesía y todos los fenómenos naturales, es decir, un embrion de las ciencias naturales o astronómicas. Cuando Beda murió, su discípulo Egbert recibió como oblato al joven Alcuino, nacido hacia el 730, y le transmitió este nuevo programa que había dado a Inglaterra una indiscutible superioridad intelectual. Ahora bien, Alcuino fue, como veremos, el «maestro» de la Europa carolingia.

El retroceso del conocimiento en el continente fue, en efecto, particularmente claro a principios del siglo VIII, sobre todo a causa de la política de secularización de Pipino y de Carlos Martel. Sólo una élite de monjes consiguió mantener un cierto nivel. Entonces, monasterios como Luxeuil, Corbie, Saint-Denis y, sobre todo, Fleury-sur-Loire entraron en relación con Italia. En efecto, se produjo un cierto despertar de la cultura en Pavia, Milán, Cividale, Luca y Benevento, bajo la influencia del rey Liutprando. En el 715, el futuro Pipino el Breve fue enviado a la corte de Pavia por su padre Carlos Martel. Hacia 670-672, unos monjes llevaron a Fleury-sur-Loire las reliquias llamadas de san Benito, que habían robado

en Montecasino, pero también manuscritos italianos. Durante la primera mitad del siglo VIII, los monasterios galos situados al norte del Loira reconstituyeron sensiblemente sus bibliotecas. Sin embargo, los monjes de la Galia del norte eran menos instruidos que los de los nuevos monasterios fundados por los misioneros en Turingia, Alemania y Baviera. En efecto, los anglosajones y sus émulos velaban por poner hombres muy cultivados al frente de sus nuevas fundaciones: Murbach, Wissemburgo, Reichenau, Nieder-Altaich, Kremsmunster, Mondsee y, sobre todo, Fulda, en 744. Por otra parte, en cada caso las concepciones irlandesas y anglosajonas rivalizaban o se compenetraban en las nuevas escuelas.

La apertura de la Galia y de la Germania francas a las influencias exteriores preparaba una importante renovación intelectual y artística. Se sentía ya que los motivos animales, vegetales o abstractos que caracterizaban al arte germánico de las hebillas de cinturón o de las fibulas tendían a retroceder frente a la reaparición de la escultura en altorrelieve, bien sea en el *terpizetto* de Cividale o en las criptas de Jouarre. Las páginas-tapiz de los manuscritos ilustrados de Northumbria, por más que sean puramente abstractas por su práctica del descentrado asimétrico, y resplandecientes de color, no estuvieron por ello menos abiertas a las influencias italianas con la aparición de rostros humanos y dirapeados. Igualmente, las miniaturas de los manuscritos de Corbie, Luxeuil y Saint-Denis tienen aún motivos estilizados y sin modelado, pero están impregnadas de un expresionismo nuevo. Esta mezcla de concepciones germánicas y antiguas o bizantinas se percibe aún mejor en la orfebrería, arte de los reinos bárbaros por excelencia. Las coronas votivas ofrecidas por Recesvinto y Suintila a la catedral de Toledo, las joyas de Monza o la cruz de san Eloy en Saint-Denis, demuestran que el gusto romano por la simetría y la atracción germánica por los colores resplandecientes podían combinarse bien.

Es evidente que gracias a la obra monástica fueron salvaguardados el pensamiento antiguo y la síntesis de las expresiones artísticas romana, gótica o celta. Europa debe, pues, un reconocimiento eminente al puñado de hombres que, antes de la aportación oriental del siglo XI, preservó los legados de la Antigüedad. Pero también es preciso constatar que, privilegiando el objetivo de la conversión dentro y fuera de la romanidad, los escribanos anglosajones, italianos o neustrianos eliminaron sistemáticamente las formas «inútiles» de la cultura antigua, como la lírica, el teatro o la arquitectura urbana con fines sociales. Preservaron, pero poniendo unos cimientos brutos.

### La vuelta al orden carolingio

La renovación carolingia, proyecto esencialmente cristiano, se apoyaba en la Biblia y en una cultura humanística que se quería universal. Carlomagno había comprendido la importancia de los monjes como educadores y profesores. Llegado a la edad adulta, «cultivó las artes liberales y, lleno de veneración por los que las enseñaban, los colmó de honores. En el estudio de la gramática, siguió las lecciones del diácono Pedro de Pisa, entonces ya en su vejez. En las demás disciplinas, su maestro fue Alcuino... el hombre más sabio que había entonces. Con-sagró mucho tiempo y trabajo a aprender a su lado la retórica, la dialéctica

y, sobre todo, la astronomía. Aprendió cálculo y se aplicó, con atención y sagacidad, a estudiar el curso de los astros. Intentó también escribir y tenía la costumbre de poner sobre los cojines de su cama tablillas y hojas de pergamino a fin de aprovechar sus momentos de ocio para ejercitarse en trazar letras: pero lo hizo demasiado tarde y el resultado fue mediocre».

Podemos ver hasta qué punto el emperador estaba convencido de la necesidad de renovar los estudios, puesto que él mismo se dedicó a ello. También recogió todas las iniciativas merovingias en este campo. En el célebre capitular *Admonitio generalis*, del 789, ordenó «que en cada obispado y en cada monasterio se enseñen los salmos, las notas, el canto, el cómputo, la gramática y que se tengan libros cuidadosamente corregidos». En los últimos veinte años del siglo VIII se realizó un esfuerzo inmenso. Primero fue preciso, tras la reforma del clero, pasar a la refundición de la liturgia. Carlomagno pidió al papa, en el 774, una colección entera de textos conciliares y decretos pontificios para codificar la legislación eclesiástica en un texto base.

Desencadenó así el auge de un derecho propio de la Iglesia, que más tarde, a mediados del siglo IX, fue reforzado por la colección llamada de las *Falsas decretales*. En el 786, obtuvo del papa Paulo I un sacramental gregoriano que le permitió introducir la liturgia romana y eliminar en el Imperio las liturgias precedentes: galicana, visigótica o irlandesa. De allí surgió toda una revolución musical con la invención de la polifonía. Fue el resultado conjunto de la creación del neuma, signo que permite señalar la altura de un sonido en una partitura, y del tro-po, sílaba de un texto situada bajo el neuma. A partir de entonces, una composición musical podía ser conservada por escrito. Así se sentaron las bases del contrapunto melódico, que perduró hasta el *Tratado de la armonía* de Rameau en 1750.

El perfeccionamiento de los manuscritos en los talleres monásticos se tradujo en otros progresos. Algunos escribanos de Corbie pusieron a punto, hacia el 770, a partir de una letra minúscula anglosajona, una minúscula redonda que ahora llamamos «carolina». Aún hoy en día, a causa de su legibilidad, sigue siendo, desde su reintroducción en la imprenta en el siglo XV, con el nombre de «romana», el carácter básico de todos los tipos de imprenta. Con esta caligrafía más clara y más agradable fueron copiados de nuevo numerosos manuscritos. Durante todo el siglo IX, los monasterios y las catedrales recibieron la orden de crear escuelas. El concilio de Maguncia del 813 ordenó la creación de escuelas rurales para la formación de jóvenes curas. Poco a poco, sobre todo en el norte de Europa, apareció una red escolar. Esto hizo preciso para cada una de ellas la posesión de Biblias en número siempre importante. Alcuino hizo establecer una, mientras que Teodulfo publicó una Biblia crítica establecida según todas las variantes de los manuscritos subsistentes. Los autores paganos no fueron dejados de lado. Las bibliotecas monásticas de Inglaterra y del Imperio se llenaron entonces de textos latinos clásicos o patristicos. Alrededor de ochocientos cincuenta autores fueron así escogidos, y muchas ediciones actuales de obras antiguas se basan en manuscritos carolingios del siglo IX. En cambio, a pesar de la afluencia al continente de sabios irlandeses expulsados por los vikingos, muy pocas obras griegas fueron copiadas o traducidas después del 840.

### Triunfo del pensamiento erudito

Lo más sorprendente es que este redescubrimiento del latín clásico se operó cuando esta lengua incluso ya se dejaba de hablar. El concilio de Tours, en el 813, ordenó a todos los sacerdotes predicar en lo sucesivo «en lengua romance rústica o germánica». El francés antiguo o el alto alemán estaban pues ampliamente difundidos en esta época. Al mismo tiempo que aparecían los primeros textos en lengua germánica, el catalán empezaba a diferenciarse del futuro castellano. En la Galia se produjo un fraccionamiento lingüístico entre las lenguas del norte del Loira, que fueron más tarde denominadas «lenguas de oïl» (que se debe pronunciar *oï*, ya que es así como se asiente en francés), y las más próximas al latín, que se llamarían occitanas o lenguas de *oc*. Así, las lenguas europeas aparecen netamente constituidas en el momento en que el latín empezaba su desarrollo como lengua muerta universal. Esto corresponde al nacimiento de una Europa compuesta por varios reinos pero unificada por una misma cultura cristiana. En cada una de las nuevas lenguas nacía al mismo tiempo otra tradición, principalmente guerrera. En efecto, Carlomagno ordenó poner por escrito los poemas épicos germánicos. Desgraciadamente, no ha subsistido nada de ellos. Circulaban epopeyas en lengua romance, transmitidas por vía oral, de generación en generación, como la célebre *Chanson de Roland*. Existía toda una cultura popular de itinerarios, pero de ello no nos ha quedado nada.

Así, los clérigos tenían casi el monopolio de la cultura letrada erudita. Aprendían a leer con el salterio, a escribir con la gramática y a redactar bien con la ayuda de la retórica. Las demás materias del *trivium* (gramática, retórica y dialéctica) y del *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música) eran poco o nada enseñadas. Pero esto era suficiente para que los escritores que tomaban la pluma progresaran de generación en generación, aunque todos fuesen hombres de Iglesia. Las obras pedagógicas de Alcuino, la *Historia de los lombardos* de Pablo Diácono, los poemas de Teodulfo y los *Annales* redactados en los monasterios eran obras de clérigos. El único laico de su generación que escribió, Egberto, ha dejado una biografía clásica de Carlomagno, llena ciertamente de giros estilísticos tomados de Suetonio, pero de gran valor histórico. En la segunda generación, durante el reinado de Luis el Piadoso, los frutos de este renacimiento intelectual se hicieron más originales. Las obras de reflexiones políticas de Jonás de Orleans, Agobardo o Adalardo, los poemas religiosos de Walafrid Strabon o de Sedulo Scotto, las cartas bien escritas de Loup, abad de Ferritères, muestran una mayor madurez y un buen dominio del humanismo antiguo. La *Historia de los hijos de Luis el Piadoso*, de Nithard, es la obra histórica de un laico preocupado por la autenticidad y la exactitud. Por ejemplo, optó por insertar en su texto un documento coetáneo de capital importancia: los juramentos de Estrasburgo, del 842. Los progresos fueron tales que la destrucción de bibliotecas por parte de los vikingos no obstaculizó en nada este renacimiento.

La tercera generación de letrados carolingios, después del 840, constituye el apogeo de este renacimiento y supera ampliamente a las precedentes. La teología renació, después de tres siglos de silencio, con las polémicas que opusieron a Rabano Mauro, abad de Fulda y luego arzobispo de Maguncia, y al monje Gottschalk, acusado de creer en la predestinación de la salvación sólo para ciertos fie-

QUINTIUS PLUCIUMIUS

Escritura uncial, siglos IV-V

• Cerennum audient in interrogo

Escritura semiuncial

desjupelantit soposant quuram sraumpob

Escritura llamada de Luceuil, siglos VII-VIII

p esset eligijm ad que utam con. vrom eff esset  
et. quem quem ego. mus am uis presen. p. e  
musey. Rese. me. en. scij. g. en. ju. th. m. l. e  
bor. et. j. u. a. h. m. e. h. o. s. q. u. o. l. p. r. e. s. s. e. p. h. i. p. o. n.

Escritura az de Laon, siglo VIII

e. b. e. e. h. i. u. l. m. o. t. i. r. d. e. l. y. s. i. d.  
- K. S. M. E. A. N. E. M. P. S. I. O. M. A. N. I. T. A. S. A. S.

Escritura merovingia documental

Siqui que en f. un. cur. de  
el. a. s. e. u. o. l. u. e. r. f. o. n. t. e. c. e. l. e. s. t. e.

Pre-carolina italiana, siglos VIII-IX

erit regni cur. Et abfuit filiam suam oide  
dit cum demaxio / Et ab alienavit se ab alexan  
dro / & manifesti facti sunt inimicitia cur,

Carolina minúscula

et proiorudeor? fiergoiteru adierit

Escritura carolina de la Biblia de Amiens

les y no para todos. Este lejano precursor del jansenismo fue condenado en el 845. Un irlandés, Juan Scoto Erikena, tradujo a partir del original griego los textos de Pseudo-Dionisio el Areopagita y creó la reflexión filosófica crisiana con su *De divisione nature*, gran síntesis acabada en el 866, de tendencia neoplatónica, que no parece haber sido demasiado comprendida por los contemporáneos. El pensamiento político se precisó aún más con la obra de Hincmar, arzobispo de Reims del 845 al 882, a través de sus cartas y su *De ordine palatii*. Hombre de acción, pastor y jurista, Hincmar dejó una obra capital para la definición de la Iglesia, considerada un pueblo de Dios, que no tenía nada de gregoriana. Hizo de Reims, gracias a la biblioteca y a la escuela que desarrolló, un centro intelectual e histórico, particularmente al escribir la tercera parte de los *Annales* llamados de Saint-Bertin. Reims se pareció a Fulda como centro de desarrollo de un pensamiento político y literario que apoyaba a la monarquía. Por otra parte, en el siglo XI, Reims fue ilustrada por el analista Flodoardo, por el historiador Richer, apasionado por Salustio, y sobre todo por Gerberto, monje de Aurillac, quien, tras haber hecho sus estudios en Cataluña, enseñó en las escuelas de Reims del 972 al 980 y del 983 al 997. En efecto, Gerberto fue el primero en superar la herencia intelectual carolingia y así abrió una nueva época.

Al mismo tiempo, no hay que olvidar la penetración de las reformas escolares carolingias en Alemania. En Lorsch, Wurzburg, Reichenau y Saint-Gall fueron copiados nuevamente numerosos manuscritos antiguos. Excepto en Fulda, la expansión intelectual aún no se manifestó en el siglo IX, porque la aculturación estaba sólo en su primera generación. En Saint-Gall, en particular, Notker el Tarzamudo (muerto en el 912), autor de una vida novelada de Carlomagno, y Notker el Hocico (muerto en 1020), el único que hizo traducciones en alto alemán de Boecio, Catón, Virgilio, Terencio y Aristóteles, eran famosos maestros de escuela. En Corvey, Widukind (925-1004?) escribió las *Res gestae saxonicæ*, obra histórica escrita en un latín bastante bueno que describe los grandes hechos de la dinastía otónida. Es muy curioso observar que, después del reinado de Otón I, este renacimiento se efectuó primero en la lengua vernácula y luego en latín. El mismo fenómeno tuvo lugar en Inglaterra, donde el rey Alfredo hizo traducir al anglosajón la Biblia, la *Pastoral* de Gregorio el Grande, obras patristicas, especialmente la *Historia contra los paganos* de Paulo Osonio y, sobre todo, la *Historia eclesiástica* de Beda. En el siglo XI, las obras pedagógicas de Aelfric (h. 955-1020), una gramática latina y el *Coloquio*, diálogo entre un maestro y un discípulo, de Byrhtferth, el célebre *Enchiridion*, demuestran que los escolares ingleses poseían a menudo un mejor latín que el de sus condiscípulos del continente. En cambio, la obra del obispo Liurprando de Cremona (muerto hacia el 970), la *Legatio*, historia apasionada de su embajada a Constantinopla, nos revela la importancia y la calidad de los laicos cultivados, en la Italia lombarda. En este país no se planteaba el problema de la lengua vernácula ya que el latín aún no se había convertido en el italiano. Pero en Cataluña y Asturias, las guerras interminables relegaron la cultura al interior de los claustrros, sin que surgiera ningún escritor de talla. En resumen, el renacimiento cultural carolingio no se debilitó nunca y continuó enriqueciéndose hasta el punto de permitir una nueva expansión a partir de fines del siglo X.



*Primeros inicios de un arte europeo bajo el ropaje antiguo*

El renacimiento cultural carolingio fue notable sobre todo en el campo artístico, especialmente en la arquitectura. Pensemos en el considerable número de construcciones religiosas y laicas realizadas durante los cuarenta y seis años del reinado de Carlomagno: ¡doscientos treinta y dos monasterios, siete catedrales y sesenta y cinco palacios! El culto a las reliquias y la adopción de la liturgia romana requerían nuevos tipos de iglesias y monasterios. Las soluciones se encuentran bien en las iglesias merovingias, bien en la basílica constantiniana de San Pedro de Roma o bien compulsando el tratado de arquitectura clásica de Vitruvio. Entre las nuevas fórmulas cabe señalar la aparición de criptas, especie de construcciones con bóveda, medio enterradas, destinadas a contener los restos de un santo, y la occidentalización de las iglesias. Se añadieron mausoleos en la cabecera y se idearon santuarios-tribunas, para la celebración de las Pascuas, en el primer piso de las torres de la fachada. Así nacieron las iglesias de doble ábside: Saint-Gall, cuyo célebre plano fue imitado sin cesar; Saint-Denis, Colonia, Fulda o incluso las iglesias precedidas de un imponente macizo occidental (*Westwerk*), especie de crucero coronado por una torre y dos torrecillas, como en Saint-Riquier, Corvey, Lorsch, Reims, etc. La obra maestra es evidentemente la capilla de Aquisgrán, construida del 790 al 796, a partir de la cifra ocho, por el arquitecto Eudes de Meiz. Él fue quien ideó con tres siglos de anticipación, el arbotante interior para sostener el tambor que soporta la cúpula. Por su plano y su simbolismo recuerda los palacios bizantinos, el Santo Sepulcro de Jerusalén y el baptisterio de San Juan de Letrán en Roma o la iglesia de San Vital en Ravena.

Este arte carolingio, que quería parecer antiguo, hacía alternar el mármol de color y la piedra blanca tallada en cubos con el ladrillo largo, como en la puerta triunfal de Lorsch. Fue transmitido sin ninguna ruptura a Alemania gracias al notable edificio que es la segunda abadía de Corvey, construida del 873 al 885, con su célebre *Westwerk*. Las primeras iglesias otomanas continuaron utilizando sus propias fórmulas, diversificándolas, por ejemplo en Minden (913-952) o bien, en Francia occidental, en Cluny II (955-981). Si hacia el 960-970 fueron construidas nuevas iglesias, éstas eran indistintamente carolingias y románicas. Tampoco en este sentido se perdió nada.

Las otras artes habían seguido también esta expansión. El interior de las iglesias estaba adornado con mosaicos de fondo dorado, como el que subsiste en Germigny-des-Prés, o con frescos que cubrían todos los muros, como en Saint-Germain de Auxerre o bien en Saint-Jean de Mustair. La escultura reapareció en semiplano sobre los canceles, luego en alto relieve en las estatuas. El trabajo del marfil y de los metales preciosos permitió la creación de cálices y relicarios con una decoración suntuosa destinada a crear una impresión de poder fuera de lo común. Pero el arte más logrado fue el del libro. La influencia antigua, y particularmente la helenística, hizo reaparecer la tercera dimensión en los manuscritos de pompa, escritos con letras de oro o plata sobre fondo púrpura del taller de Aquisgrán. Después del 814, la dispersión de los artistas por los centros de Saint-Denis, Tours, Reims o Metz permitió la manifestación de temperamentos poco comunes. Los plumazos agudos del autor del *Salterio de Utrecht* o las atmósferas atormentadas de gran intensidad, como las del miniaturista del *Evangelario de*

*Ebbon*, revelan que el arte figurativo ya había conquistado un lugar de primera fila, muy por delante de los manuscritos que perpetuaban la tradición abstracta irlandesa en Saint-Bertin o en Saint-Amand. Y aquí allí, los manuscritos otónidos pintados en Reichenau, Tréveus, Echternach o Colonia, a pesar del hieratismo adoptado de Bizancio, constituyen innovaciones carolingias. Las bases del arte occidental acababan de ponerse: sentido de la línea y del volumen, juego de colores, rechazo del arte por el arte y afirmación de una grandeza divina y humana.

En este balance de la renovación carolingia está pues inextricablemente mezclado lo político y lo religioso, lo romano y lo cristiano. Conducidas por tres generaciones de clérigos, las dinastías carolingias e incluso otónidas hicieron reposar sus construcciones políticas, religiosas, intelectuales y artísticas sobre la ley laica y la ley religiosa. Reencontraron el sentido romano del Estado modificando el derecho de *ban* germánico con la llamada a la moral cristiana. Construyeron el Imperio con la ampliación de sus tierras fiscales y la práctica de continuas operaciones guerreras. Introdujeron el vasallaje en el Estado. El empirismo de un Carlomagno preparó las medidas más radicales de un Luis el Piadoso, mucho más favorable a la Iglesia que su padre. Esta última, protagonista esencial de la renovación, fue de hecho la única estructura que dio al Imperio, así como a los otros reinos europeos, un alma común y una organización común que tuvo el mérito de alcanzar a las poblaciones mucho más profundamente que los agentes locales del poder real. Por eso, Carlomagno y Otón lo hicieron todo para someterla, mientras que Luis el Piadoso creyó más justificado darle una cierta libertad. La continuación de la misiones más allá del Imperio permitió esta distinción entre el Estado y la Iglesia y la aparición de la noción de Europa. La unidad ya no pudo lograrse mediante la uniformidad política, sino a través de una cultura común. La generalización de las escuelas monásticas y catedrales y la adopción de una cultura basada en la Biblia y el humanismo antiguo, transformaron los espíritus e hicieron entrar definitivamente a la Alemania en el concierto europeo. Finalmente el renacimiento artístico, con sus numerosas construcciones, comprendidas las de la España cristiana y las de la Inglaterra sajona, demuestra que a partir de modelos antiguos se difundieron auténticas innovaciones para satisfacer las exigencias litúrgicas. El programa de renovación mediante el bautismo fue pues muy real. Carlomagno y luego Luis el Piadoso lo orientaron en direcciones diferentes. Pero ambos no hicieron más que sistematizar y coordinar las soluciones descubiertas en el momento de la crisis merovingia. La continuación y la ampliación de las novedades de fines del siglo VII caracterizaron la evolución social y económica de los hombres que hicieron posible los renacimientos carolingio y otónido.

las hambrunas que aparecieron en casi todas partes y que numerosos cronistas señalan en la Galia, Hispania e Italia, en el 409 y el 411. En Italia, en particular, la del 450 fue calificada de «muy obscura», hasta el punto de que los padres vendían a sus hijos como esclavos para procurarse atamientos.

Por otra parte, hemos visto que el escaso número de invasores no era suficiente para llenar los vacíos. Quizás sólo la Bretaña armoricana sacó provecho de una emigración constante de bretones insulares y vio aumentar su población hasta alcanzar posiblemente los trescientos mil habitantes. Pero aparte de este caso, la subalimentación dejó a la población totalmente indefensa ante una calamidad venida de Oriente; la peste bubónica, que hizo su aparición ya en el 442 en Italia, la Galia e Hispania. Este primer aviso pasó desapercibido, pero con las malas cosechas de fines del reinado de Teodorico y con la llegada de tropas bizantinas en convoyes regulares desde Constantinopla, Alejandría y Cartago, el azote venido de Oriente se desencadenó brutalmente en el 542.

### *Un gran choque demográfico: la peste del siglo VI*

Esta primera gran peste de la historia medieval siguió las mismas rutas marítimas que más tarde seguiría la de 1348; alcanzó simultáneamente la Iliria y África, y después toda la Hispania oriental y meridional. En el 543, contaminó la Toscana y la llanura del Po a través de Roma, mientras que por Marsella remontó el Ródano y el Saona; luego descendió por la margen izquierda del Rin para detenerse ante las puertas de Reims y de Tréveris. En el 544 llegó incluso a las costas de Irlanda y del País de Gales. Una segunda oleada irrumpió en el 559 en Istria y Ravena, en el 570 rebrotó en Ostia y Génova, y en el 571 en Marsella, alcanzando esta vez la Auvernia, el Berry y la Borgoña. Una tercera ola epidémica tuvo lugar en 580-582 y en 588-591. Hispania oriental fue asolada hasta Toledo inclusive; después afectó a Cataluña, la Narbonense y la región de Albi, y nuevamente a Marsella y al valle del Ródano, excepto Lyon. Volvió desde Antioquía a Ravena e Istria y contaminó Italia central hasta Roma. Al mismo tiempo, la disentería había afectado a toda la cuenca parisiense. Una cuarta oleada, en 599-600, afectó los mismos territorios italianos, Marsella y África. Luego la virulencia del bacilo pareció atenuarse. En el 654, únicamente la Provenza, el Lacio y Pavia fueron contaminados. En el 664, un foco anglosajón se desencadenó hacia el sur de la isla e irradió hasta Northumbria, el País de Gales e Irlanda. La peste reinició en 682-683. En el 694, la Narbonense experimentó aún una reaparición de la epidemia. En el 746 y el 767, finalmente, Sicilia y el sur de Italia fueron alcanzadas por última vez.

En conjunto, a la inversa de su homólogo de 1348, la peste «justiniana» probablemente causó menos muertos porque penetró bastante poco en el interior del territorio. El mapa muestra que estaba vinculada a las grandes rutas comerciales más frecuentadas, en particular a los ríos, y que no progresó más allá de los puntos de intercambio. Los puertos y las ciudades debieron pagar un fuerte tributo a la calamidad, la cual al mismo tiempo se enquistó perceptiblemente en las zonas rurales, a excepción de la península italiana, donde el hambre ya había provocado el vacío con anterioridad. En efecto, según Procopio, en 538-542 hubo

## Capítulo 11

### LA ACUMULACIÓN PRIMITIVA

(siglos VI - IX)

En diversas ocasiones, los letrados carolingios intentaron reflexionar sobre su sociedad. Tras haber definido su programa y su objetivo, consideraron, empleando un viejo esquema de san Agustín, que tres grupos formaban toda la humanidad en marcha hacia Dios: los clérigos, los monjes y los laicos. Los primeros dirigían, los segundos oraban y los últimos, casados, trabajaban según la tipología bíblica de Noé, Daniel y Job. Podemos leer estas distinciones en las obras de Teodulfo, consejero de Carlomagno, y de Rabano Mauro, preceptor de Carlos el Calvo. Dos laicos también las proclamaron: el emperador Luis el Píadoso y el escritor Ermoldo el Negro. Este cómodo esquema, ¿corresponde a la realidad de su tiempo? De entrada, es indispensable intentar precisar, aunque sólo sea aproximadamente, el número de hombres y su evolución en este período. Entonces aparecerán los conflictos entre sacerdotes y monjes, entre poderosos y pobres, entre libres y esclavos, en resumen, todo un mundo en plena evolución, fluido y difícil de captar. Este mundo atravesaba por los inicios de una mejora de la producción agrícola y de los métodos de labranza, por una renovación urbana, por la apertura de nuevos circuitos comerciales y por el desarrollo de la economía monetaria. Todo esto lleva pues a reconsiderar las causas del hundimiento del Imperio Carolingio, en función de los últimos hallazgos y en relación a los fracasos y éxitos de las monarquías bárbaras.

#### LOS HOMBRES

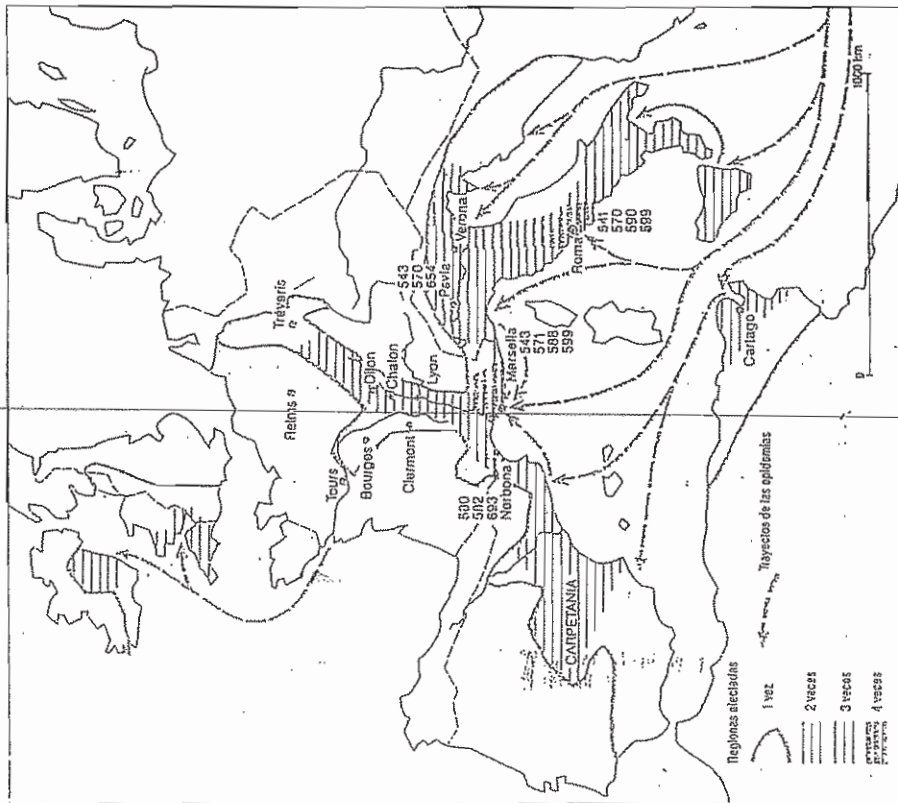
A pesar de la ausencia de cifras y documentos precisos es posible, sin embargo, señalar algunos rasgos generales de la evolución de la población durante los primeros siglos de la Edad Media. Las guerras y las invasiones del siglo V, según todas las evidencias, afectaron seriamente a las ciudades y al campo, ya sea por las masacres de África y Gran Bretaña, por ejemplo, ya por la sujeción a esclavitud, especialmente en la Galia y en Italia, o bien, por último y sobre todo, por

der su avance. Además, como casi nunca alcanzó a los países germanizados o germánicos, favoreció especialmente a los lombardos, que desde el 568 entraron en una llanura del Po cuya población estaba diezmada y luego se infiltraron fácilmente en la península. En el transcurso del siglo VII, grupos tribales eslavos, encuadrados por los ávaros, se instalaron a lo largo de los cursos de agua de la costa occidental del Adriático, en el ducado de Benevento «en tierras que habían permanecido desiertas hasta esta época», tal como hicieron los búlgaros en la Pentápolis. En resumen, mientras que la península italiana estuvo disminuida durante todo el siglo VII e incluso aislada del resto de Europa bajo los golpes de los lombardos, en otras partes, en particular al norte del Loira, en Galicia, Aquitania, Baviera e Inglaterra, pudo producirse la recuperación demográfica. Entre el Rin y el Mosela, cerca de Coblenza, el cementerio de Rübensch-Krefeld muestra cómo la población local se duplicó del siglo VI al VII. Demográficamente hablando, el centro de gravedad de la población se desplazó de la Europa mediterránea hacia el norte de la Europa continental, que no fue alcanzado por la gran peste.

Mientras este desfase en provecho de los países germánicos se aceleraba, especialmente en el Mosa y el Rin inferiores, las peculiaridades regionales se acentuaron. Al oeste del Escalda, en particular, las poblaciones permanecieron disminuidas. A fines del siglo VII, los campos de la ciudad de Thérouanne estaban aún vacíos cuando dos irlandeses, Luge y Lugien, la atravesaron. Igualmente, los habitantes de la llanura del Po sólo empezaron a aumentar en número después del 700. Una de las raras regiones meridionales que experimentaron un incremento de su población fue la cordillera de los Pirineos, la Narbonense y Aquitania. La primera causa de esto fue la persecución de los judíos por parte de los reyes visigodos, que les hicieron afuir a las llanuras del bajo Languedoc. La segunda fue la ocupación musulmana de Hispania y las recaudaciones consecutivas de impuestos. Los cristianos hispano-visigodos se refugiaron entonces en las cordilleras Cantábricas; luego, tras la gran hambre de 749-750, en los Pirineos, en sus flancos septentrionales, casi en los límites meridionales de las Cévennes y a menudo incluso más lejos. Esta emigración de hecho sólo se detuvo después del reinado de Carlomagno. Asimismo, el abandono de las ciudades romanas del levante hispánico y la débil ocupación beréber que le siguió explican la insuficiente ruralización y la aparición de la piratería a partir de pequeños puertos de la costa, a falta de otros recursos. En la vertiente pirenaico-vasca, del Adour al Garona, la red urbana también desapareció, a falta probablemente de población local o de aporres del exterior. Un fenómeno idéntico debió producirse en las costas centrales de la península italiana. Quizá sea preciso incluso fechar en esta época el abandono de las llanuras irrigadas del Lacio que tomaron entonces el nombre de marismas pontinas.

*El primer empuje del poblamiento en el siglo VII*

Dicho esto, allí donde las últimas investigaciones permiten afirmar que la curva demográfica se recuperó, los aspectos propiamente humanos de esta recuperación deben ser tomados en consideración a fin de comprender bien su naturaleza. En este sentido, el cementerio galo-romano, luego neorromano, de Frénouville



*Trajectos de las epidemias de peste en Occidente, siglos VI-VIII*

cincuenta mil muertos a causa del hambre en el Pícnem. En cuanto a los doscientos obispos de la península, sesenta desaparecieron definitivamente; es evidente que la peste terminó lo que el hambre había empezado. No debió quedar nada en Carpetania (la Mancha española), Auvernia e Italia, donde hacia 590-591 se abatió la langosta en densas oleadas. En resumen, a excepción de Aquitania y la Hispania atlántica, todo el viejo mundo romano urbanizado fue asolado por la peste. Esta ruptura demográfica disminuyó la población y benefició a los bereberes, a los vascos y a los bretones, que empezaron entonces a descender de sus montañas hacia las llanuras vacías o bien a salir de su territorio para expandirse a costa de las monarquías visigótica y franca. Favoreció pues el retroceso de la civilización romana, en beneficio de la barbarie indígena. En las islas afectó mucho más a los celtas que a los anglosajones y permitió a estos últimos reemprender

(Calvados), cuyas tumbas van del siglo III al VII, es particularmente revelador. Mientras que el poblado galo-romano estaba habitado por 250 personas, durante los tres siglos merovingios su cifra osciló entre 1.100 y 1.400. ¡El número de habitantes, como mínimo se había quintuplicado! Como la presencia de anglosajones es difícilmente discernible y el número de guerreros poco importante, es casi seguro que estos aldeanos pacíficos aumentarían en número durante el siglo VII. Pero esto se produjo siempre en condiciones muy próximas a las del tercer mundo actual. La esperanza de vida al nacer era muy débil, apenas de treinta años, y la mortalidad infantil muy fuerte; de un cuarenta y cinco por cien. En la época merovingia la longevidad media se situaba alrededor de los cuarenta o cincuenta años para los hombres, pero sólo alrededor de treinta a cuarenta años para las mujeres. Natalidad y mortalidad debían ser muy elevadas: cuarenta y cinco por mil de media en los dos casos, pero en realidad fluctuarían según incensantes variaciones recíprocas. Todo permite suponer, pues, una recuperación demográfica delicada, con ausencia de célibes y con matrimonios desde la pubertad. Además, esta fragilidad debía ser incrementada por una clara consanguinidad, como lo demuestran la evolución de los diámetros horizontales de los cráneos y ciertas tasas en número superior a la media. Todo este aumento demográfico, aparecido en el siglo VII, pero mucho más claramente en el siglo VIII, podía peligrar al menor acontecimiento militar o con el primer pillaje.

Esta lenta recuperación después del choque de la gran peste justiniana tuvo, como hemos visto, consecuencias en la ocupación del suelo. Sucesivamente se desarrollaron grandes zonas boscosas en las tierras abandonadas y luego aparecieron algunas roturaciones. Fue el caso de la región entre el Rin, el Mosela y el Eifel, así como de la baja llanura del Po. Cuando los bosques alcanzaban los llanos borgoñones, los valles del Auxerrois experimentaban el fenómeno inverso. Una vez que las treinta y pico parroquias instaladas en las antiguas *villae* galorromanas quedaron arruinadas, se crearon otras a lo largo del valle del Loing, a partir del siglo VII, según un itinerario nuevo, e incluso a veces la planicie forestal se vio afectada. Pero al final, una vez recuperado el terreno perdido, el progreso fue débil. Los resultados de los análisis polínicos efectuados en la Bélgica media y en las Ardenas apuntan en el mismo sentido. Desde principios del siglo V, árboles, helechos y zarzales progresaron a costa de los prados y los cultivos. Estos últimos reaparecen en los siglos VI y VII, pero hacia el año 700 se produjo un fuerte empuje de las hayas y los alisos. Luego vuelven a ser numerosos los pólenes de plantas cultivadas. Aquí, el fin de la época merovingia representaría quizás un retroceso temporal de los cultivos, ocurrido antes de que los pipinidas, auténticos dueños de aquellas regiones, donde se han localizado noventa grandes dominios agrícolas que les pertenecían a lo largo del Mosa, transformaran definitivamente el país tras su victoria de Tertry en el 687.

Inglaterra, después de la reocupación de ciertas tierras cultivadas en época romana y del bloqueo de la conquista, experimentó también un inicio de la roturación en el curso del siglo VIII. Este nuevo desarrollo de la colonización anglosajona a partir de una vieja inmigración sería detectable, según algunos historiadores ingleses, gracias a los raros topónimos acabados en *-inga* que se encuentran en Weald, Cambridgeshire y East Anglia. Pero los análisis polínicos no conducen a los mismos resultados que en el continente. En cambio, el estudio arqueológico

de los *terren* frisonos demuestra que, a pesar de las transgresiones marinas, la Groenlandia y la Frisia incrementaron su población regularmente y que, por falta de espacio para cultivar o para producir forraje, se volvieron cada vez más hacia el comercio marítimo. El proceso fue, pues, rigurosamente opuesto al de las costas del levante hispánico. Es un buen ejemplo del cambio del equilibrio en provecho de la Europa del norte. En resumen, este primer empuje de la población y de la roturación se observa claramente en Inglaterra, la Galia del norte y la llanura del Po. Así, la crisis demográfica de los siglos V y VI produjo una ruptura perjudicial sobre todo para el área mediterránea urbanizada, luego una lenta recuperación que empezó en el siglo VII y que se aceleró en el siglo VIII en las tierras de la Europa germánica y germanizada. Pero esta recuperación era aún demasiado débil, especialmente para justificar la preeminencia austrasiana o sajona.

#### *Las desigualdades carolingias*

En el siglo IX, el paralelismo con la época merovingia permite captar mejor algunas características de la evolución demográfica. Un primer hecho salta a la vista: la ausencia de epidemias. La peste había desaparecido por mucho tiempo. El hambre sólo aparecía tras una inundación o una sequía. Desde el 751 hasta el 840, sólo se cuentan tres hambrunas, luego aumentaron con las invasiones y las guerras civiles: ocho en cincuenta años. Igualmente, en Italia, el hambre sólo reapareció en el 859, el 872 y el 940, y la plaga de la langosta lo hizo en Alemania en el 877. Pero muy frecuentemente los autores de los anales califican exageradamente de hambrunas a simples escaseces que se reducían a coyunturas difíciles. En el 779, Benito de Aniane suprimió una supuesta hambre distribuyendo carne. Indiscutiblemente, el aumento demográfico debió continuar hasta mediados del siglo IX.

En algunas regiones, uno de los factores de este incremento fue el aflujo de inmigrantes. Los mozárabes, conmovidos por la derrota de Zaragoza, en el 778, y aplastados tras sus inútiles revueltas en Córdoba, en 850-859, y en Bobastro, en 850-928, tomaron por costumbre dirigirse al reino asturiano, a Cataluña y al sur del reino de Aquitania. Allí fueron bien acogidos, como lo testimonian los preceptos de Carlomagno del 802, renovados por Carlos el Calvo en el 884. Pudieron instalarse en las tierras desiertas de Septimania, y esta emigración duró hasta fines del siglo IX. Asimismo, en Inglaterra, la construcción de grandes murallas de tierra, alineadas a través de valles y colinas, como el *Dyke* de Offa, demuestra que la población había sido suficientemente numerosa como para roturar bosques de gran extensión. Los frisones, que abandonaban sin cesar sus *terren*, ciertamente también se encontraban estrechos en su territorio. Anglosajones y daneses, al otro lado del mar del Norte, imitaban sus técnicas poniendo en cultivo las marismas de Wash y los *Fens* de East Anglia. Finalmente, los movimientos de colonización vikinga ciertamente acrecentaron las poblaciones locales de Danélaw y Normandía. En Islandia, fueron alrededor de veinte mil personas, señores noruegos y esclavos irlandeses mezclados, las que colonizaron la isla a fines del siglo IX. A estas pruebas de aumentos locales de la población se añaden indicadores de densidades de población rural interesantes.

A partir del estudio del políptico de la abadía de Saint-Germain-des-Prés, Ferdinand Lot estima que la densidad media de estos dominios era en la cuenca parisense de veintinueve habitantes por kilómetro cuadrado. Otros historiadores, que han estudiado el políptico de Saint-Bertin (844-859), atribuyen a partir de estos documentos densidades de treinta y cuatro habitantes por kilómetro cuadrado al territorio situado entre el Yser y las laderas del Artois, de veinte habitantes en una zona más al norte, de nuevo doce en los alrededores de Lille y de cuatro en el valle del Mosa. Del mismo modo, se ha calculado que la zona de los *terpen* frisonos tenía, hacia el 800, veinte habitantes por kilómetro cuadrado en las arcillas marítimas, para descender hasta cuatro en las arenas del sur del Drenthe. El estudio del políptico de Saint-Rémi de Reims (hecho del 845 al 882) aporta idénticos datos. Un burgo rural como Viel-Saint-Rémi tenía cincuenta habitantes por kilómetro cuadrado; dominios como Villes-le-Tourneur, veinticuatro; Sault-Saint-Rémi, cuarenta y cinco, y Courtisols, quince. Cuando a estos territorios cultivados se añaden todas las dependencias, la mayoría situadas en pleno *salutis*, evidentemente las densidades caen respectivamente a treinta y siete, trece, veinticinco y quince habitantes por kilómetro cuadrado. En resumen, en la Champaña seca, a mediados del siglo IX, es posible avanzar como cifra de densidad media en las tierras cultivadas una treintena de habitantes por kilómetro cuadrado, y en las tierras incultas una decena. Estas estimaciones, que se apoyan en documentos de la práctica dominical, no pueden ser puestas en duda seriamente, porque probablemente los polípticos pecan más bien por defecto que por exceso en el recuento de campesinos, con la reserva, es cierto, de que podamos estar seguros de la superficie que cubren. Demuestran que se realizó un indiscutible progreso en relación a la Antigüedad tardía, en las mismas tierras catastradas, procedentes de la herencia familiar de Saint-Rémi, ya que la cifra del siglo V, de ocho trabajadores agrícolas por kilómetro cuadrado, había sido superada y que el índice ideal de dieciséis braceros fijada por el agnónimo Columela [se había doblado! Revclan, finalmente, la diferencia de uno a tres que separaba a las zonas del *salutis* y las del *ager*. La población de la época carolingia, estaba, pues, formada por un entramado de pequeños villorrios muy poblados en medio de grandes territorios más o menos incultos.

Como podemos ver, zonas más cultivadas que otras atraían a la población. A principios del siglo X, la vertiente catalana de la montaña pirenaica estaba totalmente superpoblada, con densidades que alcanzaban, a más de mil metros de altitud, como mínimo los dieciocho habitantes por kilómetro cuadrado. Igualmente, la alta Lombardía y el Piemonte estaban más ocupados que los Apeninos y la baja llanura del Po. A fines del siglo IX, la llanura del Limagne estaba claramente saturada. En resumen, a partir de esta gran irregularidad geográfica de la expansión demográfica, especialmente nítida en la cuenca parisiense, Picardía, Flandes, el eje del Mosa y la región de Colonia, no es arriesgado proponer algunas hipótesis sobre la población total del Imperio. Para un millón, doscientos mil kilómetros cuadrados, se han propuesto alrededor de quince millones de habitantes. Ferdinand Lot calcula de catorce a quince millones, pero para la superficie actual de Francia. Jan Dhondt, en cambio, no atribuye más de tres millones al mismo territorio, setecientos mil en Germania y la misma cantidad en Inglaterra. Sin embargo, no olvidemos los diecinueve mil funcionarios y los cincuenta y dos

mil soldados con que podía contar Carlomagno. Más vale, pues, aceptar los quince millones como un mínimo seguro y quizás suponer un total de dieciocho millones, a razón de diez habitantes por kilómetro cuadrado para las tierras incultas (75 por 100 de las tierras) y treinta para las tierras cultivadas (25 por 100). Así, la población del Imperio Carolingio sería ligeramente superior, teniendo en cuenta su menor superficie, que la del Imperio Romano tardío, que era, según se cree, de veintiséis millones.

Todo esto, una vez más, es sólo una aproximación, igual que la de los demógrafos ingleses que atribuyen al Imperio Otónida, en el siglo X, alrededor de diez millones de habitantes. De todos modos, un hecho es absolutamente cierto: la interrupción de este crecimiento demográfico después del 840, y probablemente hasta el 950. Los estudios sobre el abandono de aldeas muestran que el fin de la colonización agrícola en el Eifel se sitúa a mediados del siglo IX. Hasta el 972, las razas de los sarracenos ciertamente vaciaron la Provenza oriental de su población. En el 867, nueve mil cristianos del Benevento fueron llevados esclavizados, en seis barcos musulmanes, a Trípoli de África y Alejandría. Los esclavos capturados por los vikingos en sus razas acabaron sus días en Islandia, Noruega o bien en Dinamarca. Las mujeres desnudas, atadas por los cabellos en fila india a los carros húngaros, poblaron las planicies del Danubio. Al mismo tiempo, los esclavos y la mano de obra agrícola hufan de los vikingos para escapar de sus manos. Un capitular de Carlos el Calvo reconocía que valía más que se escondieran en los bosques de los alrededores. En el 853, un éxodo general afectó la Neustria, a causa de los saqueos de bretones y daneses. No olvidemos tampoco las masacres debidas a las guerras civiles. En el 841, en Fontenoy-en-Puisaye, varios miles de soldados habrían caído muertos. En el 923, Rodolfo de Borgoña y Berenguer del Friul chocaron en la llanura del Po: quinientos combatientes de la caballería pesada, miembros de las más grandes familias, quedaron, según se nos dice, en el campo de batalla. Flodoardo nos indica el número preciso de muertos en cada *raid* de los vikingos: mil doscientos normandos muertos en el sitio de Clermont-Ferrand en el 923, mil trescientos cerca de Étampes en el 925, mil cien en Fauquembergue en el 926. Semejantes pérdidas ciertamente debuyeron el crecimiento de la población, y los desplazamientos intensos de mano de obra agrícola redujeron el cultivo de los suelos.

#### *Un clero rico y dividido*

En un mundo tan diverso como el de la Europa cristiana de los siglos VIII y IX, atravesado por este claro despertar demográfico, ¿podía la sociedad ser clasificada, según el hecho de Procusto de la antropología espiritual, en clérigos, monjes y laicos? Sí, en la medida en que, justamente, clérigos y monjes se oponían; no, en la perspectiva siempre presente de una violencia que separaba a los laicos en dos grupos: los que poseían la seguridad material o política, es decir, los esclavos y los nobles, y los que no tenían ninguna influencia ni protectores, los hombres libres y todos los que formaban parte sólo de pequeños grupos. Del mismo modo, la división social vigente en Sajonia o entre los daneses y los suecos, que oponía de manera severa a los nobles (*edhelingi*) que debían gobernar, a los libres

(*frilingi*) y a los esclavos (*luzzi*) que debían obedecer, no se correspondía en absoluto con la realidad que se vivía, ya que los status sociales cambiaban muy rápido y nadie estaba seguro de conservar el suyo, sea porque deseara cambiarlo, sea porque le expulsaran.

Hemos visto la fuerza y el poder del clero. El concilio de Aquisgrán del 816 clasificaba la fortuna de las iglesias según el número de mansos que poseyeran. La primera categoría poseía de tres mil a ocho mil mansos, la segunda de mil a dos mil, y la tercera agrupaba las instituciones más pequeñas, de doscientos a trescientos mansos. La catedral de Augsburgo tenía mil quinientos siete mansos, la de Ratisbona mil cien. En cambio, monasterios como Wissemburgo, Lorsch y Saint-Gall poseían cada uno alrededor de cuatro mil, y Fulda llegaba hasta los quince mil. Los monjes de Fontenelle (Saint-Wandrille), que se quejaban de haber sido despojados por los carolingios, oficialmente eran señores de al menos cuatro mil mansos. Un «pequeño» monasterio como Saint-Bertin alcanzaba ya, con doscientos cincuenta y cuatro mansos, sólo para el uso de los monjes, una superficie de más de diez mil hectáreas! Alcuino fue abad a la vez de Ferrières, Saint-Loup de Sens, Saint-Josse, Flavigny, Cormery y Saint-Martin de Tours. Se le reprochaba que fuera amo de más de veinte mil esclavos. Además, la impresión de una desproporción entre los bienes de las catedrales y los de los monasterios, es corroborada por las diferentes cargas que soportaban las primeras. Aparte del servicio de hostelería para los viajeros, de ayudar a los pobres y de la escuela para los oblatos, los monjes desempeñaban menos tareas de asistencia que los canónigos de las catedrales. Todos los servicios creados en época antigua y merovingia: *xenodochia*, matrícula de pobres, derecho de asilo, tribunal episcopal, etc., siguieron recayendo sobre ellos, mientras que sus propiedades territoriales eran inversamente proporcionales a sus necesidades, sobre todo en comparación con las de los monjes. Se comprende que en estas condiciones los obispos carolingios practicarán prodigiosas argucias jurídicas para someter completamente a los monasterios. El célebre asunto de los documentos falsos de Le Mans, donde el obispo intentó en vano poner a Saint-Calais bajo su autoridad, es revelador de la aspereza de estos conflictos, de los cuales el rey y los grandes se aprovechaban a menudo para obtener un beneficio material. Así, a pesar del hecho de que los bienes episcopales estuvieran en el límite de la supervivencia, como lo demuestra la obstinada actividad epistolar de Hincmar destinada a recuperar sus tierras, no existía ninguna solidaridad entre seculares y regulares. Por otra parte, hemos visto cómo utilizaba Carlomagno en Aquitania a los monasterios contra los obispos. El privilegio de exención obtenido por Cluny en el 910 fue, en parte, un resultado de esta lucha para sustraerse al obispo.

#### *Aparición de la aristocracia guerrera desde el siglo VIII*

Las aristocracias, desconocidas entre los vencedores pero poderosas entre los vencidos, se impusieron a principios del siglo VIII. ¿De dónde procedían? Es inútil extenderse en el mantenimiento y la supervivencia de las grandes familias senatoriales que, al monopolizar los obispados meridionales, redujeron el número de sus miembros por falta de herederos numerosos, y mantuvieron su fortuna e in-

cluso la aumentaron mediante fructuosas alianzas con las familias reales. En el caso de los germanos, la lenta despartición de las asambleas de hombres libres en provecho del *officium palatinum* del consejo del rey o de la asamblea de los grandes, demuestra que habían aparecido familias nobles. En el caso de los pueblos más arcaicos, lombardos y anglosajones, esta nobleza era una auténtica aristocracia de sangre. Estas familias siempre podían aspirar a la monarquía, como los *aethelings* en Kent o los *aldormen* en otros reinos. En Lombardía, los duques fueron capaces de suprimir la monarquía durante diez años y, luego, de hacerle frente constantemente. En la Hispania visigoda y en la Galia merovingia, la nobleza de sangre fue menos importante porque muy rápidamente, gracias a «las escuelas de cuadros» que eran las cortes reales, apareció una nobleza de función, ya no igual sino inferior al rey. Bien recompensados con tierras por sus señores, estos nobles debían, como los guerreros y todos los súbditos, prestarle un juramento de fidelidad, análogo al de los antiguos legionarios romanos. Pero su sede de tierras y su voluntad de poder no fueron detenidas por esta barrera demasiado ligera. Chindasvinto y Ebroín decapitaron en vano a los principales cabezas de fila de estos nuevos linajes. En la Galia, especialmente, la conjunción de tres noblezas, gálo-romana y borgoñona en la zona mediterránea, franca en el norte, condujo a la formación de un grupo de presión que sacó partido de su fidelidad, desde el 614, con el edicto de Clotario II contra la concesión automática de funciones públicas en el condado de residencia.

Era preciso pagar los servicios de los «compañeros» del rey convertidos en importantes cargos de función. En la Galia, el rey merovingio era el mayor propietario territorial de toda Neustria, Borgoña del norte y la parte occidental de Austrasia. Mientras que en tierra hispánica o en la Galia meridional la distinción entre propiedad y posesión permanecía clara, no ocurrió lo mismo en el caso de los francos, que consideraron todo salario como un don perpetuo y todo cargo como un bien propio. Al igual que los anglosajones y los lombardos, consiguieron conservar las tierras fiscales mezcladas con los regalos reales o con el botín que habían recibido. Sólo el rey lombardo bloqueó el proceso de desaparición de su fisco en la mitad del camino, ampliándolo con sus conquistas del siglo VIII. Consiguió formar una clientela propia, pero no logró demoler las de los duques. En la Galia merovingia, a medida que las tierras fiscales pasaban a manos de los poderosos, éstos adquirieron al mismo tiempo el privilegio de inmunidad que las caracterizaba. Las ventajosas de estos bienes, que estaban exentos de toda intervención de los administradores públicos, fuera del control de los intendentes reales (*domestici*, al servicio del «mayordomo de palacio») y libres de todo censo del Estado, fueron otorgadas junto con las tierras a los nuevos propietarios. Éstos aprovecharon la circunstancia para someter más rigurosamente a los esclavos y colonos, y empezaron a sustraer importantes masas de la población rural al rey.

Llegó un momento en que el fisco real fue insuficiente para responder a las demandas. Hacia el 600, el rey Recaredo encontró una solución: arguyendo que las tierras eclesiásticas eran roturaciones efectuadas en tierras públicas y que él era el protector de la Iglesia, atribuyó a un duque una parte de los bienes territoriales de un monasterio, como salario por sus funciones militares. Dagoberto lo imitó en seguida, en el 630, e ingresó en su fisco numerosas tierras monásticas o episcopales, para entregarlas en usufructo a sus soldados. Cuando aparecieron

los principados, el método se generalizó y los pipínidas hicieron lo mismo para ahorrar sus propios dominios. A través de este contrato, llamado de precaria, la tierra de la Iglesia era entregada a un grande laico a ruego (*precaria*) del príncipe. Carlos Martel lo utilizó de forma tan desmesurada que así pudo disponer de un numeroso ejército. Pero desorganizándolo completamente las estructuras eclesiásticas se granjeó los anatemas del clero. Como siempre en esta época, crisis del Estado y crisis de la Iglesia estaban estrechamente ligadas, ya que los grandes dominios eclesiásticos tenían desde Clodoveo el mismo régimen que los fiscos reales, y así se comprende mejor porque fueron puestos laicos a la cabeza de obispados o abadías.

Al mismo tiempo, las insuficiencias políticas, las violencias privadas, las faidas entre linajes y las exacciones de ciertos cargos de función empujaban a buscar más ávidamente que nunca la protección de los poderosos. En los países meridionales se multiplicaban los vínculos de hombre a hombre, siempre fundamentados en la fidelidad, que era un contrato revocable de igual a igual, y en el mantenimiento por parte del patrón. Hemos visto la importancia de los *gardingi* visigodos y de los *gasindi* lombardos. En Hispania, el rey Ervigio (680-687) admitió a los primeros en el *officium palatinum*, el consejo del rey. En Italia, los segundos se convirtieron en *gastaldos*. Todos eran retribuidos con tierras del fisco real. En la Galia merovingia, donde la relación de superior a inferior entre el señor y sus vasallos o bien entre el rey y sus *antiquiones* era más forzada, se percibía sin embargo un mismo ascenso social. Se mezclaban con la alta aristocracia a pesar de su origen humilde. Igualmente, los *gestis* anglosajones, de guardias personales que eran, accedieron al nivel de nobleza intermedia, los *thegns*. Así surgieron alrededor de los reyes y los poderosos unas redes de subordinación que formaban varios círculos concéntricos. A cambio de una función doméstica o privada, o de un servicio anual o perpetuo, reyes, jefes de guerra y poderosos, llamados *optimates* o *proceres*, concedían a sus «señoritos» auténticos regalos (*beneficia*, de donde más tarde salió el término beneficio) en múltiples formas: mantenimiento a domicilio, don de arnas, salarios por usufructo de una tierra o bien en plena propiedad, o incluso en precaria, etc.

#### El «sulto adelantado» carolingio

A pesar de sus tentativas por reestructurar el Estado, los carolingios no pudieron frenar este movimiento: más aún, creyeron posible, se ha dicho, apoyarse en las encomendaciones individuales para reforzar la pirámide social y prolongar de nivel en nivel su propia autoridad hasta llegar a la base. La única precaución que tomaron fue privilegiar esencialmente a los miembros de los clanes parientes, o susceptibles de serlo, de su propio linaje. En efecto, no podemos más que sorprendernos ante el pequeño número de grandes familias nobles y sus continuas alianzas con la familia carolingia, deseadas ciertamente por los emperadores, con un objetivo de dominación.

La dinastía nació de la unión de dos patrimonios, el de Beggá en Austrasia y el de Ansegisel en la región de Metz, donde su padre, Arnoul, y luego Clodulfo, su hermano, fueron obispos. También los grandes monasterios fueron reservados

a los parientes del príncipe, como Adalardo y luego Wala, en Corbie, o bien a los amigos, como Eginardo, el biógrafo de Carlomagno, abad laico de Selingenstadt, San Juan Bautista de Pavía, Saint-Servais de Maastricht, Saint-Pierre y Saint-Bavon de Gante. El emperador favoreció ya a las antiguas familias nobles de Austrasia ya a las nuevas, como las de Sajonia, Lombardía, Baviera, Hispania visigoda o Frisia. Una sola familia de este último país proporcionó, hacia el 804, el obispo de Châlons, Hildegrin, el abad, luego primer obispo de Munster, san Lindger, y su sucesor, tío o sobrino, no se sabe, Gerfrid. Tomemos otro ejemplo: la familia alamanica de los Eticonidas, dueña de Alsacia al final de la época merovingia. Entre el 709 y el 746, el nieto de Etich, Liutfrid, conquistó para Carlos Martel los territorios situados al este del Rin. En época de Carlomagno y Luis el Piadoso, Hugo fue conde de Tours. Una de sus hijas se casó con el emperador Lotario I, la otra con el conde Conrad, de la familia de los Welf, hermano de la emperatriz Judith. El tercero, su hijo Girard, se convirtió en conde de París, luego de Vienne y finalmente en regente del reino de Provenza. Matfrid, otro descendiente de Etich, fue conde de Orleans y, junto con Hugo, uno de los principales opositores de Luis el Piadoso. Sus descendientes monopolizaron el condado de Eifel y su hija se casó con Boson, el cual, como hemos visto, se proclamó rey. Este linaje estuvo en lucha constante, como consecuencia de sus alianzas con los Unroch, contra otra gran familia austrasiana, la de los Guillermo. Carlomagno nombró conde de Tolouse al primero de este nombre en el 790. Este héroe de canción de gesta, vencedor de los musulmanes, se retiró a un convento que había fundado en el 804. Pero un poco más tarde encontramos a su hijo Bernardo, marqués de Septimania, luego chambelán de Luis el Piadoso, denunciado por Hugo y Matfrid como amante de la emperatriz. Conspirador audaz y sin escrúpulos, Bernardo terminó siendo condenado por lesa majestad por Carlos el Calvo y ejecutado en el 844. Su hijo mayor, Guillermo, también traidor y fue ejecutado en Barcelona en el 850. Su hijo menor, Bernardo Plantevelue, hizo lo mismo, pero recobró el favor del soberano y se convirtió en marqués de Septimania y conde de Auvernia. Finalmente, el nieto, Guillermo el Piadoso, asentó definitivamente la independencia del ducado de Aquitania y fundó el monasterio de Cluny en el 909. Los bienes territoriales de esta familia germánica, «importadas» en las regiones mediterráneas, se extendían entonces de Austrasia a la región de Tolouse, pasando por la de Autún, el Máconnais y la Auvernia. Igualmente, los bienes de los Guido y los Lambert iban de la Bretaña a Italia.

Todos estos linajes estaban aliados con los carolingios, pero, apenas salían de Francia, se mezclaban con las viejas familias señoriales y se implantaban con una rapidez sorprendente en el territorio donde habían sido nombrados condes o marqueses. La «meridionalización» de los Guillermo y los Bernardo fue impresionante. Además, estas grandes familias debieran haberse unido para hacer triunfar sus intereses. Sin embargo, no fue así. Lucharon unas contra otras. El linaje de origen sajón de Roberto el Fuerte, aliado de los carolingios, fue introducido en los condados de Tours y Angers no sólo para luchar contra los vikingos, sino también para eliminar a los Guido-Lambert. También hubieron querellas semejantes entre Ramiro II, rey de Asturias, y Ferrán González (923-970), rebelado y preso en dos ocasiones. Sin embargo, estos ricos aristócratas eran cultos, como lo demuestra el testamento de Eberardo, marqués del Friul en el 865, que

repartió numerosos libros entre sus hijos. Paradójicamente, sabían cómo debía ser la sociedad, lo que les enseñaban los *Espejos de los príncipes*, pero hacían lo contrario. No hay nada más sorprendente que leer los consejos de fidelidad al rey que Dhoda, madre afectuosa, dirige a su hijo Guillermo en el 841, pues éste murió decapitado por traición en el 850! Sin embargo, la fidelidad existía. Los condes visigodos de Cataluña permanecieron leales hasta el 888, fecha de elección de Eudes, rey ilegítimo a sus ojos, ya que no era carolingio. Y la fidelidad de la nobleza sajona a Luis el Piadoso y Luis el Germánico nunca se desmintió.

#### *Nacimiento del vasallaje*

El poder territorial proporcionaba pues a los nobles prestigio, fuerza y altas funciones, pero no explica su comportamiento absolutamente contradictorio y su falta de solidaridad. Su tendencia al acaparamiento y al enriquecimiento estaba efectivamente contrapuesta a la red de vínculos de vasallaje destinados a estructurar la sociedad. En el 757, Pipino el Breve intentó hacer indisoluble el vínculo de hombre a hombre con un grande, añadiendo a la encomendación germánica la fidelidad romana. La prestación que hizo Tasilón, duque de Baviera, es reveladora: «Se encomendó en vasallaje por la manos, prestó múltiples y numerosos juramentos poniendo las manos sobre las reliquias de los santos, y prometió fidelidad al rey Pipino y a sus hijos susodichos, los señores Carlos y Carlomagno, así como por derecho un vasallo debe hacerlo con espíritu leal y con una firme abnegación, tal como un vasallo debe serlo con su señor». Como vemos, esta amalgama de derecho privado y derecho público, esta mezcla de dos tradiciones tenía como objetivo hacer absolutamente irrevocable este contrato, hasta la muerte de los dos asociados. Todo perjuicio comportaba la confiscación de las tierras concedidas en usufructo (como fue justamente el caso de Baviera), e incluso la muerte eterna, la condenación, ya que el juramento era prestado ante Dios. El vínculo personal, el parentesco adoptivo que acababa de nacer y el afecto que se derivaba de ello en la tradición germánica debían detener al vasallo en la pendiente de la ruptura, y se explica así que en numerosos casos el contrato fuera respetado. La Iglesia, que glorificaba sin cesar los contratos de derecho romano o de derecho canónico, intentó impregnar la sociedad carolingia de esta noción. Además, el interés bien concebido de la nobleza la empujaba a aceptar la entrada en encomendación. La obtención de un beneficio a cambio del servicio militar ampliaba su capital territorial. El rey o emperador ganaba con ello en autoridad o en poder. A partir de entonces, con la generalización de esta práctica, un conde tuvo tres clases de bienes: tierras personales o familiares, adquiridas por compra o recibidas en plena propiedad por dote o por testamento y llamadas, por esta razón «alodios». En segundo lugar, los *honores*, tierras fiscales recibidas en usufructo como salario por su función. Ciertamente, esta posesión estaba limitada a la duración del cargo administrativo y un desplazamiento hacia otro condado implicaba automáticamente un cambio de titular para los bienes del *comitatus*. Finalmente, el conde disponía de una tercera clase de tierras: los beneficios recibidos esta vez a título vitalicio a continuación de la entrada en vasallaje. En efecto, tras

poner sus manos entre las del rey o señor, y hacer el juramento de fidelidad, recibía la investidura del «beneficio», con la ayuda de un símbolo: un puñado de tierra o una rama con hojas que representaban el usufructo de la tierra concedida (y, otra vez, no su propiedad). Carlomagno empujó a los nobles a hacer lo mismo con los hombres libres, lo que le proporcionó numerosos subvasallos, *subvassalli*. Los vasallos reales que dependían de él directamente. Así, la sociedad estaba estructurada desde la base hasta la cumbre por toda una cadena de vínculos de hombre a hombre, incluyendo a los obispos y abades. Además, el emperador precisó bien que los contratos así concluidos eran indisolubles, excepto en caso de crimen o injusticia del señor con su vasallo. La unión del beneficio y el vasallaje se extendió así por todos los territorios que van del Rin al Loira.

En todas partes los emperadores y los reyes intentaron generalizar estos contratos: en Italia septentrional y en Aquitania. En el 884, Carlos el Calvo empujó a los hispano-visigodos libres a «entrar en el vasallaje de nuestro conde». Pero parece que esta invitación fue hecha en vano. Excepto entre las familias francas instaladas al sur del Loira y en la llanura del Po, los antiguos juramentos de fidelidad con contenido negativo continuaron practicándose. Las funciones públicas, tanto en Hispania como en el sur de la Francia occidental, fueron siempre remuneradas con un *stipendium*, un salario constituido por el goce de una tierra pública. En el siglo X incluso apareció el término de *feo* o *fevum* para designar este modo de pago. Aunque esta palabra, «feudo», aparezca por primera vez en las regiones mediterráneas, la sociedad llamada feudal aún no aparecía ahí, al contrario de lo que ocurría en el norte. No existe ninguna relación entre la fidelidad y el *feo*. Los contratos de igual a igual entre nobles, las *conventiones*, se hicieron cada vez más numerosos, en el siglo X, en el Languedoc, Cataluña y Lombardía. Este mantenimiento de las viejas tradiciones romanas representa el límite de las influencias septentrionales y un comportamiento muy diferente de la alta nobleza.

En Inglaterra y en Germania, países siempre próximos a sus orígenes, el intento carolingio de unir la fidelidad con la encomendación por las manos o el vasallaje con el beneficio, también encontró obstáculos. Los nobles ingleses propietarios sólo estaban vinculados al rey por el juramento de fidelidad. En Sajonia y en Francia oriental, la vieja práctica del juramento de encomendación, que permitía a los esclavos entregarse por las manos a un señor, no había desaparecido. Por eso, muchos grandes de altas familias nobles, a diferencia de las de Francia occidental e Italia, rechazaron esta práctica y esta ceremonia, que les parecían infamantes. En cambio, las viejas comunidades de guerreros libres, las *truces*, que se encomendaban al jefe por la mano, tocando su mano y ya no dándole las dos manos, lo que era considerado signo de inferioridad, continuaban conservando sus atractivos para ellos. En Gran Bretaña, los *thegns*, que habían recibido tierras en un *manor* real o que incluso disfrutaban de más de un *manor*, le debían toda clase de servicios en moneda. Formaban comunidades horizontales naturales agrupadas en familias amplias alrededor del señor, fuera éste el rey o pronto un *caidorman*. Le debían el servicio militar únicamente porque le habían jurado fidelidad. En Castilla, la *beneficia* (benefactoría) recompensaba al guerrero fiel, pero no constituía un derecho. En Italia, la encomendación estaba siempre separada de la concesión del beneficio. Del mismo modo, en Frisia, las comunidades aldeanas permanecieron aún más próximas a los orígenes e impidieron el surgimiento



de cualquier tipo de señor. Así se explica que la relación de inferior a superior finalmente sólo haya podido desarrollarse entre el Rin y el Loira, allí donde el poder carolingio era particularmente fuerte.

Por esto aparecieron cuatro clases de vasallos. En la cumbre, los vasallos reales (*vassi dominici*), integrados por aristócratas y grandes propietarios; luego los vasallos señores de cuatro a treinta mansos, que dependían de los grandes, laicos o eclesiásticos; después los vasallos no establecidos, es decir, «no *casatus*» (no dotados de tierras), que formaban la escolta de un poderoso. Entre los escandinavos, este grupo de guerreros; análogo a la *trusis*, era llamado *hird*. Finalmente, el cuarto grupo, más o menos híbrido, a medio camino entre los vasallos ordinarios y los no dotados de tierras, era el de los *ministeriales*, antiguos esclavos encargados de un servicio para su señor, como los *caballarii* de Saint-Bertin, que detentaban mansos de unas cuarenta hectáreas y acompañaban a su señor a caballo. Se les encontraba sobre todo en las tierras germanizadas: Flandes, Lotaringia y Germania. Sólo los primeros formaban parte de la gran aristocracia. Los segundos formaban una nobleza intermedia, aún bastante mal conocida. Los siguientes estaban justo encima de los esclavos y los últimos fueron considerados siempre como parte integral de los esclavos. En otros sitios sólo existían fieles o *thegns*, todos libres, evidentemente.

#### *Persistencia de un esclavismo mejorado*

Ya hemos abordado pues insensiblemente el mundo de los libres y los no libres a través del vínculo de hombre a hombre. De los poderosos aristócratas pasamos directamente a aquellos que disfrutaban, en período de paz, de otra seguridad material, los esclavos. Como en la Antigüedad tardía, los esclavos, en efecto, tenían ventajas apreciables, ya que, como hemos visto, estaban todos dotados de tierras (*casatus*), a semejanza, por otra parte, de los vasallos, y el acercamiento no era fortuito. La trata de esclavos experimentó un incremento importante gracias a las conquistas de Carlomagno; luego declinó con la prohibición a los mercaderes judíos de poseer esclavos cristianos. Ciertamente, un hombre libre podía aun venderse él mismo, definitivamente o bien temporalmente. A veces, como indican las fórmulas imperiales, aún algunos poderosos esclavizaban a los pobres. Pero al mismo tiempo, el condilo de Meaux, en el 845, prohibió la venta de esclavos paganos no sólo a los judíos sino también a los paganos. La legislación conciliar se volvió cada vez más precisa y consideró casos que pueden parecernos sorprendentes. Si un esclavo se casaba con una mujer noble sin saberlo, ¡debía ser liberado! Si un esclavo tenía por concubina a su propia esclava, podía separarse de ella para casarse con otra, esta vez legalmente. Así, poco a poco, a causa esencialmente de los sacramentos del matrimonio y de la ordenación, apareció la personalidad jurídica del esclavo.

Desde luego, las liberaciones de esclavos eran poco numerosas e incluso estaban prohibidas en las tierras de la Iglesia. Pero indiscutiblemente se produjeron. Apareció un nuevo tipo: la liberación *in albis* para el hijo de un libre y una esclava, nacido en la casa del amo, que era automática. En resumen, excepto en países germánicos, como Flandes, Sajonia y Baviera, el grupo de los esclavos estaba en

disminución constante. En ciertas tierras de Saint-Germain-des-Prés, no representaban más que el diez por ciento de la mano de obra. En Champaña, en tres *villae* de Saint-Rémi de Reims, no eran más que el ocho, el siete y el cuatro por ciento del total de la mano de obra. Estamos muy lejos de las tasas del doce por ciento características de los dominios del Imperio Romano tardío. Evidentemente, esta categoría estaba en retroceso. Los esclavos carolingios tenían un estatuto económico y una personalidad jurídica en algunos dominios. Hemos visto que podían convertirse en *ministeriales*, comerciantes o guardias personales. Algunos se convirtieron en obispos, como Ebbon, arzobispo de Reims, y Arn, arzobispo de Salzburgo; otros, en condes, y esto provocó, por otra parte, el fuero de sus contemporáneos.

Pero una vez más, la evolución fue diferente según las áreas de civilización. En la joven Europa, los antiguos esclavos liberados pedían la protección real o eclesiástica. Como siempre, la búsqueda de un protector era más interesante que la independencia total. ¡Qué importaban los tributos, simbólicos o no! Por otra parte, la mayoría de las veces, éstos se desviaban de los individuos a las tierras. Además, como demuestra la lectura de los polípticos, eran los propios campesinos «libres y colonos» quienes juraban ante los enviados del gran propietario haber entregado el importe exacto de las cargas que debían cumplir. El poder del amo no podía imponerles demasiadas, ya que hubieran huido. Sin embargo, este no era el caso en la Europa septentrional, en la época carolingia. Por eso, antiguos esclavos liberados, colonos y otros campesinos con un estatuto más o menos preciso entraron en una dependencia más o menos ventajosa según las regiones, que daría lugar más tarde al apelativo «servidumbre». En el 941, en Cambrai, los esclavos aún estaban diferenciados de los dependientes. En cambio, esta evolución era mucho menos rápida en la Europa romanizada. Los esclavos de tipo antiguo son mencionados en los cartulanos meridionales hasta mediados del siglo XI. Visiblemente, se continuó considerando a todos los colonos y otros tenentes como *mancipia*, esclavos para todo. En el 889, Géraud d'Aurillac se contentó con aplicar la ley del reinado de Augusto, incluida en el código de Justiniano, y liberó tan sólo a cien esclavos cuando seguramente poseía muchos más. Las liberaciones eran hechas siempre *cum obsequio*: el antiguo amo continuaba conservando toda su autoridad de patrón sobre el antiguo esclavo. Además, la rigidez de la ley romana fue reforzada por la presencia de esclavos musulmanes prisioneros de guerra. En ciertas regiones, como Cataluña y el Lacio, es preciso esperar hasta la mitad de siglo X para ver desaparecer a los últimos esclavos entre los campesinos libres, gracias a las roturaciones. Ya no suponía ninguna ventaja quedarse al lado del amo. En otras zonas, en el sur de Italia y Aquitania, el esclavo de tipo romano, es decir, ni esclavo ni musulmán ni extranjero, aún tardó en desaparecer, a causa del conservadurismo jurídico de estos países.

#### *¿Se podía ser libre y pobre?*

A medio camino entre los poderosos nobles protectores y los esclavos a salvo de la necesidad se encontraban los propietarios libres del condado, los *pagenses*, y los colonos. Podían optar entre dos soluciones, en esta sociedad que iniciaba

su expansión pero que volvió a caer rápidamente, después del 840, bajo el peso de la violencia. En el primer caso, podían aprovecharse de las conquistas, entrar en vasallaje y escalar varios peldaños en la jerarquía social. En el segundo, podían convertirse en una capa social turbulenta que vendía sus servicios armados al mejor postor. En cambio, antes que caer en manos de los poderosos, les convenía convertirse en tenentes y perder el estatuto de hombre libre o convertirse en protegidos de una abadía. Eterno ludión subiendo y bajando, el libre pasó por todas las vicisitudes de una sociedad sacudida por movimientos contradictorios.

A pesar de la escasez de la documentación concerniente a esta capa de la población, que debía constituir la mayor parte de la sociedad rural, es posible percibir que los colonos, aunque fuesen oficialmente libres, eran situados justo encima de los esclavos. Es verdad que las cargas fiscales que pesaban sobre ellos o sobre los campesinos aún libres disminuían, se hacían consuetudinarias, desaparecían o se desvanecían entre otros tributos. Pronto, pagar el impuesto sería asimilado a la servidumbre, tanto más cuanto que los germanos no lo pagaban. Así se explica que el étnico Franco haya terminado por dar el adjetivo «franco», que significa libre. Entre el Loira y el Rin, a lo largo de los siglos VII y VIII, estos campesinos tuvieron pequeñas explotaciones llamadas mansos. La palabra, atestiguada hacia el 620, designaba ya un alodio, propiedad integral de un campesino, ya una tenencia de un esclavo *casatus* o de un colono perteneciente a un gran dominio. Por otra parte, en las regiones mediterráneas era llamada *colonica* y el campesino estaba estrictamente fijado a ella. Es cierto que, en el 802, el capitular para los *missi* señalaba que ciertos colonos del fisco o de la Iglesia tenían beneficios u oficios (*ministerium*) y formaban parte del círculo de allegados al señor. La situación económica de los colonos era, pues, muy variable.

De todos modos eran todos tenentes de un manso o de una *colonica*, de una *hufe* en territorio germánico o de una *hide* en tierra anglosajona. Esta tenencia era a menudo definida como «la tierra de una sola familia». Su superficie estaba pues calculada para permitir teóricamente la vida del hogar del colono. En Italia era definida como la cantidad de tierra que se podía labrar con dos bueyes durante un año. La superficie variaba mucho según las regiones y la calidad de los suelos. A veces tenía de doce a veinticuatro hectáreas. En Inglaterra podía pasar de dieciséis a cuarenta y ocho hectáreas. En cada una se encontraba la morada, a menudo una choza donde vivía la familia del campesino. Estos colonos eran convocados cada año a la hueste real y al *mall* condal. Hemos visto que si tenían menos de cuatro mansos debían asociarse para llegar a esta cifra, para que uno de ellos pudiera ir. Algunos se las arreglaban para conservar un pequeño alodio o bien para obtener una tierra en precaria de un abad o de un obispo. En el Imperio Otónida los *leibeigen* eran campesinos dotados de una cierta libertad de movimiento, pero parece que pertenecían en plena propiedad al señor eclesiástico. De estos dependientes salieron los artesanos y los mercaderes. En Inglaterra, el *gesith* podía ser asimilado al colono porque estaba vinculado a la tierra y no tenía derecho a legar lo que poseía. En cambio, con el *ceorl* entramos en la categoría de los hombres totalmente libres, que podían ser tanto patronos como artesanos, orfebres, herreros o mercaderes. Éstos también debían prestar el servicio militar y pagar ciertas tasas. Podían purgarse en justicia de una acusación con el juramento de tres conjurados de su grupo social. Su *wergeld* era particularmente

elevado: doscientos sueldos, es decir, el equivalente de treinta y tres bueyes. Podían enriquecerse claramente e incluso entrar en la nobleza. En el Imperio Carolingio, sus homólogos eran los *franci*, hombres libres, o aun los *pagenses*. En líneas generales, eran propietarios de alodios que equivalían como mínimo a cuatro mansos y como máximo a doce. El umbral de la riqueza y la nobleza parece haber estado en más de un centenar de hectáreas, ya que un capitular del 805 precisa que un individuo de estas características debía automáticamente ir a la hueste con el equipamiento del combatiente acorazado a caballo.

Pero al lado de estos propietarios medios, señores de más de cincuenta hectáreas, encontramos numerosos hombres libres. Una categoría desconocida hasta entonces, los «huéspedes», apareció en las tierras incultas, cerca de las tierras de cultivo. En la Italia lombarda, los campesinos libres concluyeron contratos de *libellum* con los grandes propietarios por un período de veintinueve años renovable, o bien por dos o tres generaciones. Esté alquiler por veintinueve años tenía como finalidad evitar que se convirtieran en propietarios al cabo de treinta años por la ley romana de la prescripción trentenaria, pero era muy ventajoso para estos pequeños propietarios. Igualmente, el contrato de *complantatio*, utilizado sobre todo para la viña, continuó siendo un excelente medio para multiplicar el número de pequeños propietarios, porque al cabo de cinco años se dividía en dos la parcela puesta en explotación. Por último cuántos cultivadores completaron sus ganancias alquilando sus brazos! En Córce, trabajaban en los huertos de los monjes a cambio de su alimentación. En Prüm y en Saint-Bertin se les llamaba *prebendarii* porque eran pagados con raciones diarias. Éste era el estadio del libre más pobre, el de simple asalariado en especie.

### Los fermentos de una convicción

Todas las categorías de campesinos tenían, además, la ventaja de vivir en comunidades aldeanas o en familias amplias. Allí, los diferentes grados de riqueza se difuminaban. La necesidad de explotar en común los pastos y las tierras incultas las obligaba a agruparse. Resolvían sus diferencias entre ellas. Aparecen claramente en León y Cataluña, donde permanecieron intactas hasta el siglo XI, y en Provenza, Languedoc, Borgoña y la Italia lombarda. En este último país se reunían en asamblea delante de la iglesia de la parroquia. En el norte, las comunidades de campesinos frisonos eran tan poderosas que rechazaban pagar el *dane-geld* a los daneses porque ya lo habían pagado al rey Luis el Germánico, y consiguieron efectivamente expulsar al enemigo. En Sajonia permanecieron intactas, y en el Imperio Otónida, los libres del rey, los *Königs Freie*, antiguos colonos vinculados al suelo, que dependían en lo judicial del juez carolingio de la centena, el *vogt*, continuaron pagando impuestos territoriales, capitación y pronto una tasa de rescate para el servicio militar, cuando los combatientes a caballo comenzaron a eclipsar a los soldados de infantería. Allí, la protección del rey les permitía conservar su estatuto; en otras partes, les vemos pleitear la defensa de sus derechos ante el abad de Saint-Gall o bien, en el 864, rechazar los transportes de margas o las trillas que les imponían.

Este mundo de libres estaba en plena transformación. Tan pronto era elevado

hacia lo alto de la jerarquía social, en los reinos hispánicos particularmente, como avastrado por el envilecimiento de su situación, a consecuencia de los abusos de poder de los condes (servicio militar demasiado largo o convocatorias a los tribunales demasiado frecuentes), o bien de los intentos de los grandes propietarios por sujetarlos a su autoridad. También es sorprendente ver, en los capitulares, que los libres a menudo eran llamados «pobres». Es evidente que un hombre libre que no acudía a la convocatoria de la hueste era automáticamente condenado a pagar una multa de sesenta sueldos. Entonces quedaba irremediablemente arruinado. Los métodos utilizados por los grandes propietarios de la Antigüedad tardía para transformar a un campesino libre en colono continuaban siendo practicados. Todos los capitulares y concilios carolingios dan fe de ello. Protestaban contra los poderosos que despojaban a los pequeños propietarios de alodios. Como en época merovingia, pues, el pobre era sobre todo un libre que no tenía protector político. A partir del 840, la Iglesia, que soportaba materialmente a todos estos nuevos pobres, reclamaba sin cesar la restitución de sus propias tierras para darles pan. Al norte del Loira, antes del 840, cuando pudo haberse hecho un esfuerzo muy nítido en favor de las matriculas y los hospitales, parece que la situación empeoró con las invasiones. La imposibilidad de pagar las deudas tras una mala cosecha, la rapacidad de jueces y condes, los peligros de los saqueos y la posibilidad de ser capturado como esclavo por los piratas o los húngaros, precipitaron a numerosos campesinos libres en la dependencia de los poderosos o, de hecho, les obligó a recorrer los caminos. Saint-Riquier alimentaba cuatrocientos pobres cada día. En Corbie, cada pobre recibía un pan y medio, o dos kilos y medio de pan, por su jornada y el viaje. Tales cargas debieron ser insostenibles durante la segunda mitad del siglo IX, y la excomunión o el miedo al infierno sólo se tradujeron en limosnas de los poderosos de manera insuficiente. Los pobres eran, pues, oprimidos de toda clase. Además de los campesinos, empujados y despojados, había jóvenes, viejos, enfermos, lisiados, peregrinos que habían dejado su patria y extranjeros expulsados de su hogar, por ejemplo los irlandeses, o bien refugiados que huían de los vikingos. Se comprende que la amenaza de ser reducido a la esclavitud acrecentara la necesidad de buscar un protector y luego encontrar un estatuto ventajoso. Así era favorecido el sistema del señorío rural. La libertad, que había sido una ventaja social innegable durante el período de la expansión carolingia, se convirtió en un inconveniente. Así se explica el desplazamiento hacia la servidumbre a lo largo del siglo XI.

De nuevo encontramos estas contradicciones propias de una sociedad que atravesaba un despertar demográfico y un comienzo de expansión, y que luego se encontró bloqueada brutalmente por desórdenes interiores y externos. La paz y luego la violencia continua explican estas oposiciones entre clérigos seculares y regulares, entre grandes familias aristocráticas, estos movimientos de ascenso social o de proletarianización en el mundo de los libres. La lenta desaparición de los esclavos es otro factor sorprendente de esta época. Cualesquiera que fueran las variantes regionales, invita a examinar la economía agraria a fin de saber si los violentos contrastes de esta sociedad eran debidos a un régimen de escasez fundamental o de abundancia real.

## LA TIERRA

La tierra seguía siendo la única fuente fundamental de riqueza. Ahora bien, numerosos indicios demuestran que la producción agraria había aumentado, sea por una mejor utilización de las tierras sin cultivar, sea por la difusión del gran dominio bipartito, sea por último a causa de las innovaciones técnicas. No hay que olvidar, sin embargo, que todos los datos, accesibles en un puñado de fuentes aristocráticas, sólo pueden referirse a una ínfima parte del suelo (Del 2 al 10 por 100, todo lo más) y no hablan mucho del resto, lo esencial.

## Progresos agrícolas

El paisaje rural no había cambiado mucho y los bosques, las ciénagas y las landas seguían estando presentes. Y los inmensos espacios germánicos cubiertos de hayas y robles, añadidos al Imperio por Carlomagno, eran también predominantes. Pero visiblemente, los recursos que se extraían eran mejor obtenidos. Los emperadores velaban cuidadosamente por el mantenimiento de sus cotos de caza y sus «bosques», o sea, sus viveros. El capitular *De villis* está lleno de prescripciones sobre el arte y la manera de dejar prosperar la caza, persiguiendo a los animales salvajes. En el mes de mayo, los cazadores de lobos debían cavar fosos o depositar alimentos envenenados para capturar a los lobeznos. En otoño, casi todas las operaciones guerreras se interrumpían para la caza y cada cual se dedicaba a ella sin parar, hasta el punto de que los accidentes eran numerosos. Así, en el 864, el rey Carlomán fue mortalmente herido en el curso de una cacería de jabalí. Entre los pescados, cada vez más consumidos por la ampliación de los días de ayuno (de 120 a 130 días al año), parece que los más apreciados eran las anguilas y las truchas. Los monjes de Bobbio recibían quinientos peces cada año, en censos de sus campesinos; los de Saint-Germain-des-Prés y de Corbie, doscientas anguilas. Se pescaban también muchas lampreas, esturiones y salmones, en las costas y los ríos. El potencial animal debió ser muy explotado, porque desaparecieron entonces los uros y pronto también los castores, ya que después del siglo IX no vuelven a ser mencionados.

Los polípticos distinguen a menudo la *silva grossa* de la *silva minuta*. Este último tipo de bosque, explotado, proporcionaba toda la madera de trabajo, pértigas para los setos, estacas para las viñas, lechos vegetales para los animales, etc. El bosque de castaños, cada vez más extendido en Italia, se desbordaba fuera de la zona mediterránea. Los sauces que crecían en estado natural a lo largo de los ríos eran podados cuidadosamente, para obtener mimbre y fabricar hameros y cestos. Los bosques de hayas y robles eran frecuentemente protegidos a expensas de los bosques resinosos, a los que se continuaba destruyendo para obtener la pez. En efecto, valía más dejar que se desarrollaran los árboles portadores de hayucos y bellotas para los cerdos. La carne salada de estos últimos seguía siendo la alimentación cárnica fundamental de los campesinos. Los pastos de las comunidades rurales también estaban situados en el *salitus*, y numerosos litigios estallaban entre ellas y los grandes propietarios vecinos por falta de delimitaciones precisas. Se criaban corderos para obtener lana, quesos, sebo y pergamino. El gana-

do bovino era alimentado sobre todo para tirar del arado, pero había poco en los pastos. Además, los productos silvopastorales eran tan importantes en el equilibrio alimentario, y la explotación de las tierras incultas tan activa, que paradójicamente se tomaron medidas para protegerlas. No olvidemos que, en Europa meridional, oficialmente aún eran propiedad pública! Pero incluso allí donde la apropiación privada había sido tolerada, Carlomagno, en el capítular *De villis*, intentó recomendar que «allí donde debe haber lugares para roturar, que se hagan roturar, pero que no se permita avanzar los campos sobre los bosques; y allí donde debe haber bosques, que no se tolete cortar demasiado o que se sigan deteriorando». Este miedo a ver roto el equilibrio entre el *saltus* y el *ager*, entre las tierras incultas y las zonas cultivadas, en provecho de los campos, puede parecer curioso. Esta preocupación muestra dos cosas: que los recursos silvopastorales eran demasiado importantes para ser despreciados y que había al mismo tiempo una tendencia constante a roturar.

En efecto, indiscutiblemente, la tendencia a la roturación existía en la Europa carolingia. Los campesinos del monasterio de Montferrier eran impulsados a hacerlo gracias a la ayuda técnica del seto forestal. En Germania, el *bifang* continuó practicándose e incluso a veces era previsto sistemáticamente. En el 867, un diploma de Lotario II concedía la propiedad de un espacio sin cultivar: el futuro propietario podía crear cien mansos o dejar pastar allí mil puercos. En Italia, los *gualdi publici*, el equivalente de las *forestes* carolingias, también eran acometidos por campesinos libres o antiguos colonos. Pero los movimientos más claros de roturación se perciben sobre todo en el Languedoc, el sur de Aquitania, Cataluña y Asturias. Los emigrantes hispanos recibían de los reyes carolingios la autorización para acometer las tierras públicas desiertas y convertirse en sus propietarios al cabo de treinta años de ocupación continua. Estas tenencias por *apristo* acabaron por conducir al nacimiento de pequeños propietarios rurales libres, completamente aislados en sus alodios. Así, descendieron lentamente de sus montañas superpobladas hacia las llanuras. A la inversa, en Auvernia, desde fines del siglo IX, la llanura del Limague, saturada de hombres a causa de su fertilidad, se lanzó al asalto de las tierras «yermas» (desiertas) escalando las primeras laderas situadas por encima de Sauxillanges y Brioude. Es cierto que se trata de una zona muy al margen de los conflictos de la época. En la cordillera cantábrica, también superpoblada, se produjo el mismo fenómeno, con la garantía jurídica del mismo contrato, llamado esta vez de *pressura*. La palabra designa lo mismo. Se trataba de ocupar, de abrir una tierra vacía y de arrancarla del áspero desierto (*eremus equalitius*). En Galicia y el norte de Portugal, más de catorce topónimos neovisigodos corresponden a esta ola de poblamiento, en la cual se fusionaban todas las condiciones sociales para detenerse temporalmente a orillas del Duero. Pero, en resumen, estos movimientos de roturación estaban claramente localizados. En otras partes parecen poco importantes. El hambre de tierras, incluso en época carolingia, era débil pero no despreciable.

### Unos resultados discutidos

¿Es preciso creer que la imbricación del *saltus* y el *ager* aportaba recursos suficientes? Primero señalemos la existencia de prados cultivados y regularmente segados, como muestra el calendario carolingio de Vienne para el mes de julio. Parecen particularmente importantes en el norte de Francia occidental, Frisia e Inglaterra. Es evidente que la cría de ganado bovino, carneros y caballos estaba más desarrollada en estas regiones. En Frisia se hablaba corrientemente de tierras de 16 ovejas, 15 vacas, 12 bueyes o 40 carneros. Alcuino, para alabar al obispo de Utrecht, encontró un curioso neologismo: *vaccipotens*: poderoso en vacas! En las remontas imperiales, los intendentes debían hacer entrar con cuidado a los potros en el establo antes del 1.1 de noviembre. El *Mulomedicus*, tratado de medicina veterinaria para bestias de carga, se encontraba en las bibliotecas de ciertos monasterios.

Pero lo esencial de las tierras cultivadas evidentemente estaba reservado al cultivo de cereales. En los países mediterráneos podemos ver que el trigo y la cebada eran los más frecuentemente sembrados. En Europa occidental, para luchar contra la humedad, se utilizaba más bien el centeno y el trigo. La cebada era más característica de Inglaterra, junto con la avena, ya que servían para la elaboración de cerveza. Pero los cereales pobres aún eran muy apreciados: el mijo y el sorgo en la llanura del Po y en la Gascuña, y la espelta en Francia. Finalmente, las legumbres secas: habas, garbanzos y lentejas, desempeñaban un papel de primer orden porque podían conservarse mucho tiempo.

El cultivo era aún más intensivo en tres lugares privilegiados: el huerto, los vergeles y las viñas. Los textos mencionan a menudo huertos, cercados o aun *seici* cuya superficie no excedía una hectárea. Cuidadosamente trabajados con la azada y abonados, producían coles, nabos, puerros, pastinacas, ajos, chalotes, etc. En el plano del monasterio de Saint-Gall, modelo que fue frecuentemente imitado, figuran los bancales del huerto con las diferentes especies de legumbres verdes y condimentos que en teoría debían plantarse. Pero el huerto también tenía un objetivo curativo y numerosas plantas medicinales eran cultivadas allí por los monjes o los campesinos de los dominios imperiales. El capítular *De villis* aconseja plantar sesenta y dos especies de plantas, de las cuales un tercio eran de uso alimentario. Los vergeles son menos conocidos y parecen poco importantes. El de Saint-Gall estaba situado en el cementerio; los manzanos, perales, ciruelos, nísperos, laureles, castaños, higueras, membrillos, melocotoneros, avellanos, almendros, moreras y nogales no debían ser muy numerosos, quizás uno por especie; y también era preciso que el clima les fuese propicio. Cultivar un solo tipo de árbol parecía impensable. Esto sólo ocurrió con el olivo, que era ignorado en Cataluña pero remontaba el Ródano hasta Donzère. La viña arborescente o bien a ras del suelo estaba en cambio cada vez más extendida. Era apropiada para un obispo, un gran propietario noble o un campesino libre, para quien con- siguiera hacerla crecer lo más al norte posible, a fin de disponer de una cantidad apreciable de vino para consumir. Entre los dominios que dependían del fisco de Annapes, uno de ellos producía vino, *Treola*. Se trata del actual terruño de Lille (cuyo antiguo nombre se ha convertido en Nuestra Señora de Treille), donde hoy en día sería preocupante hacer crecer cepas de viña. Los viñedos eran tan impor-

En cuanto a los tratamientos dados a la tierra, éstos mejoraron. La labor de la tierra yerma en el mes de junio está representada en el calendario de Yienne. Pero hemos visto las dificultades que Carlos el Calvo encontró para imponer las corveas de cargamentos de marga para mejorar la fertilidad del suelo; en cambio, las corveas de estiércol existían ya en el dominio de Viel-Saint-Rémy, mientras que la entrega de paja para el lecho de animales era impuesta a los tenentes de Gerson. Y Carlomagno ordenó que se echara abono compuesto en campos y parcelas. En fin, la rotación trienal de los cultivos quizás estaba señalada en un diploma de Saint-Gall en el 763, y en Turingia en el 783. En el capitular *De villis* y en el político de Montierender aparece como algo corriente. Este sistema no parece haber sido exportado fuera de Francia y Germania en los siglos IX y X. Sin embargo, combinada con el cultivo de las leguminosas, que fijan el nitrógeno en el suelo y mantienen su fertilidad, la rotación trienal podía hacer aumentar las cosechas en un 33 por 100. Avance considerable que explicaría que el hambre de tierras fuera moderado y las rotaciones poco extensas, excepto en los frentes pioneros hispánicos e italianos, donde además continuaba el uso del arado romano y del sistema bienal. Por eso es difícil suscribir las afirmaciones de ciertos historiadores que consideran que los rendimientos eran muy débiles. Los menos pesimistas estiman, en efecto, que el grano rendía tres por uno. Ahora bien, ¡Columela declaraba que cuatro por uno era un rendimiento de mal año! Nuestros grandes propietarios laicos y eclesiásticos que poseían a Columela y a Paladio en su biblioteca, ¿podían tener y encontrar normal un resultado tan miserable? De hecho, estos rendimientos han sido calculados a partir de los *Brevium exempla* de Annapes, donde aparentemente, a la vista de las cantidades de cereales mencionadas, la tasa era de 1,6 por 1. Pero, como bien indica el término que designaba estas cosechas (*contabovatus*), se trataba solamente de una parte de los productos del dominio. El capitular *De villis* precisa, en efecto, que los intendentes debían dividir en varias partes las cosechas de los dominios fiscales, una para el rey (el *contabovatus*), una para el intendente militar, una para los *prebendarii*, una para las mujeres del gineceo, etc. A cada parte correspondía una lista diferente. Una contabilidad semejante, tan diversificada, en los fiscos imperiales y eclesiásticos, invita pues a considerar las cifras dadas no como las de la totalidad de la producción sino más bien como una parte de los ingresos en especie del propietario. De este modo, los rendimientos habrían estado situados ciertamente, entre 5 y 7 por 1, vistas las otras cantidades de trigo que quizá fueron contabilizadas en otra parte, fuera de los documentos que han sobrevivido. Esto nos daría una cosecha media de diez a catorce quintales por hectárea, cifra enorme a primera vista. Y si la reserva era cultivada de forma descuidada y extensiva por trabajadores no remunerados y refunfuñantes, en cambio los mansos debían ser cuidadosamente labrados, cavados y escardados con la azada para producir aún más. Consideremos, en efecto, las viñas. En las de Saint-Germain-des-Prés, los monjes imponían un tributo fijo a los esclavos y colonos que las cultivaban en forma de tenencias. Éstos tenían, pues, interés en producir mucho para vender el excedente. Efectivamente, el rendimiento medio era de treinta hectolitros por hectárea en la reserva. Era ligeramente superior en las tenencias y, en total, cada año, deducido todo el consumo, quedaban seis mil hectolitros de vino para vender para los monjes, y aún más contando la producción de los campesinos, ¡quizás alrededor de diez mil hectolitros!

tantes que Luis el Germánico obtuvo los de la orilla izquierda del Rin, en el reparto de Verdún, en el 843, porque no tenía otros en Francia oriental, y de aquí el curioso trazado de la frontera. Comp el vino era el único verdadero tónico de la época, se hacían prodigios para proveerse de él. Los monjes de Redon hicieron plantar viñas hasta en Vilaine. El obispado de Tongres acabó por ser desplazado a Lieja, en gran parte a causa de las viñas de las laderas del Mosá. Otras abadías de Flandes y Austrasia preferían comprar parcelas de viña en Laon, Champagne e incluso en la orilla de los lagos de Italia del norte. El artículo 8 del capitular *De villis* está enteramente consagrado a los cuidados que se debía tener en los dominios imperiales con las prensas, toneles, etc. En suma, todo podía producirse en las tierras de los ricos, y podía pensarse en el ideal de autarquía expresado por los textos carolingios. Pero, ¿era verdaderamente realizable?

Sea cual fuere el modo de unión entre sus dos partes, el gran dominio no podía de hecho ser autárquico, a pesar del ideal pregonado, puesto que debía alimentar lo que hoy llamaríamos el sector terciario. Además, le era rigurosamente imposible procurarse sal y hierro sin comprarlos en el exterior. Hacía falta pues salir obligatoriamente de la agricultura de subsistencia mediante innovaciones técnicas y aumentos del rendimiento. En Corbie habían seis fundidores de mineral y seis herreros fabricantes de lingotes de hierro, y en la Celle-les-Bordes treinta y dos esclavos debían producir cada año una tonelada de hierro, es decir, el equivalente a más de un millar de azadas. Ciertamente, la industria de armamento consumía mucho, pero justamente Carlomagno prohibió la exportación de espadas por razones a la vez estratégicas e internas. En el fisco de Annapes fueron construidos cinco molinos y cuatro cervecerías. Las tierras de Saint-Germain-des-Prés tenían 83 u 84 molinos de agua. Algunos, en Corbie, tenían de tres a seis ruedas. Irruñón se enorgulleció de haber instalado siete y renovado cuatro. Desgraciadamente, esto no quiere decir que el molino de sangre hubiera desaparecido, sino simplemente que se intentaba economizar la mano de obra allí donde gestores conscientes de las necesidades y lectores atentos de los agrónomos antiguos intentaban valorizar el gran dominio.

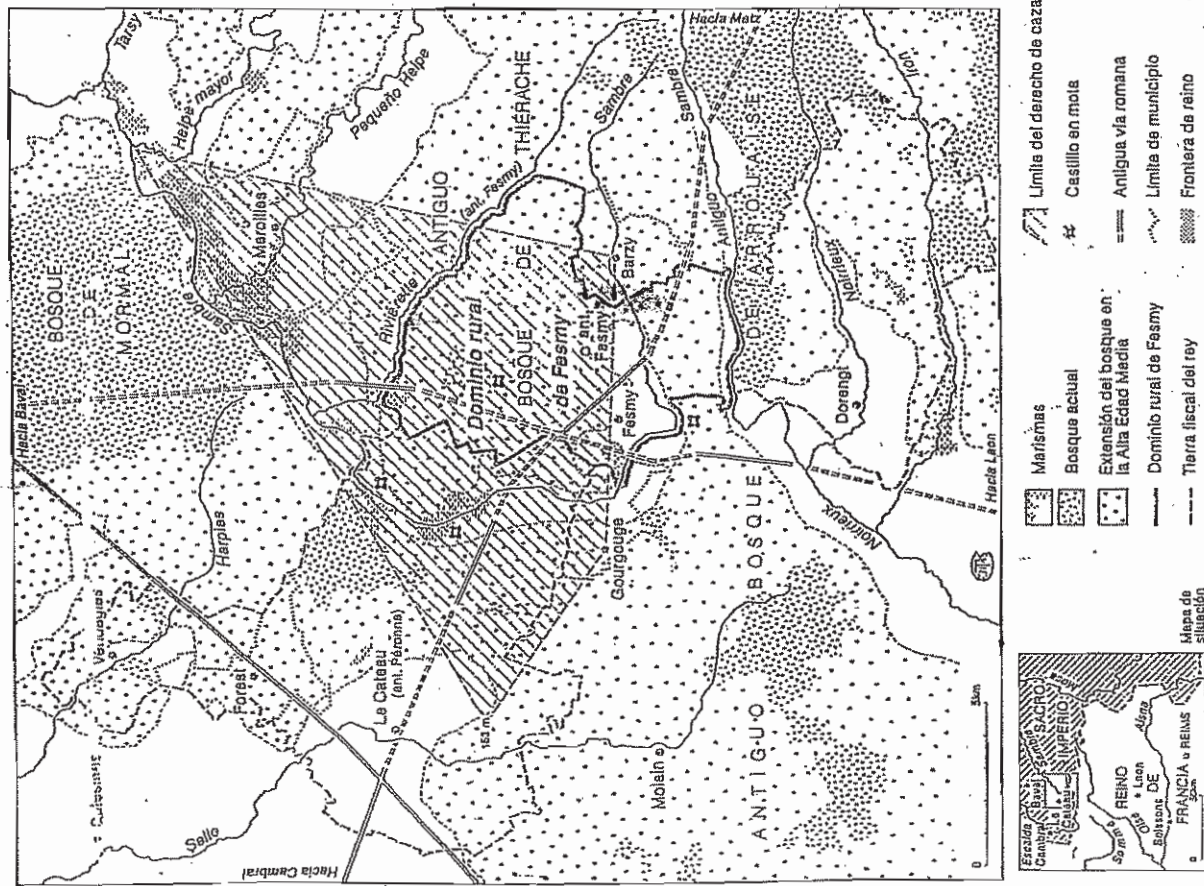
El arado de ruedas pesado, tirado por seis a ocho bueyes, existía en Ile-de-France. Las excavaciones arqueológicas han descubierto en Frisia la existencia de surcos asimétricos y simétricos, prueba de que fueron hechos por dos tipos de aparatos: el arado romano y un instrumento de origen eslavo (rejas moravas del siglo VIII) o germánico (citado en el edicto lombardo de Rotario, en el 683, y en la ley de los alamanes, en el 725, con el nombre de *plum*, la *Pflug* germánica y la *plough* sajona). Ahora bien, cuanto más al norte, mayor era la proporción de prados de siega en relación a las tierras arables, lo que permitía alimentar bien a los bueyes que tiraban de los ingenios agrícolas. Además, el arado de ruedas, si realmente se utilizaba, podía acentuar el avance económico de los países situados al norte del Loira, ya que sólo él permitía poner en cultivo las tierras pesadas compuestas por limo de las planicies o sedimentos arcillosos glaciares. Como por azar, aun en el siglo XIX, el límite norte del arado de ruedas muestra los territorios favorecidos por esta innovación: Galicia, Francia, Inglaterra, Germania y la baja llanura del Po. Añadamos finalmente la aparición de la herradura, señalada por primera vez en el 855, y el desarrollo de la collera rígida representada en el Apocalipsis de Tréveris en el año 800.

Así pues, el agricultor carolingio satisfacía sus necesidades y disponía de excedentes reales. El gran dominio respondía a las esperanzas que en él habían depositado sus promotores. Esta prosperidad incluso se tradujo en un claro y confortable aumento de la ración alimenticia de los monjes. Mientras que la regla de san Benito la fija en alrededor de trescientos gramos de pan y medio litro de vino por día, en época de Carlomagno pasó a más de un kilo y medio de pan y a un litro y medio de vino. Añadamos cien gramos de queso y más de doscientos gramos de legumbres secas en puré. Éste no era un régimen de ricos privilegiados, ya que los laicos que vivían en los grandes monasterios: Corbie, Saint-Germain, Saint-Denis o Soissons, tenían raciones idénticas o casi, a las que es preciso añadir como mínimo cien gramos de tocino o cerdo salado. Este fuerte consumo, que será necesario explicar, no era extensivo a los hambrientos o a las poblaciones presas de la escasez. La gran variedad de recursos, junto a la eficacia del gran dominio, allí donde existía, incluso privilegió a ciertas regiones. Las corveas de transporte impuestas a los campesinos para llevar vino o trigo hacia los puertos fluviales o a los mercados urbanos demuestran que se vendían cantidades importantes. Ciertos campesinos de Saint-Germain-des-Prés debían incluso ir hasta Quentovic. Indiscutiblemente, una producción agrícola sostenida, dotada de rendimientos superiores a los de la Antigüedad tardía, desembocaba finalmente en una economía de mercado, el menos para el puñado de grandes explotaciones que iluminan estas escasas fuentes. !

*Desarrollo del sistema dominical*

Sucesivamente preconizado como una originalidad, luego considerado como un reflejo de la explotación de las tierras imperiales antiguas, para unos en pleno apogeo en el siglo VIII, para otros una reliquia de otra edad, el «sistema» de explotación del suelo en dos partes, el sistema «dominical», marcó toda la primera mitad de la Edad Media. De todas formas, era el resultado de los problemas de explotación planteados al amo por un esclavismo en decadencia y unas posesiones dispersas.

Tres tipos de solución fueron aportados de manera casi simultánea en el norte de la Galia y en la Italia lombarda. El primero fue la parcela roturada llamada *akker* en flamenco (probablemente la vieja palabra latina *ager*), situada en una zona inculta cuyos fuertes ingresos silvopastoriles iban directamente al propietario; en Italia se les llamaba «*curtes* pioneras». El segundo caso consistía en masas importantes de tierras arables, reagrupadas por compra o intercambio, llamadas en Flandes *kutter* (en latín, *cultura*, cultivo), pertenecientes al mismo dueño que poseía tenencias dispersas en la zona boscosa o pantanosa donde los colonos estaban unidos entre sí por usos comunitarios. El aprovechamiento de la parte central se hacía en explotación directa por esclavos (*mancipia*) y con la ayuda de algunos días de trabajo anuales de los tenentes. Este vínculo entre la parte señorial, la «reserva» y las tenencias, era aún más claro en el tercer tipo «dominical» que deriva de él. Estas *curtes*, llamadas *gewanne* en Flandes, estaban muy próximas al hábitat del señor. La reserva comprendía amplias parcelas dedicadas a la cerealicultura, llamadas también *condomine* (pertenecientes al dueño). Los es-



*Un dominio inculto: el dominio de Fesny en el año 845*

clavos y los tenentes la trabajaban, éstos últimos en función de un número importante de días de «corvea», a menudo de uno a tres por semana. En este último caso se trata cada vez de tierras pesadas, compuestas por aluviones fluviales o limos, que necesitaban el empleo del arado de ruedas con reja de hierro.

Además, este nuevo sistema de aprovechamiento de un gran dominio por bipartición parece desarrollarse en la misma época al sur y al oeste de Inglaterra. Las leyes de Ina, a fines del siglo VI, describen, en efecto, grandes dominios donados de señores laicos habían recibido el usufructo de tierras ocupadas por tenentes. Se trataba de tierras que estos últimos habían roturado. Estos *gesitas* eran considerados colonos libres. A menudo eran confundidos con los *geburs*, esclavos *casati* en el mismo tipo de tierras que las de los *gesitas*, que llevaban el nombre de *gesithland*, *gefoland* ('tierra que paga el impuesto') o incluso *ouiland* ('tierra del exterior'), por oposición a la *inland*, la tierra interior, reservada al dueño. No se puede precisar si la corvea en la reserva era impuesta a los tenentes, pero ciertamente pagaban tributos y antiguos impuestos al señor. Grandes probabilidades inclinan pues a pensar que el sistema del *manor*, como se le llamó más tarde, fue creado poco antes de la proclamación de las leyes de Ina, rey de Wessex.

¿Cuándo y cómo fue inventada esta unión orgánica por medio del tributo en días de corvea entre la reserva y las tenencias? El segundo tipo de gran dominio, con parcelas instaladas en amplias llanuras, parece haber sido inaugurado en los dominios imperiales de África en el siglo II. Los colonos poseedores de tenencias debían al intendente de uno a seis días de trabajo cada año. En un solo dominio de la Iglesia de Ravena, a finales del siglo VI, tres tenentes estaban obligados a cumplir uno a seis días de corvea a la semana. Pero esto parece absolutamente excepcional. La generalización del principio fue probablemente obra de Dagoberto, entre el 623 y el 635, cuando confirmó las leyes de los alamanes y los bávaros. Estableció que en todos los dominios fiscales y eclesiásticos los esclavos debían hacer tres días de corvea a la semana en la tierra del dueño, la reserva, mientras que los colonos, además de pagar los tributos habituales, debían cumplir un trabajo a destajo, llamado más tarde *rîga* (raya o surco de labranza), en los campos, prados y viñas del propietario. Así, mientras que era normal hacer trabajar a los esclavos reales en el dominio, como antaño, la extensión de los tributos en trabajo a los colonos creó un nuevo sistema de explotación de las tierras que paliaba la insuficiencia de la mano de obra servil e intentaba reemplazarla por un colono en el que se mezclaban los antiguos esclavos, los libertos, los antiguos libres y los nuevos libres. Estas tres soluciones evolutivas se extendieron entonces, gracias a su flexibilidad, de manera diferente según las regiones. Mientras que en Austrasia los nobles aprovecharon la decadencia del poder real para desarrollar la corvea privada en sus propias tierras, el tercer tipo de gran dominio se desarrolló mejor, gracias a la fuerte autoridad del jefe de guerra sobre sus *servi ministeriales*, sus acompañantes más o menos libres, a los cuales convertía en sus administradores. La ley de los alamanes, puesta de nuevo por escrito en 717-719, y la de los bávaros, 744-748, demuestran la extensión de estas grandes propiedades y el agravamiento de las corveas que pesaban sobre los colonos. Es probable que en Wessex ocurriera lo mismo. En cambio, en la Italia padana y en Sabina, el segundo tipo de gran dominio, con unas relaciones más o menos laxas entre la reserva y las tenencias, fue mucho más corriente a causa del dinamismo de la

conquista agraria en cédulas dispersas. Por doquier, en la Galla meridional, la Hispania del noroeste, y la Italia central y meridional, el primer tipo, los campos creados en el *saltus*, es decir, en el fondo del viejo gran dominio de la Antigüedad tardía, se perpetuó, multiplicándose, como lo demuestran los topónimos *herm* y *hermas* en Aquitania y en Galicia. En resumen, esta «invencción» de un gran dominio bipartido dio sus mejores resultados fuera de los territorios de la vieja Romanidad, allí donde la distinción entre esclavo y libre era vaga, y sobre todo allí donde el dueño tenía fuerza guerrera a su disposición: entre los lombardos, los francos de Austrasia y los anglosajones.

El tercer tipo, llamado *villa* en nuestros documentos, era una explotación agrícola que, sobre todo en el caso de los reyes y los eclesiásticos, intentaba crear grandes conjuntos macizos, mediante una operación de concentración de tierras, en los que las tenencias estaban lo más próximo posible a la reserva para facilitar la prestación de corveas por parte de los tenentes. Su superficie era de al menos cien hectáreas y llegaba a alcanzar algunos miles. Agrupaba en la reserva, llamada entonces manso señorial, grandes parcelas de tierras arables, prados, bosques y zonas no cultivadas, sin olvidar las viñas. Los edificios de la explotación, la *curtis*, se encontraban allí junto con los graneros, las bodegas, los molinos, etc. La mano de obra de esta reserva estaba compuesta por esclavos que vivían en casas cerca del patio. Otros eran dotados de tierras (*casati*) en mansos vecinos (mansos serviles) que cultivaban para cubrir sus propias necesidades, pero consistentemente eran llamados por el dueño o su administrador para realizar trabajos en la reserva. Ahora bien, como no bastaban en el momento de los grandes trabajos: labranzas, siegas de heno o cereal y vendimias, entonces era preciso llamar a los colonos detentores de mansos llamados *ingeruiles* (= libres) y que de alguna manera pagaban el alquiler de su tierra con trabajos de distinta especie. O bien trabajaban un lote de tierra de la reserva, el *ansange*, o eran obligados, como en Saint-Bertin, a hacer corveas de *rîga*, es decir, a labrar un cierto número de rayas o surcos. En otros casos, debían un cierto número de días o de «noches» de trabajo en la reserva: reparar los setos, conducir cargamentos de vino o trigo hasta un lugar preciso, y las mujeres hilar o tejer en el gineceo, es decir, el taller de la reserva. Por último, cabe añadir los tributos en especie o en dinero que existían por doquier y en todos los tipos de gran dominio: huevos, capones, tablas o chillas, lechones o trozos de tocino, o algunos denarios para el censo o el rescate de cualquier vieja prestación. Este sistema nos es revelado sobre todo por los grandes polípticos del norte de Francia: Saint-Germain-des-Prés, Saint-Bertin, Saint-Rémi de Reims, Montfiterender y Prüm, en suma, en la región comprendida entre el Sena y el Rin.

Pero tras la aparente simplicidad del sistema se esconde de hecho una gran complejidad y grandes variantes de un dominio a otro. Este régimen no fue jamás conforme al modelo teórico. En el políptico de Saint-Germain-des-Prés, escrito a principios del siglo IX, la superficie en tierras arables de los mansos serviles varía de 0,25 ha a 9,25 ha y la de los mansos libres de 1,50 ha a 15 ha. Si ciertos mansos eran ocupados efectivamente por una sola familia, otros estaban repartidos entre varias parejas, mientras que numerosos mansos sólo eran ocupados por un único colono y otros estaban registrados como vacíos! Además, ciertos mansos serviles estaban en manos de libres y viceversa. Por esto, los tributos se desplaza-

ban del teniente al manso y éste, fuese cual fuese su estatuto, debía pagarlos. Esto explica la uniformización de la condición campesina alrededor del colonato y la aparición de la dependencia intermedia que sólo podemos calificar de no libertad. Estas dependencias, incluso en el interior de la región que vio florecer el gran dominio clásico bipartido, sólo pueden explicarse por la dificultad que encontraron los dueños para imponer su sistema, hacer desplazarse a los campesinos hacia mansos que no querían y suscitarse las iniciativas de tenentes que preferían, más que ampliarse, permanecer en un manso dividido por el juego de las herencias. La resistencia de los campesinos a esta reorganización fue la causa de estas variantes innumerables.

Por eso, este «sistema» sólo estaba próximo a la ejemplaridad en regiones recientemente conquistadas para el cultivo, cuyos mansos y reservas habían sido previstos y creados desde el principio de manera mucho más amplia y compacta, como en el norte de la Francia occidental o bien en las tierras nuevas de Baviera o de Francoñia. En otras partes la concentración necesaria jamás pudo lograrse, y a menudo el vocabulario que designaba las antiguas parcelas aparece como una filigrana. En el Beauvaisis, por ejemplo, ¡vemos un vasto huerto (*seigneur*) convertido en reserva! A pesar de estas dificultades, esta organización «dominical», con su vínculo orgánico entre la reserva y los mansos, se difundió a través del reino carolingio, adaptándose a las situaciones locales. En Saint-Rémi de Reims, se dejó fríamente fuera del sistema a algunos campesinos llamados *forenses*. En el Maine, Anjou y Touraine, las viejas parcelas creadas a partir de roturas de hechas por esclavos fueron transformadas en mansos. Basta revisar todos los diplomas reales emitidos por Carlos el Calvo para darse cuenta de que, durante su reinado, este régimen de organización del suelo había alcanzado los territorios entre el Sena y el Loira. Pero su frontera no llegaba hasta la Bretaña, no traspasaba el Loira; llegaba a Cosne, evitaba el Morvan y en Borgoña no se aventuraba más allá de Mácon, mientras que caracterizaba el centro y el norte de la Lotaringia. Esta expansión corresponde exactamente a la zona cubierta por las *missaticas*, donde la autoridad carolingia fue más fuerte. Sin duda alguna, la difusión de este tipo de gran propiedad fue estimulada por el poder político, quizá con el propósito de armonizar los recursos fiscales y eclesiásticos; y en consecuencia, los de los nobles que servían al Estado carolingio. Las ventajas económicas que se obtenían eran tales que todo debía ser intentado para obtener su generalización. No concluyamos por ello que este sistema cubría todo el territorio, ya que tenemos numerosas pruebas de que la pequeña propiedad seguía siendo mayoritaria incluso en estas regiones. Simplemente, era un instrumento político para organizar las estructuras gubernamentales: avituallamiento de las tropas, beneficios para los vasallos, honor para los condes, alimentos para los pobres, etc.

Allí donde la influencia política de los reyes era directa, este tipo de dominio se reforzó. Esto está claro para la Inglaterra sajona, donde, tras las luchas contra los daneses, el *manor* inglés estrechó los lazos entre la reserva y las tenencias. En un dominio de Hampshire, los *ceorls* que detentaban *hides* entregaban al señor cuatro denarios por año y por *hide*, cerveza, trigo y cebada; labraban alrededor de una hectárea de la reserva y la sembraban con su propia semilla, segaban menos de una hectárea de prado y estaban obligados a presentarse en la reserva cada semana para cumplir corveas (excepto tres veces al año). Sin embargo, antes

sólo los *geburs* y los *gestiths* eran requeridos de esta manera. En cambio, cuando el poder real era indirecto, especialmente en los virreinos, vemos desaparecer este tipo carolingio de gran dominio y reaparecer los dos primeros. En Aquitania, las grandes propiedades comprendían varias tierras que se explotaban directamente, llamadas mansos señoriales o *cap-mansos*, y numerosos mansos dispersos, a menudo muy lejos de los primeros. No existía ningún vínculo entre los primeros y los segundos. Asimismo, en Germania, la *curtis* era con frecuencia sólo un centro de percepción de tributos. La yuxtaposición de dos sectores, reservas y tenencias, se percibe también en las zonas italianas de roturación: baja llanura del Po y Sabina. En otras partes, eran los esclavos quienes trabajaban en la reserva, y en las tenencias lo hacían campesinos libres, contractuales, los *libellarii*, que debían entregar una parte de la cosecha al dueño y a veces uno o dos días al año de corvea. Italia poseía un sistema de grandes dominios mucho más flexible que el de Francia. La *casa colonica*, la tenencia campesina, jamás estuvo superpoblada porque no se hizo ninguna tentativa de concentración o reagrupamiento de tierras. La resistencia de los campesinos era más grande y el poder político más débil.

#### LOS NUEVOS INTERCAMBIOS

Ahora es posible observar el desplazamiento de la economía local hacia la renaciente economía de los intercambios, particularmente en las zonas esenciales: llanura del Po, Francia, Frisia e Inglaterra, y comprender también cómo pudo desarrollarse una economía de mercado rudimentaria, bien sea gracias a la renovación urbana o mediante un sistema monetario que su uniformó en todo el mundo europeo conocido, con nuevos circuitos internacionales.

#### Remodelar la ciudad

Una de las primeras tareas de Carlos Martel fue facilitar, con el capitular del 744, la creación de mercados rurales en cada *vicus*. Se multiplicaron rápidamente. Allí se intercambiaban productos de primera necesidad con una única moneda, el denario (*per denarium*), expresión que ha dado la palabra francesa *dennée* ('pro-ducto'), lo que se compra con un denario. Su éxito fue tal que Carlos el Calvo, en el 864, intentó limitar su número. Otros mercados aparecían al lado de las ciudades, en particular las ferias de vino, como las de Troyes, Chappes, cerca de Bar-sur-Seine, y Saint-Denis, que se abrió cada año el 9 de octubre. En Germania, los reyes multiplicaron las autorizaciones para crear puertos y mercados. Un poste de madera (*stap*) era clavado en las proximidades de una fortificación circular de tierra, como los *grosds* eslavos, o de un emplazamiento urbano antiguo, o incluso en una playa. De ahí viene el nombre del puerto de Étaples y la palabra «etapa»; que significaba primitivamente lugar de intercambio. El fenómeno era tan generalizado, que sólo puede ser una prueba suplementaria del aumento de la oferta de productos para intercambiar.

Esto repercutió en las ciudades. Recordemos el número de iglesias, catedrales



y abadias construidas o reconstruidas en los siglos VIII y IX. Tras el concilio de Aquisgrán, se organizó la vida canónica: fue necesario acondicionar en el interior de cada ciudad episcopal un claustro y casas para los canónigos. Esto desembocó en un auténtico remodelaje de las ciudades antiguas. A menudo, en esta ocasión, la vieja muralla del siglo III fue abatida y sus piedras utilizadas para construir nuevos edificios. Además, el cambio de liturgia implicaba la desaparición de múltiples santuarios temporales merovingios a fin de reagruparlos en vastas navés. En Lyon, Leidrade reparó los techos de Saint-Jean y de Saint-Etienne, amplió su palacio episcopal, edificó el claustro canónico y restauró dos iglesias y tres monasterios. Metz, Arras, Reims, Le Mans y Vienne estaban visiblemente en pleno crecimiento. Arrabales poblados por mercaderes nacían en el exterior de las antiguas murallas. Metz poseía veinticuatro iglesias, de las cuales diecisiete estaban fuera de los muros. Pronto un frenesí de grandeza sacudió a los constructores de iglesias. Mientras que las iglesias merovingias superaban sólo excepcionalmente los 20 metros de largo, la primera iglesia de Reichenau, que tenía 21 metros en el 724, pasó a 43 metros en el 746. Saint-Just de Lyon, reconstruida por Agobardo, alcanzó más de 60 metros de largo. La catedral de Colonia, empezada en el 800, llegaba los 94,5 metros; Fulda, tenía 39 metros en el 744, y en el 842 había pasado a 98 metros. Finalmente, Saint-Gall, según su plano y las excavaciones, batió el récord con 102 metros. Luego, hacia el 820-830, esta carrera hacia el gigantismo se detuvo por falta de nuevos medios financieros. La catedral de Hildesheim, construida entre el 852 y el 872, sólo tenía 60 metros. Todo esto revela la misma dicotomía que hemos encontrado varias veces: expansión hasta mediados del siglo IX y luego recesión.

Las ciudades antiguas se despertaban. En Roma, los papas restauraron o construyeron más de una veintena de iglesias; desde Adriano I, muerto en el 795, hasta León IV, muerto en el 852. En los reinos hispánicos astur-leoneses, desde Ordoño I, hacia el 860, hasta Ramiro II, hacia el 940, veinticuatro ciudades recuperadas a los musulmanes fueron enteramente repobladas con cristianos descendidos de las montañas, en particular Astorga, Burgos y Ávila. En Inglaterra, las antiguas ciudades romanas se habían convertido todas en obispados: Canterbury, Rochester, Londres, Winchester, Dorchester, Leicester y York. Pero, a partir del reinado de Alfredo, fueron pronto superadas por los puertos, los *wic* y sobre todo los *burhs*, a la vez ciudades y mercados fortificados. La aparición de ciudades nuevas fue también característica del norte de Francia. En la desembocadura del Aa, a partir del puerto, y al pie de dos abadias, Saint-Bertin y Saint-Omer, se desarrolló una aglomeración comercial. En el Escalda, alrededor de los monasterios de Saint-Pierre, en el monte Blandin, y de Saint-Bavón, a partir de un castillo construido en el 900, nació poco a poco Gante, y más arriba, en un fisco imperial, Valencianes. Ratisbona, cuyo obispado fue creado en el 739, incorporó más adelante, en el 917, el barrio de Saint-Emmeran y el de los mercaderes a su núcleo primitivo.

Esta recuperación fue evidentemente frenada por las invasiones escandinavas. Quienes habían practicado importantes brechas en las murallas galo-romanas debieron darse prisa en taponarlas. En el 869, Carlos el Calvo ordenó fortificar las ciudades. Primero se rodeó a los arrabales con empalizadas y castillos de madera, luego un muro de piedra circundó Saint-Vaast en Arras, Saint-Rémi en Reims y

Saint-Martial en Limoges. En Saint-Omer, las dos abadias fueron unidas por una sola muralla a partir del 879. El obispo de Metz reconstruyó la muralla romana y englobó una iglesia exterior. En Troyes, tras el incendio del 887, la población se agrupó dentro del recinto galo-romano, que fue reedificado. En Provenza, en cambio, las pérdidas fueron muy claras; ciertos arrabales y algunas ciudades, como Fréjus o Cimiez, se vaciaron. Lo mismo ocurrió en los puertos gerunáticos, que tenían construcciones de madera dispersas a lo largo de la orilla: Hamvith, Quentovic y Duurstede, donde los incendios y los pillajes fueron desastrosos. Todos terminaron por ser completamente abandonados, a pesar de algunas recuperaciones después de los pillajes, por la razón esencial de que eran ciudades de crecimiento rápido creadas sólo por una expansión de tipo primitivo y que no estaban sostenidas por construcciones sólidas. A principios del siglo X, ya habían desaparecido, de la misma manera que Halihabu fue abandonada poco a poco, a pesar de sus espesas murallas de tierra, en provecho de Slesvig, obispado y verdadera ciudad nueva. En total, pues, el despertar de las ciudades había sido frenado. Pero la mayor parte de los progresos realizados fue conservada y el estancamiento que siguió no puede ser asimilado a un retroceso.

### La supresión del oro

En este primer y breve sobresalto urbano, como en la recuperación o innovación de los intercambios, el papel del instrumento monetario parece haber sido capital. Después de una vuelta atrás, exige una investigación precisa.

En primer lugar, la píeota deflacionista impuesta por el sistema monetario del Imperio Romano tardío desapareció ya en el siglo VII, por iniciativa de los dinámicos mercaderes frisones y anglosajones. Para comprar los productos pesados o ligeros de consumo corriente que ellos ofrecían, el patrón oro resultaba cada vez más incómodo. En efecto, después de que los monederos de Duurstede hubieran acuñado imitaciones de *triezier* merovingios, hacia 630-650, el retroceso de la influencia franca permitió a los frisones innovar. Casi al mismo tiempo que sus rivales anglosejones, entre el 650 y el 660, emitieron monedas de plata llamadas *sceattas*, del viejo inglés *scett* (en alemán *Schatz*, tesoro). Algunas llevaban a veces inscripciones rúnicas. La zona en que fueron descubiertas estas monedas corresponde exactamente al área de influencia comercial de los frisones hacia el 730-740: Inglaterra propiamente dicha, el norte de la Galla, el Mosa, el Rin, Frisia y Dinamarca. Alcanzaban a veces la desembocadura del Loira y la Gironde e incluso Provenza. Por eso, ante un éxito tal, el reino merovingio, gracias a la apertura de las minas de plata de Melle, en Poitou, lanzó a su vez una moneda de plata: el denario. Su peso era aproximadamente de 1,23 gramos y acabó por eliminar las antiguas monedas de oro, que por otra parte eran devaluadas sin cesar. Las últimas fueron acuñadas en Marsella hacia 690-700, mientras que el denario apareció hacia el 670. Finalmente, sólo al-Andalus y Lombardía conservaron el patrón oro. La primera acuñó dinares de oro, análogos por su peso y sus títulos al *nomisma* bizantino; la segunda, cuyo monopolio real estaba intacto, continuó acuñando el oro a causa de sus lazos económicos con Bizancio. En efecto, mientras que las monedas bizantinas desaparecen después del 670 de los tesoro-

ros descubiertos en la Galia, aún están presentes, después de esta fecha, en los encontrados en la llanura del Po.

Las ventajas de la nueva moneda de plata eran numerosas. Por su poder de compra inferior a la de oro, gracias a la relación de uno a doce entre el precio de los dos metales, la de plata permitía procurarse cantidades más pequeñas de mercancías. Mientras que el sueldo o el tercio de sueldo obligaban al campesino a vender sus excedentes de trigo en grandes cantidades para pagar el impuesto, a partir de entonces con un denario podía procurarse un cérdio o el moyo de trigo que le faltaba. En tanto que en el siglo VI la utilización del oro monetarizado tan pronto hundía brutalmente los precios como los hacía subir vertiginosamente, caricaturizando los azares de la coyuntura, a partir del siglo VII la moneda de plata permitió a los precios subir o descender más lentamente, en función de una demanda mejor repartida en el tiempo y en el volumen. En fin, la pérdida en poder adquisitivo de la unidad monetaria quedaba ampliamente compensada por la ganancia en número de usuarios de la nueva moneda. Ciertamente, el denario no permitía comprar un huevo o un pan, puesto que ningún submúltiplo fue acuñado. Pero no estaba ahí el problema de la sociedad de la época, cuyos gastos se hacían a nivel de un hogar familiar muy amplio o mediante trueque. Lo importante era el acceso a la economía monetaria de toda una masa de productores y consumidores para su propio uso. En consecuencia, el *scettia* y el denario permitieron un aumento ciertamente importante del volumen de los intercambios, del número de clientes y de la velocidad de circulación de las monedas. Por eso sus cantidades fueron insuficientes, como permite constatarlo su devaluación continua durante la época de los primeros carolingios. Pero al mismo tiempo, esto demuestra que la deflación había cedido definitivamente el paso a la inflación y que la expansión acababa de empezar realmente.

Aquí también fue decisiva la acción de Carlomagno, aunque no hiciera más que generalizar soluciones anteriores. Antes de Pipino el Breve, el denario se devaluó y cayó a 1,10 gr. El primer gesto del rey fue volver a ocuparse de la acuñación monetaria y emitir monedas de calidad. En el 751 apareció un nuevo denario, de 1,23 gr. A partir de entonces fueron precisos 12 denarios, y ya no 40, para completar un sueldo. Luego, mientras el rey se esforzaba por hacer desaparecer las acuñaciones privadas, el denario pasó a 1,30 gr. Convertido en ducado de Italia, Carlomagno eliminó la moneda de oro como patrón. Por último, en 793-794, por el capitular de Frankfurt, decidió imitar el denario de Offa (*penny*) y lanzó una nueva moneda con un peso de 1,70 gr. Esto coincidió con la refundición de todo el sistema de pesos y medidas. El «grano» de cebada, unidad de peso germánica, fue sustituido por el grano de trigo, unidad de peso romana, que pasó así de 0,048 gr a 0,053 gr y de este modo la libra-peso fue elevada a 409 gr. Al mismo tiempo apareció una nueva unidad monetaria, el óbolo, que valía medio denario. Durante el reinado de Luis el Piadoso, hacia 829-835, una nueva revaluación situó al denario en 1,75 gr. Luego, durante el de Carlos el Calvo, aunque el monopolio completo de la acuñación monetaria había sido recuperado, para suprimir la falsificación el rey intentó, con el edicto de Pîtres del 864, concentrar las emisiones en sólo nueve talleres. Asimismo, el denario fue llevado de nuevo a 1,50 gr. Pero la reforma fracasó y durante el reinado de sus sucesores reapareció insensiblemente la devaluación en el peso. En el siglo X, los denarios

de tipo inmóvil de Carlos el Calvo pesaban alrededor de 1,30 gr. La acuñación privada reapareció en Corbie hacia 884-887 y hacia 900-910 con el monedaje de los duques de Aquitania; y los príncipes territoriales hicieron otro tanto. En cambio, el Imperio Otónida y el reino anglosajón continuaron centralizando la acuñación monetaria, conservando así el sistema carolingio.

### Triunfo de la plata

Este breve esbozo de la evolución monetaria merece ser explicado. El triunfo del monometalismo de la plata era deseado. Su débil poder de compra permitía la multiplicación de los mercados rurales. Además, estos denarios fueron acuñados en inmensas cantidades. Jan Dhondt ha destacado que los 230.000 *dirhams* de plata descubiertos en Escandinavia y en Rusia corresponden al capital de una media docena de mercaderes «varégos» o «rusos» y que las 60.000 libras de plata de los *danegelds* entregadas a los vikingos por Carlos el Calvo representaban la colecta de 14.400.000 denarios. El estudio de los troques es aún más revelador. A partir de 5.000 troques encontrados y utilizados en los talleres del rey Burgund de Mercia (852-874), fueron acuñados más de cincuenta millones de *pence*. El tesoro de Ide, fechado en el 850 y descubierto en los Países Bajos, demuestra, a través de sus 112 denarios, una circulación de al menos diez millones de monedas. Estamos, pues, en un período de recuperación económica, porque el aumento del número de monedas debió corresponder al de la oferta en los mercados. Pero entonces, ¿por qué, en estas condiciones, fue revaluado el denario en dos ocasiones? ¿No era volver a una política monetaria deflacionista que hacía peligrar el despertar económico? Quizá se trataba de una consecuencia de las variaciones de precios de los metales preciosos en el mercado internacional. La relación entre el oro y la plata era, en Occidente, de 1 a 12. En el Oriente bizantino y musulmán, que emitían sueldos de oro y *dinars* de oro, luego en al-Andalus, que a partir del 929 sustituyó el *dirham* de plata por el *dinar* de oro, el Estado hacía subir los precios del metal oro a expensas de la plata. Los precios del metal plata eran pues más bajos en Oriente que en Occidente. Los mercaderes internacionales, italianos o judíos, que frecuentaban Alejandría, podían entonces hacer dos tipos de especulación. O bien compraban plata en una relación de 1 a 15, por ejemplo, y la revendían en Occidente para acuñar denarios en una relación de 1 a 12, de modo que, antes de la reforma del 794, ganaban en peso de plata y en número de denarios, o bien preferían importar *dinars* y venderlos al precio internacional, a cambio de metal plata a precio europeo, que era más elevado. Ganaban entonces con la diferencia del precio del metal plata entre Occidente y Oriente. Los emperadores carolingios, que tenían horror a la especulación, preferían en estas condiciones equiparar el valor nominal del denario con el valor intrínseco de la plata y entonces revaluar. Esta política no frenó en nada los intercambios, a pesar del aumento del poder de compra, porque temporalmente la moneda de oro, gracias a estos intercambios, reapareció para transacciones muy grandes.

En efecto, aparte de algunas piezas de oro de prestigio emitidas en el 814 y el 815 por Luis el Piadoso, sabemos que en Italia, Francia e Inglaterra circulaban

monedas de oro llamadas *mancusu*. Eberardo, marqués del Friul, en su testamento, fechado en el 838, legó cien *mancusu* a uno de sus hijos. *Offa* (757-796) había acuñado monedas de este tipo. Se trataba de una imitación del *dirar* musulmán. Por otra parte, la palabra árabe *manqush* significa «grabado». Esta circulación de monedas de oro probablemente quedó reducida a las personalidades más ricas del Imperio, y fue más a menudo tesaurizada que puesta en circulación. De todos modos, estas monedas, según las menciones de los textos y los hallazgos, corresponden a la zona de los intercambios comerciales más intensos de la época: el eje Italia, Frisia, Inglaterra. Pero los descubrimientos son muy poco numerosos. Sobre treinta y seis hallazgos, solamente seis conciernen el período 750-850. Demuestran pues la misma época de prosperidad que hemos señalado, en la que la cantidad de productos para intercambiar hacía preciso el retorno al oro en ciertos casos. Otros siete hallazgos, del 880 al 950, efectuados en las costas, provienen de los pillajes de los vikingos. Así pues, la aportación del oro musulmán jugó un papel muy débil en la economía carolingia, el de simple apunte y anuncio del papel que jugará en los siglos XII y XIII. Además, cuando la plata musulmana dejó de llegar a Escandinavia, las monedas de plata inglesas y carolingias, raras en el siglo IX (102 en Escandinavia y 115 en Polonia), se convirtieron entonces en mayoritarias. Nos encontramos, pues, en plena génesis de una zona monetaria de plata que saltará a la conquista de mercados extranjeros.

Instrumento de expansión, el denario era también un instrumento político. Carlomagno y Luis el Piadoso utilizaron a fondo una iniciativa de Dagoberto y san Eloy: la moneda acuñada en palacio. Se trataba de centralizar las emisiones monetarias a fin de que el fraude fuera nulo. Esta acuñación fue practicada hasta el reinado de Eudes, incluido, y quizás aún más tarde. Los lugares donde las monedas han sido descubiertas muestran claramente las zonas más importantes en el plano comercial: la Francia al norte del Loira, Frisia e Inglaterra. Carlos el Calvo, con su edicto del 864, quiso concentrar los talleres, además del palacio, en Quentovic, Ruán, Reims, Sens, París, Orleans, Chalon-sur-Saône y Mele (donde se encontraban las minas de plata). He aquí las grandes metrópolis económicas del reino de Francia occidental, a las que haría falta añadir los puertos del Mosa y el Rin. El estudio de la circulación de las monedas de Carlos el Calvo demuestra, en efecto, que en todo el reino predominaba la circulación local, excepto en la Francia propiamente dicha, del Sena al Rin. Por Ruán, Quentovic y Duurstede llegaban las monedas de Aquitania, Inglaterra e Italia. Ninguna venía de Lotaringia o Germania, donde aún no habían talleres de acuñación. En cambio, las monedas acuñadas en Francia inundaron literalmente los países renanos, Neustria y Borgoña. Además, el 20 por 100 de esta circulación estaba constituida por óbolos, prueba de las numerosas pequeñas transacciones. Así, podemos concluir la importancia económica de esta región, verdadero centro de gravedad político, agrícola y comercial del Imperio Carolingio.

Quedan entonces los países que no acuñaban moneda: el norte de Hispania, Irlanda, Escocia y Escandinavia. Los vikingos fueron durante mucho tiempo reacios al instrumento monetario y sus primeras monedas datan, de hecho, del siglo X. Pero en realidad, el trueque fue influenciado por la proximidad de las monedas robadas. Los vikingos utilizaban láminas de plata, de peso idéntico, denominadas plata cortada (*hacksilver*). Otros utilizaban collares de plata marcados con una

señal regular y que se rompían pieza a pieza según las necesidades. Exigían que el *danegeld* les fuese entregado en lingotes de plata tras la fundición de las monedas. La economía escandinava estaba, pues, en camino de imbricarse en la de la Europa del norte. Pero entonces, ¿por qué recurrieron a los *raids* de pillaje en lugar del comercio? La única hipótesis que permite explicar la multiplicación de los *raids* después del 840 es la siguiente: a falta de medios de intercambio para compensar sus compras de trigo y vinos, los vikingos acabaron por tomar la plata allí donde la encontraban. La *razzia* tuvo como finalidad paliar sus carencias en un gran comercio que no dominaban, al contrario de los varegos, que consiguiron imponerse pacíficamente en Rusia. Los vikingos obtuvieron por la fuerza lo que el freno de la expansión ya no podía procurarles mediante el trueque habitual. En efecto, la desaparición del oro en el momento álgido de sus expediciones y la devaluación del denario a partir del 864, son el reflejo de una disminución de los intercambios y de una inversión de la tendencia en el precio del metal plata, que volvía a aumentar.

#### Las nuevas vías comerciales en los siglos VII y VIII

El viejo comercio mediterráneo continuó en el siglo VII, pero cambió de naturaleza y redujo su alcance. Los productos de lujo (seda, especias, incienso y perfumes) aún eran importados, sin ignorar las mercancías básicas exportadas: la maderera, el *garum*, los esclavos, etc. Pero el aceite de oliva y el papiro desaparecieron, sustituidos por la cera para la iluminación y el pergamino. Las rutas marítimas se habían desplazado con la integración del reino lombardo en la cristiandad y la irrupción del Islam: el periplo hispánico se convirtió en episódico, Cartago ya no servía más como escala, Narbona y Marsella desaparecieron como puntos finales de las rutas bizantinas. Incluso si las relaciones con Alejandría se mantuvieron, de hecho el sector occidental del Mediterráneo sufrió una disminución del tráfico debido al incremento de la piratería musulmana, en provecho del mar Tirreno y de los pasos alpinos que fueron abiertos de nuevo por los lombardos. A partir de 630-640, la ruta de Provenza por el Ródano, el Saona, el Mosa y el Rin quedó cada vez más eclipsada por la del Po, los pasos alpinos y el Rin. Mientras que los mercaderes anglosajones y los peregrinos aparecían en este nuevo itinerario, los negociantes griegos y sirios desaparecieron en provecho de los judíos. En efecto, estos últimos mantuvieron el antiguo tráfico hacia África por la península ibérica, y hacia Oriente por Italia. Empezaron incluso a instalarse en las ciudades mosanas y renanas (Verdún, Maguncia) y entraron en contacto con los mercaderes francos que se internaban en búsqueda de esclavos y pieles más allá del Elba, en pleno territorio eslavo.

Esta aparición de nuevas rutas continentales correspondía a nuevas actividades marítimas, especialmente en el mar Tirreno. A partir del 680, los lombardos, haciendo retroceder a los bizantinos hacia las costas, desbloquearon el comercio interior. Mercaderes de Comacchio remontaban el Po e intercambiaban la sal de sus salinas y el pescado con el trigo del interior, pero vendían también pimienta y aceite, pruebas de un comercio aún más lejano. Los ciudadanos que habían huido de los lombardos desde fines del siglo VI, para vivir entre los pescadores en

las lagunas, terminaron por fundar en el marco bizantino varias pequeñas ciudades, entre las cuales la situada en la isla de Rialto, Venecia, empezaba a convertirse en la más importante. En 726-727, como más tarde haría Ravena, Venecia eligió por primera vez a su duque, rebelándose contra la iconoclasia bizantina. El primer dogo, Pablo, y su sucesor Orso, no tardaron en extender su dominación marítima, mientras que sus marinos vendían madera y esclavos eslavos a los bizantinos y a los musulmanes. Venecia, gracias, por un lado, a sus relaciones continentales a través de Pavia y a las rutas alpinas, y, por el otro, a sus relaciones marítimas, se convirtió en un poderoso organismo económico en la desembocadura de la llanura del Po, cuyo progreso agrícola, interrumpido en los siglos V y VI, volvía a generarse. El desarrollo de Ravena y de su puerto, Classis, ahora lleno de arena, da testimonio de un primer intento debido a la Romanidad tardía. Más al norte, pero también más cerca del paso del Brennero y de los territorios germanícos, Venecia sostuvo un segundo intento: éste sería el bueno.

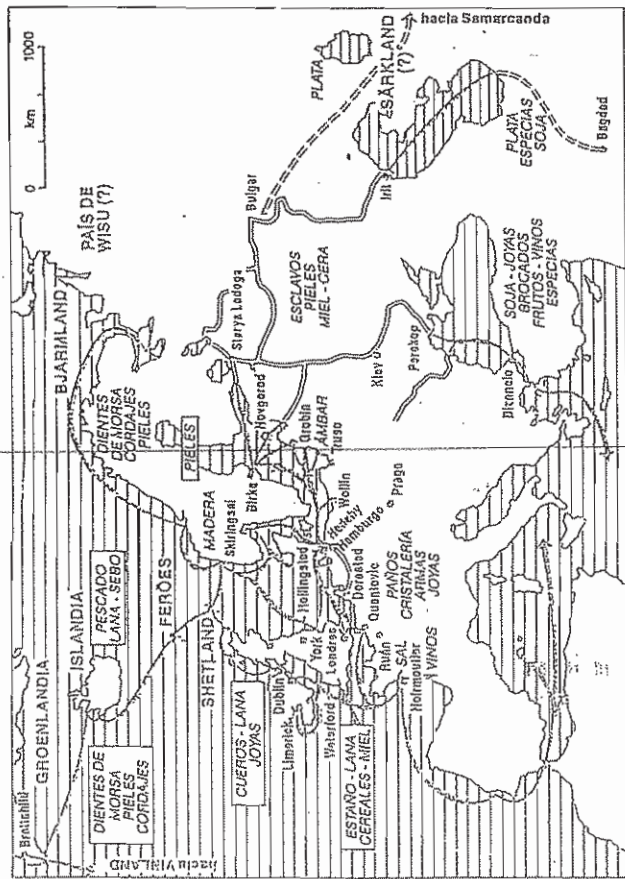
La situación era la misma al otro extremo de las rutas comerciales, pero menos madura. La progresión franca en dirección a Frisia y la llegada de los monjes y de los negociantes anglosajones cambiaron los ejes comerciales. Periclitó la vía romana que pasaba por Boulogne, Thérouanne, Arras, Cambrai, Maas-tricht y Colonia, mientras que, en el Mosa, Verdún, Mouzon, Dinant, Namur y Huy se convirtieron en centros de intercambio tanto más importantes cuanto que eran la salida natural de los productos de los grandes dominios carolingios vecinos. En el siglo VIII, finalmente, el obispado de la región terminó por instalarse en Lieja. El eje mosano se hizo fundamental. A causa de esto se desarrollaron dos puertos. Los sajones de Quentovic en el Canche se habían convertido en cristianos hacia el 660, y la actividad de este puerto, así como la de Ruán, estaba cada vez más vinculada a Inglaterra, ya fuese en dirección a Hamvín, ya hacia las abras del estrecho de la Mancha y Londres. Relaciones cada vez más frecuentes animaban las costas de Irlanda, Inglaterra y el norte de la Galia, hasta el Poitou. Los productos intercambiados eran esclavos de las islas, vinos del continente, estaño de Cornualles, plomo de Melle, en el Poitou, y sal de la desembocadura del Loira. Quentovic era de alguna manera el punto de convergencia de todos estos intercambios con el mundo anglosajón. Pero sufría la competencia de una potencia marítima claramente superior, la de los frisones. Del Escalda al Elba, éstos consiguieron dominar todas las costas y las desembocaduras de los ríos. Una vez vencidos y dominados por Carlos Martel, en el 734, prosiguieron sin embargo su expansión a partir de su principal *emporium*: Duurstede. Fundada probablemente a principios del siglo VII, entre los tortuosos Lek y Rin, se convirtió rápidamente en el punto de contacto de todos los negociantes venidos de Inglaterra, del Rin o de Escandinavia. Con sus grandes casas de madera y sus desembarcaderos hechos de maderos puestos uno al lado de otro sobre pilotes, atrajo lo esencial de la vida marítima del mar del Norte e incluso del Báltico. Las excavaciones arqueológicas han demostrado la importancia de su comercio y, más allá de los productos clásicos ya mencionados, de la exportación de cristaleras renanas a Suecia, y de la producción y venta de paños de lana, llamados frisones porque justamente eran fabricados en el país. Incluso se han hallado tablas de toneles untadas con pez, prueba de un comercio de vino de tipo mediterráneo. La actividad de los frisones fue multiforme. Remontaban el Rin para comprar trigo en

Maguncia y Worms; remontaban el Mosela hasta Tréveris, el Sena hasta Saint-Denis. En Inglaterra estaban presente en Londres y en York. En Escandinavia se instalaron en Ribé, en Häithabu, en el istmo danés y en Birka; en Suecia, cerca del lago Malär. Este embrión de red comercial evidencía que un nuevo espacio marítimo había nacido en torno al mar del Norte a partir de los grandes ejes fluviales reno-mosanos.

Nos podemos interrogar sobre las causas de este desarrollo, que apareció de pronto. Hemos visto sus bases humanas y económicas. Pero la innovación técnica fue ciertamente una de las claves de la expansión. A principios del siglo VIII, el uso de la vela cuadrada se había convertido en habitual en los barcos de remos frisones, lo cual liberaba espacio y mano de obra. Pero además, los frisones inventaron un nuevo tipo de barco en el curso del siglo VIII, la *houlke*. Esté barco redondo con un mástil era capaz de soportar el oleaje de alta mar, tanto como remontar los ríos. A semejanza del barco descubierto en Utrecht, podía llevar diez toneladas de flete. Por tanto, esto constituía un primer progreso en relación a los tonelajes de la Antigüedad tardía. La potencia comercial marítima frisona es pues la prueba del advenimiento de un nuevo espacio comercial marítimo en Europa del norte y el signo de un desplazamiento del centro de gravedad de la civilización más allá de los antiguos límites del Imperio Romano. El gran eje económico europeo de Italia a los Países Bajos acababa de aparecer.

#### En los inicios del siglo IX: ¿primera expansión?

Podemos imaginar los circuitos comerciales de la Europa carolingia y otónida de la manera siguiente: todo gira en torno a dos grandes polos económicos: Venecia y Pavia al sur, y Quentovic y Duurstede al norte, hasta su destrucción. Entre ambos, los pasos de los Alpes eran, junto con los dos puertos nórdicos, los mayores peajes del Imperio, en los que se cobraba a su paso el 10 por 100 *ad valorem* de toda mercancía. El eje económico europeo estaba, pues, bien definido. El sector mediterráneo era activo sobre todo en el Adriático. Venecia acabó por eliminar a Comacchio y se apoderó de su monopolio de la sal. En el 883, acuñaba moneda y luchaba contra los esclavones, los croatas y los serbios paganos, a los que redujo en esclavitud y vendió a los musulmanes a pesar de las prohibiciones. Pero proporcionaba también madera para los talleres navales egipcios y armas. Dos mercaderes lo aprovecharon para robar, en el 828, en Alejandría, las reliquias del apóstol san Marcos, que se convirtió entonces en el patrón de la nueva potencia. En Bizancio vendían los mismos productos que en Egipto, además de trigo, y adquirían sederías y especias. Las ciudades de Campania hicieron lo mismo, aliándose incluso más claramente con los musulmanes vecinos. En cambio, del Tiber al Ebro, la guerra continua con el Islam y la piratería impidieron un comercio regular. Sólo la ruta continental que atravesaba el Languedoc y los Pirineos occidentales u orientales permitió un comercio regular con al-Andalus. Judíos y cristianos vendían esclavos, en particular eunuocos. En época de 'Abd-al-Rahmán III, hacia el 930, Córdoba contaba con una guardia personal del califa formada por catorce mil eslavos. El mismo era hijo de una cautiva cristiana, de la que heredó los ojos azules y el pelo rubio. Los andalusíes compraban tam-



Las rutas del comercio vikingo

bien pieles, armas francas y telas, y cedían a los cristianos perfumes, especias, sedas y cueros tejidos de Córdoba. En cambio, a pesar del *dinar* de Oifa, no existe ninguna prueba de que hubieran relaciones marítimas continuadas de al-Andalus con Inglaterra.

Para penetrar en Europa desde el Oriente lo mejor era, pues, salir de Venecia remontando el Po hasta Pavia, verdadera plataforma giratoria del comercio internacional, en dirección a Francia y Germania. Allí llegaban, desde los pasos alpinos, peregrinos anglosajones que iban en dirección a Roma, así como negociantes. Mientras que los venecianos acudían a buscar trigo y vino, los anglosajones les llevaban armas francas, pieles, caballos, paños de lana y lino, telas de cañamo y estaño. Se iban, evidentemente, con productos orientales comprados a los venecianos. En el siglo X, este comercio continuaba con normalidad. Tres itinerarios posibles, después de los pasos alpinos, les conducían a Ruán, Quentovic o Duurstede y luego a Inglaterra. A lo largo del Rin se encontraban con los frisones, que remontaban el río halando sus navíos, a pie, por la orilla. Compraban el trigo de las llanuras germánicas, el vino de las laderas renanas y vendían las *pelcia frisónica*, paños de lana teñidos de colores variados que anunciaban ya los célebres paños de Flandes del siglo XII. A su paso compraban cerámicas y muelas de molino de lava de Maguncia, para venderlas en Inglaterra y en Haithabu, y cristalerías de Colonia para Suecia. Las excavaciones arqueológicas de Duurstede han demostrado la importancia de las actividades de este puerto: tejidos, trabajo del hie-

ro y del cobre, del hueso y el ámbar. El número de monedas francas que allí han sido descubiertas demuestra que su actividad aumentó regularmente desde Pipino el Breve hasta Luis el Piadoso; luego, durante el reinado de Lotario I, se produjo la ruina y a fines de siglo la desaparición.

Desde Duurstede se abrían dos grandes rutas comerciales. La primera bordeaba los *terpers* frisones y permitía alcanzar el istmo danés; luego, por tierra, el puerto de Haithabu, otro gran centro internacional. Por supuesto, los frisones venían a vender sedas, especias, vinos y otros productos occidentales, a cambio de pieles, cueros, ámbar, cera, miel e incluso mantequilla, que era transportada en tazones de esteatita. A partir de allí se podía ir de isla en isla hasta Birka, en Suecia, otro centro cosmopolita, o bien a Kaupang, en Noruega. Desde estos puertos, los escandinavos iban hacia las riberas sur del Báltico y penetraban en Rusia. Pero desde mediados del siglo IX, los vikingos, como hemos visto, cortaron claramente el gran comercio frisón, y las excavaciones arqueológicas muestran en todas partes su dominio en este sector y hasta en las costas inglesas e irlandesas. Las colonias danesas o noruegas de York y Dublín practicaron un comercio totalmente distinto orientado hacia Dinamarca e Islandia. En el siglo X llegaban a Dublín los esclavos y los vinos continentales, las pieles y los colmillos de morca del cabo Norte y de Groenlandia, seda y especias procedentes del Báltico, a través de Rusia. Incluso llegaban a Londres telas de lana irlandesas.

El sector Duurstede-Londres, Quentovic-Londres y Ruán-Hamwih fue también muy activo, en particular para las exportaciones de vinos parisenses y de sal de la desembocadura del Loira. En contrapartida, los anglosajones exportaban estaño y telas. En resumen, se desarrollaron dos mundos marítimos que practicaban tanto el comercio pesado como el de objetos de lujo. El más joven, el espacio nórdico, parecía bloqueado por la desaparición en el siglo X de todos sus grandes puertos: Quentovic, Hamwih, Duurstede, Haithabu, Birka y Kaupang. Pero este retroceso sólo era aparente, porque los sucesores de estos *erporia* demasiado jóvenes ya nacían desde mediados del siglo X. En cambio, el espacio mediterráneo, con Venecia, acababa de tomar una ventaja considerable que no disminuyó ni fue bloqueada.

### Mercaderes aún al margen de la sociedad

Quien dice comercio dice mercaderes. Éstos eran de todo tipo y muy difíciles de comprender, pues no interesaban mucho a los escribanos del mundo clerical. De la época precedente surgían los judíos, siempre intactos en sus comunidades del Languedoc y, entonces, también de la Champaña. Sus grupos más importantes estaban situados a lo largo de los grandes ejes comerciales: Narbona, Arles, Viéne, Mâcon, Verdún, Troyes y las grandes ciudades renanas, Carlos el Gordo trasladó el de Lucca a Maguncia. Otro se estableció pronto en Magdeburgo, al extremo de la gran ruta continental que por Praga y Polonia alcanzaba Kiev. A principios del siglo X, en el peaje de Raiffeletten, en la confluencia del Elms y el Danubio, era habitual y de muy antigua costumbre que entrasen en el Imperio con convoyes de esclavos. Otros, llamados *radantes*, castraban a los esclavos en Verdún y los expedían a al-Andalus, hacia Zaragoza y Toledo, o bien se embar-

caban con su cargamento en dirección a Egipto. Estos mercaderes profesionales, cuidadosamente protegidos por los emperadores, a los que servían a veces como embajadores, eran ciertamente muy ricos. En el 877, Carlos el Calvo los gravó con el décimo del valor de sus mercancías, en contraste con otros negociantes a los que impuso sólo un onceavo. Estos últimos eran sin duda de orígenes diversos, pero es preciso decir que destacan los frisones. Sus colonias estaban instaladas a lo largo del Rin, desde Birten hasta Estrasburgo, y a partir del siglo X en los ríos germánicos, en Hildesheim, Brunswick o Magdeburgo. Otros estaban implantados en Hamwih, York, Haithabu y Birka, en Suecia, pero sólo permanecieron allí durante la primera mitad del siglo IX.

Estos pequeños comerciantes independientes fundaban barrios comerciales en el interior de las ciudades, las más de las veces a la orilla de los ríos. En Birka, como en York, ya se beneficiaban de un privilegio de extraterritorialidad. Los únicos rivales de los frisones eran los anglosajones, pero sus relaciones eran esencialmente activas en Francia. Presentes en Ruán y Saint-Denis, los vemos también en la desembocadura del Loira. En el siglo X atravesaban los Alpes para comerciar en Pavía. Los mercaderes suecos y daneses de Birka y Haithabu frecuentaban sobre todo York y Duurstede. Pero eran menos numerosos y estaban menos especializados. Finalmente, no podemos olvidar a los mercaderes italianos y particularmente a los venecianos, «que no siembran ni labran» y que vivían únicamente del comercio. Esta afirmación es por lo demás completamente falsa: así, por ejemplo, el dogo Justiniano Partecipazo, en su testamento del 829, nos dice que era un gran propietario y que obtuvo de este capital territorial mil doscientas libras de plata que invirtió en los negocios marítimos. En el 840, Lotario I concluyó con los venecianos un tratado comercial de libre circulación en el interior de Italia que demuestra que ya estaban en vigor los contratos de *commenda*, que permitían acumular un capital mueble para el comercio marítimo. Por otra parte, los venecianos no estaban solos, ya que en los mercados interiores iban codo a codo con los mercaderes de Comacchio, Pavía, Cremona, etc. En el sur, gracias a sus contactos con Bizancio, salernitanos, amalfitanos y napolitanos se lanzaron también por las mismas rutas marítimas. No olvidemos tampoco las pléyades de comerciantes más o menos ocasionales, peregrinos al acecho de buenos negocios, vendedores ambulantes, carreteros, portadores de cargas dentro de caravanas y *ministeriales* de abadías encargados de cumplir ciertos pedidos a cuenta de Saint-Denis, Saint-Yaast de Arras o Saint-Germain de Auxerre. En el punto de unión de este pequeño y de este gran mundo social se encontraba el monedero, cambiata y prestamista a menudo obligatorio.

Por otra parte, este gran comercio era organizado por los reyes y los emperadores. Carlomagno fijó los precios de los productos en el 794 y prohibió en el 805 la exportación a los eslavos de las corzas y las excelentes espadas francas. Luis el Piadoso, en el 825, eximió a los mercaderes de palacio del servicio militar y de las requisiciones y los peajes dentro del Imperio. Hemos visto el cuidado que se ponía en vigilar o prohibir el comercio de esclavos cristianos. Pero los emperadores lo hacían mejor cuidando la red de carreteras romanas, que lo necesitaban. Los *missi dominici* estaban encargados de vigilar que los puentes públicos y los albergues fueran reparados o reconstruidos. En el 821 debían obligar a los campesinos a reconstruir los doce puentes sobre el Sena (Pont-sur-Seine, más

abajo de Troyes) que permitían ir de Meaux a Sens, luego a Troyes y, por lo tanto, a las ferias de Sens. En el 853, Carlos el Calvo recordaba a los que habían recibido el usufructo de las tierras fiscales que debían prestar, a cambio, el servicio de reparación de carreteras. Así se explica, en particular, el excelente estado de conservación de las célebres «calzadas de Brunegulda» en el norte de Francia. Pero también las invasiones danesas tuvieron resultados catastróficos para la red de carreteras, ya que el primer medio de defensa que se utilizó, a partir del 850, consistía en cortar los puentes e inundar las calzadas a fin de bloquear su penetración. Ahora bien, más tarde, la iniciativa privada sustituyó a la del Estado y la red de carreteras romana fue desmantelada, aunque otras rutas menos buenas aparecieron aquí y allá. Una vez más, encontramos un frenazo del comercio semejante al de la segunda mitad del siglo IX. De nuevo se trataba sólo de un frenazo porque, a pesar de la presencia de los moros en Provenza, que cortaban de vez en cuando los pasos de los Alpes; Géraud d'Aurillac consiguió realizar siete veces el viaje de Lyon a Roma cruzando el Grand-Saint-Bernard.

A partir de entonces quedaba establecido el armazón económico y comercial de la Edad Media central. Sólo experimentaría variaciones y desplazamientos ligeros. Fuesen cuales fuesen las consecuencias para la sociedad y la economía carolingia, de la ralentización del 850 al 950, los inicios de la expansión demográfica permitieron mejoras sociales como la desaparición muy lenta de la esclavitud, pero también mejores modos y métodos de cultivo de las tierras. Al menos en el gran dominio bipartido desarrollado en Francia, la producción agrícola, estimulada por un poder político preocupado por la rentabilidad y gracias a una contabilidad precisa, aumentó considerablemente. Permitió obtener excedentes que fueron la base de un primer despertar comercial al que ya no faltaron medios monetarios. Al mismo tiempo, las rapiñas guerreras, dentro y fuera del Imperio, permitieron esta primera «acumulación» primitiva indispensable para el desarrollo ulterior. Toda la sociedad se vio afectada por este principio de expansión. Pero esto fue particularmente claro allí donde el gobierno directo de los carolingios era muy eficaz, en Francia, del Sená al Rin. Allí fueron sentados por escrito los polípticos de los más grandes dominios conocidos, allí se desarrollaron los más grandes puertos, allí también fueron mejor reparadas las vías romanas. En resumen, la «edad de oro» de Carlomagno y de Luis el Piadoso no fue un mito. Además, tanto más dura fue la caída y tanto más dolorosos fueron los desórdenes, cuanto que la paz y la prosperidad habían sido vislumbradas. La «edad de hierro» fue tomada por una edad de bronce, la disminución de la actividad por una parada completa. Sin embargo, la energía desplegada en los márgenes hispánicos o escandinavos están ahí para probar lo contrario.

#### UN BALANCE DEL PERÍODO CAROLINGIO

«Que cada cual aprenda aquí que quien comete la locura de descuidar el interés público y se libra insensatamente a sus deseos personales y egoístas, ofende con ello a tal punto al Creador que torna a los mismos elementos contrarios a su extravagancia... Porque en tiempos de Carlomagno, de dichosa memoria, que murió hace ya cerca de treinta años, cuando el pueblo caminaba por una misma

vía recta, la vía pública del Señor, la paz y la concordia reinaban en todas partes; pero ahora, al contrario, como cada cual sigue el sendero que le place, por todos lados se manifiestan las disensiones y las querrelas. Entonces había en todas partes abundancia y alegría, ahora hay miseria y tristeza.» Así termina, melancólicamente, la *Historia de los hijos de Luis el Piadoso*, escrita por el historiador Nithard, algunos meses antes de su muerte en combate, en junio del 844. Él mismo era abad laico de Saint-Riquier, hijo ilegítimo de Angilberto y Berthe, una hija de Carlomagno. Por su propia situación personal y su visión dicotómica de los tiempos carolingios, resume bastante bien las contradicciones de una época que buscó desesperadamente el equilibrio.

Del 406 al 962, de la muerte de un Imperio al nacimiento de un tercero que se pretendía semejante al segundo, el cual había sido presentado como el renacimiento del modelo, la primera impresión podría ser la de un desolador y angustioso eterno retorno. Invasiones, masacres, reinos, guerras civiles, Imperio, guerras civiles, invasiones, masacres, Imperio... estaríamos tentados a decir: y así sucesivamente. Dos ciclos infernales se abrieron y cerraron del 406 al 751 y del 751 al 962. Pero su repetición sólo fue una ilusión engañosa. El teatro de los acontecimientos permite darse cuenta de que los períodos de desórdenes que van del 650 al 750 y del 850 al 950 eran en realidad aquellos en que las tradiciones y las innovaciones se fundieron en una aleación desconocida hasta entonces. Tras la vuelta al principio se adivinaba una línea de progreso.

En efecto, consideremos cómo evolucionó cada uno de los tres grandes actos de estos dramas: romanos, germanos e Iglesia. La sociedad romana sólo tenía un objetivo: la paz, que intentaba desarrollar a través del derecho público y el derecho privado, de un ejército profesional y unos funcionarios al servicio del bien público, el Estado. Pero, acorralado por las necesidades de la guerra, desarrolló un sistema fiscal devorador, introdujo a los germanos en el ejército, fijó a los colonos en la tierra, desarrolló la economía monetaria y se apoyó en la Iglesia. Entonces se produjeron oposiciones que desarticularon el mundo romano y empujaron a la sociedad a escapar del Estado, mientras aparecían nuevos poderosos: militares, senadores y obispos. En el siglo IX, ¿qué quedaba en pie? El derecho romano estaba todavía vivo en una parte de Europa; el conde, último funcionario romano, se había apropiado de los poderes y las tierras públicas del fisco estaban en gran parte en sus manos; las carreteras romanas eran aún utilizables, los mercaderes judíos seguían allí y el sistema monetario reposaba todavía en la libra y en el sueldo. En cuanto al patronazgo, éste permitió establecer vínculos de hombre a hombre, una fidelidad de igual a igual, salarios en tierra y santuarios que extendían su protección sobre los campesinos vecinos.

Los germanos aportaron la personalidad de las leyes, la primacía del jefe de guerra, la sacralización de la violencia, la confusión entre lo público y lo privado, el vasallaje y la encomendación por las manos. Concedían a la ganadería un papel de primer orden, así como a la comunidad fraternal amplia, y otorgaban fácilmente a los esclavos su libertad. En el siglo IX se fusionaron con casi todas las poblaciones, crearon tropas en las que dominaba cada vez más la caballería pesada, mantuvieron las leyes de cada pueblo, la *trustis* y las guildas, y generalizaron los vínculos de hombre a hombre hasta el punto de que las instituciones feudovalláticas pronto invadieron toda la sociedad.

Por su parte, la Iglesia había vaciado todas sus estructuras en las del Estado romano. Desconfiada con los monjes y las herejías, implantó el papado en Roma y se le reprochó estar instalada en un mundo al que admiraba demasiado. En el siglo IX, convertida en heredera del legado romano, escogió de él lo que favorecía sus designios. Convertida en propietaria del Imperio, de la realeza y de la noción de Estado, integró a los monjes benedictinos entre sus miembros y conquistó para la fe a todos los países céltas y germánicos. La cristiandad fue finalmente la única unidad superviviente de las dos tentativas de resurrección del Imperio, y Roma fue a partir de entonces la única capital permanentemente de Occidente.

En realidad, estas distinciones son puramente intelectuales, porque civilización romana y civilización germánica de hecho habían sido unidas en profundidad por el cristianismo, gracias por otra parte a los compromisos de este último con ellas. Su acercamiento se produjo en dos tiempos: apogeo de los reinos bárbaros, en los siglos V y VI, y apogeo del reino de los francos en los siglos VIII y IX. De estas dos fusiones surgieron considerables novedades, especialmente en el período capital de la crisis de los reinos bárbaros. Fueron la recuperación demográfica, la privatización del Estado y de la Iglesia a través de la *Eigenkirche*, la toma del poder por parte de nuevos poderosos, los aristócratas y sus vasallos, la génesis de los principados territoriales, el nacimiento de grandes dominios bipartitos, la creación de la moneda de plata, la aparición de los venecianos y de los frisones en las rutas marítimas, y finalmente la puesta a punto de una nueva cultura cristiana. Todas las premisas del éxito de Carlomagno estaban reunidas antes incluso de los inicios de su reinado. Su talento consistió en haber sabido ponderarlas y hacer de ellas un conjunto equilibrado.

Se podría creer que esta época constituye el nudo gordiano de la alta Edad Media y, en rigor, borrar todo lo que ocurrió del 750 al 850, porque, después del Imperio, volvieron con fuerza los rasgos característicos de aquella época, con la única diferencia de que los escandinavos habían reemplazado a los frisones. Pero la repetición, de nuevo, sólo era una ilusión. El Imperio Carolingio no fue una ola en la playa que viene, culmina y se retira, dejando en su sitio la arena de los últimos merovingios. Se trataba de una reorganización en profundidad de la sociedad a través de la conjugación del sentido romano del Estado, del ejército sometido al derecho de *ban* y de la moral cristiana.

La introducción del vasallaje en el Estado fue un acontecimiento capital, la primera tentativa laica de estructurar la sociedad hasta el último de los hombres libres, tal como lo hacía la Iglesia a través de la parroquia. Pero el Estado carolingio sólo podía tener éxito utilizando al máximo la ayuda de la Iglesia para transformar los espíritus y vampirizando literalmente al clero. Esta solución, por otra parte, fue utilizada de nuevo por Odón. Pero Luis el Piadoso modificó radicalmente el programa de Carlomagno; llamándose a sí mismo «bonachón», quiso acelerar una centralización que nadie comprendía y obligar a sus súbditos a aceptar unas estructuras políticas que imbricaban a los reinos en un Imperio único. Estimuló la renovación hasta suponer a la Iglesia una influencia que ésta aún no tenía. Acelerando la puesta a punto de un programa demasiado avanzado en relación a las mentalidades de la época, provocó un verdadero síncope del organismo social. Carlos el Calvo también lo hizo estallar en pedazos al suprimir la autonomía gubernamental del reino de Aquitania. Demasiado pronto y demasiado

rápido. Los carolingios dejaron en su sitio una obra interrumpida. Era preciso adaptar de nuevo un ritmo más natural. Esto sólo se consiguió en las cédulas locales, por el abandono del ideal de unidad. Mentalmente sobre todo, la sociedad carolingia estaba despedazada en actitudes contrarias en las que la moral de la sangre y del linaje se oponía a la de un Estado civilizado y la de una Iglesia que era pueblo de bautizados. La incomprensión total de clanes que permanecían en el estadio de *vendetta* hizo fracasar una manera de pensar globalizante. La vieja sabiduría pagana, todavía fuerte, había hecho retroceder una ciencia cristiana aún demasiado poco convincente.

Sin embargo, social y económicamente hablando, la obra era realizable. Recordemos el estiaje demográfico de los veintiséis millones de habitantes del Imperio Romano de Occidente en el siglo V, la sangría de la gran peste justiniana, el ligero incremento en tiempos del buen rey Dagoberto, el frenazo de las crisis del siglo VII, el nuevo arranque en el siglo VIII y los quince a dieciocho millones de habitantes del Imperio de Carlomagno, luego el nuevo frenazo del 850 al 950. Comparemos el número de estos hombres con la continua disminución de las cargas de los campesinos, que hizo detritarse literalmente el montante de los impuestos romanos al hacerlos consuetudinarios, con el aumento de la producción en los grandes dominios, con la supresión del sistema monetario del oro y con la fijación por escrito de las cargas de los tenentes. ¿No habría aquí dos grandes ciclos agrarios de tipo maltusiano?

Contrariamente al esquema clásico, las disponibilidades alimentarias no habían limitado la población; habría sido la debilidad de la recuperación demográfica frente a los pillajes y a las guerras civiles la que ralentizó el despertar económico. Cuando desaparecieron las últimas punciones del Estado carolingio, el servicio militar de los hombres libres y las requisiciones de avituallamiento para el ejército en los dominios fiscales privatizados, entonces las grandes rotaciones pudieron emprender su desarrollo. Tal sería quizá la mejor explicación de estos dos despegues, frenados apenas se habían puesto en marcha. Como la presión cultural jamás fue suficiente para permitir que los proyectos políticos calasen en la sociedad, la privatización y el abandono de las cargas específicas del Estado se convirtieron en el único medio de liberar energías. La producción, que disponía de todos los medios técnicos y financieros necesarios para un verdadero crecimiento, podía entonces ser reorientada, en particular, el gran dominio, que había perdido su razón política de existencia. Y los campesinos, a pesar de las violencias nobiliarias, pudieron entonces aprovecharse de este relajamiento de la autoridad central, al que aún no había sucedido el refuerzo de la autoridad local, el señorío banal, para ir al asalto de las tierras vírgenes.

Todo esto sólo era cierto en el centro del antiguo Imperio Carolingio. Las marcas, Hispania, Inglaterra y Germania, bloqueadas por la lucha contra el Islam, los daneses y los eslavos, permanecieron en un estadio arcaico cuya expansión era la guerra. El Estado guerrero de tipo germánico, a la manera de Carlomagno, de Alfonso III el Magno, de Alfredo y de Otón, conservaba toda su razón de ser. La población, con sus rangos acentuados por las batallas, permaneció uniforme en el plano social e hizo progresar lentamente su frontera. Pero bastaba con que la paz definitiva llegase para que todo cambiara, como en Cataluña y el

Lacio a partir del 950. El corazón del Imperio Carolingio se encontraba, pues, adelantado respecto al resto del continente.

En el siglo V, en efecto, todo giraba en torno al Mediterráneo. Ahora bien, hemos visto a la Europa meridional debilitarse poco a poco en provecho de una Europa septentrional. Todas las innovaciones beneficiaron esencialmente a la llanura del Po, Francia al norte del Loira y el valle del Támesis. Así, entre la vieja Europa romana y la joven Europa germánica, el corte no fue total. Allí donde las rupturas debidas a las invasiones fueron más fuertes, también brotaron las fusiones y las originalidades más nuevas. La línea de fractura se convirtió en un cinturón de fuerza. Venecia, Pavia, los pasos alpinos, el Saona, el Rin, el Mosa, el Sena, la Mancha, Londres y York formaban una diagonal que estructuraba la nueva civilización y ponía en comunicación lo antiguo con lo nuevo. Venecia había reemplazado a Ravena, Aquisgrán había tomado el lugar de Tréveris. Pronto Brujas sustituiría a Duurstede. Los centros de decisión operaron un desplazamiento significativo hacia las zonas más dinámicas. Al mismo tiempo, el paso del Rin por Carlomagno, que había triunfado allí donde Augusto había fracasado, permitió la creación del Imperio Romano Germánico. El Rin, tras el reparto de Verdún, fue a la vez vínculo de unión y línea de separación. A la Europa del Oeste, en perpetuo movimiento, se opuso una Europa del Este que intentaba cuajar en estructuras arcaicas. Del sur al norte, del oeste al este, la cristiandad europea, en el siglo X, ya había tomado el aspecto que aún tiene hoy en día, el de una taracea.